

Distr.  
RESTRINGIDA

LC/DEM/R.206  
Serie A, N° 287  
23 de junio de 1994

ORIGINAL: ESPAÑOL

---

CELADE  
Centro Latinoamericano de Demografía

## ***DINAMICA DEMOGRAFICA DE LA POBREZA***

Documentos seleccionados

Esta publicación fue preparada por el Area de Demografía, con aportes del Programa de Cooperación e Intercambio CELADE/ACDI-Canadá y del Programa Regional del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP). El trabajo de compilación y revisión fue realizado por Jorge Martínez Pizarro, Consultor del CELADE.

El documento no ha sido sometido a revisión editorial.

## INDICE GENERAL

	Página
Presentación	iii
I. <i>La población en la transformación productiva con equidad</i>	1
II. <i>Las diferencias de la fecundidad y la mortalidad infantil en América Latina</i>	23
III. <i>Algunas interrelaciones entre pobreza y dinámica demográfica</i>	55
IV. <i>Dinámica demográfica de la pobreza en Honduras</i>	79
V. <i>Dinámica demográfica de la pobreza en Nicaragua</i>	109

## PRESENTACION

Esta publicación constituye un esfuerzo de síntesis y sistematización de los resultados de un programa de actividades desarrollado en CELADE entre 1991 y 1993, cuyo objetivo fue el de estudiar la dinámica demográfica en contextos de pobreza. En esta presentación se describe someramente la evolución de las actividades del programa, sus principales resultados y las perspectivas para los próximos años.

La idea de estudiar las interrelaciones entre la pobreza y la dinámica demográfica surgió de la constatación de un vacío importante en cuanto al conocimiento teórico y, en especial, en cuanto a las evidencias empíricas de tales interrelaciones. Considerando la gran cantidad de información que proporcionaron los estudios sobre las diferencias de los componentes demográficos según estratos sociales -llevados a cabo con información de los censos de población anteriores a la ronda de 1990-, se planteó la hipótesis que cualquiera que fuese la aproximación empleada para definir estratos en situación de pobreza, éstos presentaban habitualmente una característica propia desde el punto de vista de las variables de población, que era imprescindible de conocer. Los niveles de fecundidad y mortalidad más elevados que se supone los distinguen, representó el fundamento para acometer estudios que dieran cuenta de su magnitud entre grupos operacionalmente definidos como "pobres". Asimismo, se constataba que era preciso indagar en los posibles factores explicativos y su resultado, el nivel de crecimiento demográfico, obteniendo de esta forma una estimación del papel de la dinámica demográfica en la reproducción de la pobreza.

Estas cuestiones asomaban como aspectos de indudable importancia en la medida que comenzaban a difundirse las estadísticas de pobreza en América Latina, elaboradas principalmente por la CEPAL. Ellas daban cuenta que la incidencia del problema había experimentado un alza durante la llamada década perdida para el desarrollo, lo cual ponía en el tapete de las discusiones a la identificación de una constelación de factores que habían motivado tal tendencia. En ese sentido, resultaba legítimo preguntarse de qué manera y en qué medida podrían estar contribuyendo a ello las variables demográficas y, en especial, cómo podrían haberse visto afectadas ante la aguda crisis económica que sacudió a la totalidad de naciones de la región.

De allí entonces que se comenzó explorando aquellos fundamentos teóricos y conceptuales existentes en torno a la interrelación entre la pobreza y la dinámica demográfica. Por ello, se revisaron algunos de los numerosos esfuerzos por elucidar dichos aspectos a un nivel general, es decir, en el plano de las discusiones sobre población y desarrollo, además de aquellos estudios que remitían de alguna u otra forma al fenómeno de interés. Se visualizó la necesidad de rescatar y especificar las perspectivas

generales en torno al problema, en la medida que éstas podrían aportar con elementos de juicio, tanto para la caracterización del fenómeno como para las estrategias de la lucha contra la pobreza.

Luego de explorar los fundamentos teóricos y conceptuales de la interrelación entre pobreza y dinámica demográfica, se hizo imprescindible contar con una visión integradora del tema de las diferencias o inequidades del comportamiento demográfico dentro de los países, en la perspectiva que estas evidencias podrían apoyar algunas de las hipótesis respecto a los factores asociados a los niveles de fecundidad y mortalidad de los sectores pobres. Así fue que se rescató aquella información que, de modo indirecto, está referida a variables que muestran la inserción de las personas y los hogares en la estructura social y que se relacionan con la pertenencia a estratos o grupos en situaciones de pobreza. Estas variables asociadas al comportamiento demográfico son fundamentalmente las que aluden a la educación, las características de la ocupación y la zona de residencia.

En el desarrollo de estas investigaciones se hizo evidente que era necesario obtener estimaciones de los niveles de fecundidad y mortalidad para el universo de pobres hacia el cual debían ser dirigidas las acciones de superación de la pobreza. En este planteamiento, resultó de gran utilidad emplear la información de las estimaciones de pobreza que venían manejándose en algunos países, en conjunto con los antecedentes sobre diferencias del comportamiento demográfico. Ello se hizo porque las fuentes de tales estimaciones no recopilan, con frecuencia, variables demográficas, lo que obligó a desarrollar procedimientos que permitiesen una aproximación al comportamiento demográfico en situaciones de pobreza. Sin embargo, la posibilidad de llevar a cabo investigaciones de alcance nacional en los que se incluyesen estas variables, así como paralelamente existiese la posibilidad de realizar mediciones de pobreza, generó estudios en los que los sectores pobres fueron caracterizados, directamente, de acuerdo a su comportamiento demográfico.

Durante la ejecución de las diversas actividades fueron generados varios productos que constituyeron insumos novedosos para ser incorporados en otras instancias. Merecen destacarse, entre otras, la inclusión de los temas tratados en publicaciones realizadas por la CEPAL que versan sobre la estrategia de desarrollo propuesta para los años 90, esto es, la transformación productiva con equidad. Tanto en los documentos sobre medio ambiente como en los de las perspectivas integradas de la propuesta y, en especial, en el documento que explícitamente trata de la población -presentado a la Conferencia Regional de Población de 1993, preparatoria de la Conferencia Mundial de Población y Desarrollo de El Cairo, 1994-, se incluyeron elementos que, precisamente, surgieron de la ejecución de las actividades antes descritas. Este es, sin duda, uno de los mayores logros obtenidos, por cuanto ha permitido incluir en el seno de la propuesta mencionada, a la relación de la población y la equidad, concebida como uno de los ejes de la inclusión de la población en la transformación productiva con equidad.

El trabajo desarrollado en estos años ha avanzado en cuanto a los objetivos que se perseguían, pero, por cierto, también es indudable que el grado de profundización logrado está aún en un estado incipiente, en la medida que los estudios tienen un carácter altamente agregado. Investigaciones más

específicas y cuyos resultados puedan ser incorporados decisivamente en las estrategias de desarrollo y superación de la pobreza, son algunos aspectos que deberán ser asumidos. En definitiva, en este documento se propone un conjunto de hipótesis generales y líneas de investigación que plantean sólo una parte del espectro posible y que, por lo mismo, tendrán que continuar discutiéndose y ser profundizadas mediante nuevas actividades.

El lector encontrará que el hilo conductor está basado en la hipótesis que el comportamiento demográfico en situaciones de pobreza es un aspecto de fundamental importancia en la caracterización del fenómeno y en las estrategias encaminadas a su superación. Los cinco capítulos que se presentan constituyen documentos seleccionados entre el material que el programa de actividades dio origen.

En primer término, el capítulo denominado *La población en la transformación productiva con equidad*, refleja la tesis adoptada por los países miembros de la CEPAL en la Conferencia Regional Latinoamericana y del Caribe sobre Población y Desarrollo (México, 1993), en cuanto a las relaciones de la población con la transformación productiva con equidad.

El segundo capítulo, *Las diferencias de la fecundidad y la mortalidad infantil en América Latina*, aborda uno de los temas que sirvieron de base para las hipótesis manejadas, tratándose de una sistematización y discusión sobre las inequidades sociales reflejadas en las diferencias del comportamiento demográfico entre estratos sociales. En este capítulo se rescatan los hallazgos de trabajos realizados en el CELADE, fundamentalmente a partir de los censos de población de los decenios de 1970 y 1980, y de los resultados de las Encuestas Demográficas y de Salud (DHS).

El tercer capítulo, cuyo título es *Algunas interrelaciones entre pobreza y dinámica demográfica*, versa sobre los aspectos teóricos y conceptuales de la pobreza y las variables de población. Al igual que el anterior, sus contenidos sirvieron de base para la elaboración de investigaciones. Desde luego, el tema que se discute, en el marco de las relaciones entre población y desarrollo, es extremadamente complejo y su tratamiento, precisamente, motivará nuevas reflexiones.

Los dos últimos capítulos de este libro son resultados de investigaciones de alcance nacional. *Dinámica demográfica de la pobreza en Honduras y Dinámica demográfica de la pobreza en Nicaragua*, corresponden a estudios en los que se buscó someter a prueba algunas hipótesis, generar información útil y aplicar los procedimientos que se habían sugerido. En ellos se presenta la caracterización sociodemográfica de la población por grados de pobreza y, en el caso de Honduras, se realiza un ejercicio de proyecciones de población pobre y no pobre según metas de reducción del porcentaje de pobreza.

Santiago, Chile, mayo de 1994.

## I. LA POBLACION EN LA TRANSFORMACION PRODUCTIVA CON EQUIDAD\*

### Introducción

Este capítulo aborda la relación de la población con las estrategias de desarrollo, a partir de los trabajos desarrollados por la CEPAL. Con este fin, en primer término se reseña brevemente la propuesta de la transformación productiva con equidad, para luego discutir con especial énfasis los tres ejes de vinculación que se distinguen: los recursos humanos, la equidad y la sustentabilidad ambiental.

La propuesta de la transformación productiva con equidad está basada en una visión sistémica e integrada del desarrollo, donde se trata de proponer lineamientos respecto al crecimiento económico y la equidad, objetivos que se persigue lograr simultáneamente con aquellos que explícitamente propendan a preservar la capacidad de sustentación del medio ambiente y a mantener y reforzar los sistemas democráticos.

Uno de los temas centrales que se mencionan en este capítulo, es el que se refiere a la equidad. En particular, este objetivo permea los lineamientos de la propuesta y su relación con la población. Por esta razón, se ha puesto especial atención al imperativo que representa la superación de la pobreza en la región.

1. La propuesta de la CEPAL para el desarrollo de los años noventa:  
la transformación productiva con equidad

En el cumplimiento de su tarea al servicio del desarrollo de los países de América Latina y el Caribe, la CEPAL ha preparado un conjunto de planteamientos, contenidos en el documento "Transformación productiva con equidad" (CEPAL, 1990b), que fue conocido y aprobado por los gobiernos de la región en el vigésimo tercer período de sesiones celebrado en Caracas. La propuesta se amplió en estudios posteriores, que incluyen "El desarrollo sustentable: transformación productiva, equidad y medio ambiente" (CEPAL, 1991), "Educación y conocimiento: eje de la transformación

---

\* Versión original del capítulo II del libro de CEPAL-CELADE, *Población, equidad y transformación productiva*, CEPAL-CELADE, Santiago, Chile, LC/G.1758(CONF.83/3) LC/DEM/G.131, 1993.

productiva con equidad" (CEPAL/OREALC, 1992) y "Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado" (CEPAL, 1992b). Este último fue presentado en el vigésimo cuarto período de sesiones de la CEPAL.

Los planteamientos no constituyen una receta única de aplicación general sino un conjunto de orientaciones puestas a disposición de los gobiernos y las sociedades civiles de la región para abordar el desarrollo de los años 90 y mejorar las condiciones de vida de la población. Se trata de encontrar las respuestas a cómo crecer e incorporarse positivamente a la economía mundial y cómo hacerlo con mayores niveles de equidad, en el entendido de que el fin del desarrollo es el bienestar del conjunto de la población; se trata de lograr todo esto y preservar, al mismo tiempo, la capacidad de sustentación del medio ambiente para el presente y el futuro, en un marco de mantenimiento y de refuerzo de los sistemas democráticos.

La idea central y articuladora de esos planteamientos es que la incorporación y la difusión del progreso técnico son el factor fundamental para que la región desarrolle una creciente competitividad que le permita elevar progresivamente la productividad y generar más y mejores puestos de trabajo. La competitividad surge, entonces, como un requisito del crecimiento y de la equidad. La auténtica competitividad es la que se apoya en la incorporación sistemática del progreso técnico al proceso productivo y genera empleos más calificados que utilizan medios ambientalmente sustentables. En efecto, a mediano y largo plazo, las sociedades no pueden aspirar a niveles de bienestar que estén más allá de la evolución de su productividad. Aumentar la productividad demanda inversión en nuevas maquinarias y equipos, nuevas técnicas de organización del trabajo y, fundamentalmente, cambio técnico y significativa inversión en recursos humanos.

La competitividad relacionada con la incorporación del progreso técnico marca una fuerte ruptura con el espíritu rentista tradicional, pues no se apoya en los bajos salarios ni en la depredación de los recursos naturales que caracterizaron las ventajas comparativas de una competitividad espuria y que hoy, frente a las tendencias de la economía mundial, pierden cada vez más vigencia y dan al traste con las tendencias del futuro. La competitividad auténtica supone contar con recursos humanos calificados, capaces de agregar progresivamente valor intelectual y progreso técnico a la base de recursos naturales de la región, resguardándolos y enriqueciéndolos. Este tipo de crecimiento coloca, entonces, en el centro de la atención la calidad de la población de los países de la región, lo que se vuelve primordial tanto para la transformación productiva como para el logro de niveles adecuados de equidad.

Se postula también que las transformaciones productivas deben ser compatibles con la conservación del medio ambiente físico y, en consecuencia, que la dimensión ambiental y geográfico-espacial debe incorporarse plenamente al proceso de desarrollo. En este marco deben considerarse también aquellos aspectos del crecimiento y de la distribución de la población que pueden afectar los ecosistemas. Se trata de invertir las tendencias negativas del agotamiento de los recursos naturales y del creciente deterioro por contaminación, así como de aprovechar las posibilidades de utilizar esos recursos,

gracias a la investigación y la conservación. La sustentabilidad ambiental en la actualidad se relaciona tanto con el nivel de vida como con la calidad de la vida. Además de las posibilidades de obtener el crecimiento económico requerido en un contexto de mayor dinamismo y con una orientación competitiva y abierta, debe tenerse en cuenta la necesidad de asegurar a toda la población una vida sana, tanto física como mentalmente, en un medio ambiente apropiado.

Alcanzar una competitividad sobre la base descrita supone un enfoque sistémico, es decir, actuar sobre una vasta red de vinculaciones que influyen sobre el grado de competitividad de las empresas. Entre otros aspectos esa red abarca la infraestructura tecnológica, energética y de transportes, el sistema educativo, las relaciones entre empleados y empleadores, el sistema financiero y el ordenamiento institucional, tanto público como privado.

También supone entre los diversos sectores de la sociedad un conjunto mínimo de acuerdos relativos al contenido, alcance y secuencias necesarias para alcanzar la transformación productiva con equidad: es decir, exige una determinada cohesión social.

En este enfoque sistémico, la equidad adquiere una nueva dimensión. La existencia de una sociedad más equitativa, con mayor igualdad de oportunidades y mayor capacidad de integración, con una ciudadanía eficaz en lo económico y en lo social, resulta necesaria desde la perspectiva ética y política. La primera es válida en sí misma y la segunda porque obviamente la estabilidad democrática estará siempre en peligro en sociedades con bajos niveles de integración y altos niveles de pobreza y frustración de aspiraciones. Lo novedoso es que adquiere fuerte validez en el propio terreno de la economía, pues muestra la incongruencia entre la necesidad de recursos humanos capaces de incorporar progreso técnico y una población en condiciones de pobreza y con bajos niveles de formación.

De allí la necesidad de favorecer un enfoque integrado de transformación productiva y equidad que "implica, por una parte, preferir aquellas políticas económicas que favorecen no sólo el crecimiento, sino también la equidad, y, por otra, destacar en la política social el efecto productivo y de eficiencia, y no sólo la equidad". La política de población representa un papel protagónico en este contexto.

Como hay comprobaciones empíricas sobre la posibilidad de alcanzar simultáneamente un mayor crecimiento y más altos niveles de equidad —ha sucedido recientemente en otras regiones— es necesario impulsar las tareas que son portadoras de complementariedades entre ambos objetivos. Entre ellas pueden mencionarse la ampliación del empleo productivo con remuneraciones adecuadas, la difusión tecnológica, especialmente en el agro y en la empresa pequeña y mediana, el incremento del ahorro, la inversión en recursos humanos y la descentralización en la gestión del desarrollo. Esta descentralización implica fortalecer el proceso de democratización, así como la participación comunitaria, en la toma de decisiones y en la puesta en práctica de las políticas de desarrollo. Las políticas económicas y las políticas sociales no deberán ser consideradas, por tanto, como mundos separados, sino como aspectos de una política pública que, en su conjunto, se dirija a la vez a la transformación productiva y a la equidad.

La incorporación a los sectores de creciente productividad de los grupos de la población más desfavorecidos puede ser un proceso prolongado en el tiempo y será necesario desarrollar medidas complementarias. Entre ellas figuran los programas masivos de capacitación destinados a pequeños empresarios, trabajadores y campesinos por cuenta propia; reformas de los diversos mecanismos de regulación que obstaculizan la formación de pequeñas empresas; adecuación de los servicios sociales (incluso los programas de población) a las necesidades de los sectores más pobres y políticas asistenciales focalizadas en grupos de alta vulnerabilidad; fomento de la organización para propiciar la ayuda mutua y la adecuada representación ante el Estado de las necesidades de los más desfavorecidos; aprovechamiento de las potencialidades redistributivas de la política fiscal; y planes de empleo mínimo. En el éxito obtenido por países de fuera de la región que han alcanzado simultáneamente la equidad y la competitividad, han representado un papel fundamental los recursos humanos: capacitación, educación, ciencia y tecnología. De distintas maneras, todos ellos han hecho un enorme esfuerzo de inversión en esta área, esencial para alcanzar una competitividad auténtica. Es decir, la capacidad de potenciar el desarrollo pasa por mejorar la calidad de la población.

En América Latina y el Caribe, pese a los esfuerzos importantes en la posguerra, que alcanzaron resultados significativos en términos de la cobertura educativa, la situación actual no es satisfactoria. Se ha agotado un ciclo en el sistema educativo; ha caído en forma notoria la calidad de la educación, en cuarto a pertinencia, capacidad integradora y satisfacción de las necesidades de la producción. La capacitación en las empresas es embrionaria, la formación técnica obsoleta y la investigación científica insuficiente y alejada del sistema productivo.

Sin un profundo cambio del sistema educativo y de producción y difusión del conocimiento, la región será incapaz de crear los recursos humanos que requiere la transformación productiva con equidad. Esta reforma profunda del sistema educativo y de difusión de los conocimientos, según la propuesta elaborada por CEPAL y UNESCO, también deberá estar marcada por la visión integrada y de complementariedad antes señalada, es decir, se articulará simultáneamente en torno a los objetivos de generación de competitividad, buscando vincular las habilidades y destrezas necesarias para desempeñarse productivamente en el mundo moderno, y de generación de ciudadanía, es decir, la transmisión de valores de responsabilidad social, solidaridad y formación democrática.

A partir de esos objetivos, se señalan como criterios inspiradores de las políticas educativas, la equidad referida a la igualdad de oportunidades y la compensación de las diferencias y el desempeño, reflejado en la evaluación de los rendimientos y el incentivo a la innovación. Como principales lineamientos de la reforma se proponen a la vez la integración, dirigida a fortalecer la capacidad institucional de los países y la descentralización, orientada a favorecer la mayor autonomía de la acción educativa y a promover la responsabilización de los agentes en relación con los resultados.

Las orientaciones contenidas en la transformación productiva con equidad exigen un conjunto mínimo de acuerdos entre los diversos sectores de la sociedad respecto del contenido, alcance y secuencias de las políticas. Tras esos acuerdos, debe haber consensos de largo alcance entre los

principales actores de la sociedad civil —y de éstos con el Estado— para legitimar los mecanismos y acciones que fomenten comportamientos convergentes con los propósitos comunes e inhiban la manifestación de intereses puramente sectoriales, cuando éstos entren en conflicto con los propósitos colectivos.

De otra parte, los sectores más rezagados deben contar con instancias para hacer presente sus demandas a los sistemas ya establecidos. Todo ello alude a la necesidad de fortalecer los contextos democráticos y pluralistas, favoreciendo la participación, la desconcentración y la descentralización de los sistemas de gobierno.

Se trata de avanzar hacia un Estado que renueve su estilo de intervención: desarrollará una mayor capacidad estratégica tanto en el terreno de la competitividad y la innovación como en el de la equidad; no sustituirá a los agentes económicos y sociales, sino que por el contrario, asegurará las reglas y el terreno para la estabilidad y el crecimiento; y será capaz de contrapesar los efectos socialmente negativos de la dinámica económica, con mecanismos de regulación, protección y compensación en materias como la educación, la salud (incluso la salud reproductiva) y la vivienda, para aumentar las posibilidades de aquellos que no están en condiciones de acceder al mercado.

## 2. Los ejes que vinculan la dinámica de la población y la transformación productiva con equidad

La propuesta de transformación productiva con equidad pone en el centro de su atención la existencia de una población productiva con una alta capacidad de creación económica y técnica, para alcanzar una auténtica competitividad. Al tiempo de favorecer las tareas productivas, ella colabora en la generación de una ciudadanía moderna, con participación en la toma de decisiones y en la construcción de mecanismos de solidaridad y de cooperación social, lo que permite alcanzar sociedades equitativas y democráticas. La consideración de la dinámica de la población en todas sus dimensiones —tamaño, crecimiento, estructura por edades, mortalidad y morbilidad, fecundidad, migración internacional, distribución espacial, tamaño y tipo de familia y condición de la mujer— es de enorme importancia en la configuración de las políticas públicas que se dirijan a plasmar los objetivos de la transformación productiva.

La transición demográfica ha sido en la región más intensa que lo pronosticado. En efecto, los descensos de la mortalidad y de la fecundidad han sido más marcados que los proyectados en el decenio de 1970. Sin embargo, están lejanos de los índices de los países desarrollados. Entre los factores explicativos de la rápida caída en la fecundidad se han indicado la mayor urbanización y cobertura educativa, sobre todo para las mujeres, la mayor participación femenina en el mercado de trabajo, la aplicación en varios países de políticas públicas o privadas de población y el fenómeno de universalización de las comunicaciones, muy intenso en los últimos años. La intensidad de la transición demográfica no aparece sólo ligada al crecimiento económico, sino que persistió en el decenio de 1980, lo que hace más complejo el análisis de su causalidad.

En este sentido, todo indica que precisamente en esos años, la crisis, el aumento de la pobreza y el aumento de la inseguridad laboral y de acceso a bienes y servicios se dio a la par con el mantenimiento de las tendencias a una menor fecundidad y mayor cobertura de la educación. El efecto combinado de esta mayor cobertura, aun en desmedro de la calidad, con la creciente difusión de los medios de comunicación social, tendió a uniformar las aspiraciones y acercar el imaginario colectivo de la región al prevaleciente en los países desarrollados. Se explicaría así la existencia de familias pequeñas, incluso en situaciones de mayor precariedad para algunos sectores de la población. Esto parece ligarse fuertemente a las nuevas aspiraciones de consumo y bienestar, así como a estrategias de sobrevivencia frente a la crisis económica. La continua homogeneización internacional de los patrones de consumo, fenómeno estimulado por la apertura comercial, la fluidez de las comunicaciones y el rápido crecimiento del comercio internacional de los servicios, refuerza las aspiraciones de consumo y calidad de la vida, que parecen cada vez más difícil de satisfacer con familias numerosas, lo que lleva a las parejas al deseo de tener menos hijos.

A la luz de estos hechos, en la consideración de los aspectos de población involucrados en la propuesta de transformación productiva con equidad, se identifican tres ejes principales: población y recursos humanos, población y equidad, y población y desarrollo sustentable.

### 3. La población desde la perspectiva de los recursos humanos

El actual debate sobre el desarrollo privilegia la calidad del recurso humano. En efecto, el desafío de la región consiste en adecuar sus estructuras productivas a las tendencias de los mercados internacionales con un esfuerzo de competitividad, anclado en la incorporación tecnológica y en el incremento de productividad. Ello no será posible de no mediar una clara prioridad para la educación, la capacitación laboral y la difusión de las capacidades de aprendizaje continuo en la población.

El aumento de la calidad del recurso humano es también necesario para reducir la pobreza. El crecimiento económico no es suficiente, como enseña la propia experiencia de la región. Es necesario acompañar el crecimiento económico con una mayor eficacia de las políticas sociales, fortaleciendo su vínculo con la transformación productiva, de modo de aumentar la rentabilidad social de los recursos asignados a ellas y la productividad global de la economía.

Mejorar la calidad del recurso humano como eje de la modernización productiva y del fortalecimiento de la democracia exige una perspectiva nacional, en el marco de un proyecto político consensual. El nivel medio de escolaridad de la fuerza de trabajo, por ejemplo, se eleva con lentitud y la crisis de los sistemas públicos ha ahondado las diferencias de acceso y de calidad de la educación entre diversos estratos sociales. La complejidad de las nuevas tareas del desarrollo, y también la inadecuación de la educación respecto de las necesidades del aparato productivo, están elevando los requisitos educativos mínimos para salir de la pobreza. Así tienden a demostrarlo, por ejemplo, datos para el caso chileno, donde acceder a empleos con salarios o retribuciones que den probabilidades altas de

salir de la pobreza, exige un mínimo de doce años de educación. La magnitud de la tarea queda de manifiesto cuando se conoce que, en Brasil, por ejemplo, 70% de la población económicamente activa (PEA) urbana ha cursado menos de 10 años de estudios.

La urgencia de centrar los esfuerzos en la inversión en capital humano se ve avalada además porque los desafíos de la competitividad y participación en el mercado internacional exigen una fuerza de trabajo de mejor calidad. La segmentación social, propia de economías con elevadas desigualdades como las regionales, se expresa también en ofertas educativas de dispar calidad, en función del nivel de ingreso. Corregir esa disparidad es la tarea más importante de las sociedades latinoamericanas, en una época en que el acceso al conocimiento se transforma en la principal ventaja competitiva de individuos, instituciones y naciones. Hay indicaciones, además de que el conocimiento se encuentra aún más concentrado que el ingreso, de manera que mejorar las condiciones de acceso de los grupos más desfavorecidos a la educación y al conocimiento es la principal tarea desde el punto de vista redistributivo. A falta de un esfuerzo decidido en esa dirección, la región verá consolidarse estructuras concentradas del ingreso y de las oportunidades de progreso, haciendo estériles los esfuerzos de las políticas asistenciales.

Desde el punto de vista de la relación entre población y desarrollo, debe adoptarse un enfoque pragmático que evite las asociaciones simplistas de cualquier signo entre el desarrollo y los niveles de fecundidad, y que más bien explore las posibilidades de potenciar los espacios de complementariedad entre comportamientos públicos y privados orientados a mejorar la calidad del recurso humano, como eje de una transformación productiva con equidad. Lo importante es la calidad del recurso humano disponible para el cambio tecnológico, para la innovación y la creación. En ese contexto, países de crecimiento demográfico y niveles de pobreza elevados estarán en condiciones disminuidas para mejorar la calidad de su recurso humano, pues elevar la calidad de una masa mayor de individuos exige más recursos.

Por otra parte, hay numerosas comprobaciones acerca de las ventajas de una familia pequeña desde un punto de vista microeconómico y microsocioal. Es conocido el deseo de las parejas de tener menos hijos y también hay indicaciones de que el tamaño de la familia, sobre todo en sectores pobres, tiene una relación inversa con el nivel de instrucción que alcanzan los niños. Así, la planificación familiar tiene una justificación por los beneficios que reporta para la salud de la madre y del hijo y para la crianza y desarrollo más adecuados del niño, lo que en definitiva tiene un efecto importante en la calidad de los recursos humanos.

La prioridad para la inversión en capital humano modificará las variables demográficas y contribuirá, en particular, al descenso de la fecundidad en forma funcional con la transformación productiva. En efecto, la baja de la fecundidad reducirá las nuevas cohortes de edad escolar, lo que permitirá concentrarse en el mejoramiento de la educación y de la salud. El menor tamaño de la familia permitirá también una mayor posibilidad de afectividad y estimulación familiar hacia los hijos, además de mejorar la calidad de la alimentación, lo que limitará el impacto del círculo vicioso de la pobreza en los sectores más desposeídos.

Si bien la calidad de la población está en el centro de la preocupación de la propuesta de transformación productiva con equidad, la cantidad de población que se incorporará al mercado de trabajo y la que demandará educación y capacitación tienen gran importancia para la elaboración de planes y programas de desarrollo. Esto es especialmente válido en la etapa de transición tanto demográfica como del sistema educativo y para la propia organización de la economía.

Alrededor de 82 millones de personas se agregarán a la población de América Latina y el Caribe durante el último decenio de este siglo. De ese aumento, un 80% se situará entre los 15 y los 64 años, lo que implicará incorporación masiva al mercado del trabajo y a la vida reproductiva. Hay en ello un reto indudable de generación de puestos de trabajo, pero en esencia ofrece un potencial favorable para el desarrollo. Por ejemplo, las menores relaciones de dependencia, originadas en el aumento de la proporción de la población en edad activa, significarán una menor carga económica por cada trabajador. Además, el descenso de la mortalidad y los avances de salud tienden a elevar la productividad de la mano de obra. Por último, el mayor control sobre la fecundidad facilita una mayor participación laboral de la mujer y una mayor equidad entre los sexos.

En la creación de puestos de trabajo merece especial consideración el desempleo juvenil. La tasa de desempleo que afecta a los jóvenes es superior a la registrada para el conjunto de la fuerza de trabajo, pese a que su escolaridad es superior a la de sus padres. En la mayoría de los países, la desocupación juvenil duplica y, en un caso —Uruguay—, hasta triplica el desempleo medio para el conjunto de la población activa. Afecta proporcionalmente más a las áreas urbanas que a las rurales, a las mujeres más que a los hombres, y más al tramo entre 15 y 19 años de edad que al siguiente. Por otra parte, cuando consiguen trabajo, los jóvenes sólo lo logran en actividades de baja remuneración y con escasas perspectivas de ascenso. Pese a la ampliación de posibilidades educativas, los conocimientos recibidos no les aseguran acceso a empleos de calidad (véase el cuadro 1).

La fuerza de trabajo juvenil es sobre todo urbana y esa tendencia irá aumentando hasta llegar a representar tres cuartas partes de ella a fines de siglo. A comienzos del decenio de 1990 la fuerza de trabajo juvenil urbana ascendía a 34 millones y a 14.5 millones la similar rural. En el año 2000 la población juvenil activa en el medio urbano superará los 40 millones, en tanto la rural se habrá reducido a 13.7 millones.

Sin políticas específicas para este grupo poblacional, se calcula que la tasa de desempleo juvenil podría ascender a 12% a fines de siglo, y afectar a cerca de 6.5 millones de jóvenes, contra 4.7 millones en 1990.

El número de adolescentes y jóvenes (entre 15 y 24 años de edad) que se incorporarán a la fuerza de trabajo, ejercerá una fuerte presión sobre la capacidad de absorción del aparato productivo. Los que logren ocupación podrán verse relegados al subempleo, en la medida en que la formación entregada por el sistema educativo siga desvinculada de la demanda de la producción, lo que acentuaría la tendencia a su exclusión de las actividades más dinámicas.

Romper esa tendencia constituye un desafío de primer orden, tanto por razones estrictas de equidad como por un imperativo de productividad y competitividad para el conjunto de las economías. Superar la subutilización laboral y la marginación política previsible de los jóvenes se transforma en una condición ineludible de la transformación productiva y del fortalecimiento de la democracia en América Latina y el Caribe.

#### 4. Población y equidad

La superación de la pobreza en la región plantea uno de los mayores retos para el logro efectivo de la equidad. Para enfrentarlo conviene tomar en cuenta tanto su evolución reciente y la experiencia que podría derivarse de los resultados de algunos esfuerzos de reestructuración económica, como los rezagos que desde el punto de vista del comportamiento de las variables de la población se detectan entre los países y dentro de éstos (véase el cuadro 2).

##### 4.1. La evolución de la pobreza y el ciclo económico

En el primer quinquenio de los 80, cambió de signo la tendencia de la posguerra hacia la disminución de la pobreza que había perdurado hasta fines de los años 70 en la mayoría de los países de la región. En el segundo quinquenio, ese quiebre se acentuó, sobre todo en los países de mayor tamaño económico y demográfico, como parecen mostrar cifras preliminares para Argentina, Brasil, México y Venezuela (CEPAL, 1992a).

Una estimación de 1990, basada en información de las encuestas de hogares, sitúa en 196 millones la población de América Latina bajo la línea de pobreza, lo que representa aproximadamente 46% de la población total (CEPAL 1992a), cifra que en 1986 era de 43%. Esto significa una tasa media anual de crecimiento de 3.6% de la población pobre. Para lograr la equidad sería necesario no sólo reducir la pobreza, sino invertir la tendencia ascendente que registra la región.

En algunos países, como Chile y Uruguay, habría comenzado de nuevo a descender la incidencia de la pobreza. Sin embargo, aun en estos casos, la disminución ha sido lenta respecto de la recuperación del ritmo de crecimiento económico. Se detecta cierta asimetría en la evolución de la pobreza respecto del ciclo económico: fuerte aumento en condiciones recesivas y débil reducción, cuando no estabilización, al recuperarse la actividad productora. Esta asimetría ha sido más destacada en los años 80 porque, en verdad, no se ha tratado solamente de cambios en el ritmo de la actividad económica. En rigor, lo acontecido respondió a un proceso de ajuste frente a condiciones externas muy adversas, las que obligaron a una transformación en el propio modelo de desarrollo. Más que crisis recesiva, se trató de una reestructuración productiva (y de los flujos de renta e incentivos) para cerrar una singular brecha externa, lo que obligó a privilegiar la producción transable, particularmente las exportaciones.

Si lo anterior es válido, entonces es dable pensar que la evolución futura de la pobreza bien podría retomar su anterior tendencia decreciente, sobre todo en los países en que, habiéndose avanzado más en las reformas económicas, los costos de la reestructuración económica parecen haber sido asimilados. Así, es probable que la recuperación del crecimiento económico se asocie, más en los años próximos que en los recién pasados, a la generación de empleos productivos y a los aumentos de los salarios —con lo cual se podrían invertir las tendencias de aumento de la pobreza— en aquellos casos en que el grueso de las reformas económicas que hacen posible la reorientación de los incentivos hacia el exterior ya se ha efectuado; el ajuste fiscal destinado a equilibrar las cuentas públicas ha comenzado a rendir sus frutos, traduciéndose en menores índices inflacionarios, y se han consolidado las nuevas perspectivas de mayor acceso al financiamiento externo —en particular, la inversión directa— que eliminan las transferencias netas de recursos hacia el exterior y generan mayores posibilidades para el financiamiento de la inversión y los aumentos de la productividad.

La repercusión de esos costosos ajustes en el mercado del trabajo ha agravado la situación distributiva y de pobreza, al marginar de un modo que podría ser permanente a segmentos de la población cuyo ingreso a la fuerza de trabajo coincidió con el decenio de la reestructuración. De allí la importancia de acompañar el crecimiento económico con políticas de capacitación laboral para los jóvenes y de reconversión laboral para aquellos grupos más afectados por el ajuste económico.

La pobreza es hoy en su mayor parte urbana en lo que respecta a los volúmenes de población afectada, aunque en muchos países su incidencia y severidad son más elevadas en el medio rural. Mientras mayor sea el predominio de población rural, como en Bolivia, Guatemala y Honduras, mayor será la incorporación al mercado laboral a través de actividades por cuenta propia, realizadas sin calificación profesional ni técnica. En esos países, es reducida la difusión de las actividades modernas que no poseen el tamaño ni vínculos suficientes como para influir significativamente a mediano plazo sobre los niveles ocupacionales y salariales. Los problemas de productividad tienden a ser masivos, vinculados al atraso económico y exigen, por lo tanto, políticas estructurales.

En otros países de transición demográfica más avanzada y de mayor ingreso por habitante, el grueso de la población económicamente activa ocupada es asalariada. A consecuencia de la profunda reestructuración económica de los años 80, la incidencia de la pobreza aumentó entre los asalariados de baja calificación y —un dato nuevo— empezó a afectar a cerca del 10% de profesionales y técnicos, tanto del sector público como de empresas privadas. Por ello, en estos casos el salario es un elemento vital para enfrentar la pobreza. Por otra parte, las políticas de generación de empleo productivo deberán considerar que el empleo público y del sector manufacturero ya no representarán el mismo papel de antaño y que los mercados de trabajo se han flexibilizado, con lo cual, en ocasiones, ha aumentado la precariedad de la relación laboral.

Tanto la productividad de la economía como los ingresos individuales dependen estrechamente del nivel educativo y del grado de calificación de la fuerza de trabajo. Por eso, el esfuerzo en educación

y capacitación se traduce simultáneamente en mejoramientos de la competitividad y de la equidad. En la región existe un contraste muy marcado entre los grandes progresos alcanzados por la cobertura del sistema educativo y los contingentes aún masivos de PEA ocupada con menos de 10 años de escolaridad, nivel que puede considerarse el umbral inferior para acceder a ocupaciones compatibles con un ingreso que satisfaga mínimamente a un grupo familiar.

Por otra parte, como la transición demográfica está en pleno desarrollo en la región y la baja de la fecundidad va siendo más rápida que lo proyectado hasta hace pocos años, esas tendencias podrían significar que las tareas de crecimiento y equidad se enfrenten bajo condiciones demográficas menos desfavorables que las que se venían pronosticando. Las tasas más bajas de fecundidad significan una menor presión para la generación de puestos de trabajo productivo en los años 90 y para la demanda de servicios sociales. Por ejemplo, los cambios demográficos implicarían la posibilidad de liberar recursos para conseguir mejoras en la calidad de la educación y en la salud y nutrición materno-infantil, cuyo deterioro fue muy fuerte en los años 80. Estos están en la base de la reproducción del círculo de pobreza pues representan los dos componentes más importantes de la inversión en capital humano. Como el número de escolares de la región aumentará menos del 10% en los años 90 y como los ingresos fiscales se elevarán más o menos según el crecimiento del producto (tal vez en 50% a fines de la década, si el PIB crece a un ritmo de 4% anual en los años que restan), se dispondría de un saldo para canalizarlo hacia el mejoramiento de la calidad de la educación y de la atención materno-infantil.

Esta menor presión demográfica es relativa. Los promedios señalados son muy distintos en el grupo de países de transición incipiente (Bolivia y Haití) o moderada (El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Paraguay), en que la tasa global de fecundidad supera los 4.5 hijos. Tanto en esos países como en los que se encuentran en etapas de transición más avanzadas hay comprobaciones empíricas de que la fecundidad ha decrecido en forma desigual, siendo su nivel actual mucho más alto en las mujeres de los sectores de más bajos ingresos, de zonas rurales y de bajo nivel educativo.

Aunque el descenso de la fecundidad en curso, que propicia mejores condiciones para la transformación productiva con mayor equidad, ha sido intenso y más que lo pronosticado, el proceso no es homogéneo entre países ni dentro de ellos. Los de menor desarrollo relativo, que son los más necesitados de crecimiento con equidad, presentan todavía una fecundidad alta y esta situación se puede encontrar, además, entre los grupos que viven en condiciones de pobreza en el resto de la región. Existen serios rezagos en materia de equidad demográfica en todos los países. Por lo tanto, la falta de políticas dirigidas a satisfacer la aspiración creciente de numerosas parejas de tener menos hijos, como complemento de las políticas públicas contenidas en la propuesta de transformación productiva con equidad, acentuaría la heterogeneidad de los niveles de desarrollo y los dualismos internos de las sociedades de la región, obstaculizando los esfuerzos por romper la cadena de transmisión intergeneracional de la pobreza.

#### 4.2. La población y los rezagos de la equidad

En el cambio de comportamiento reproductivo de la mayor parte de la población se traducen las transformaciones económicas y sociales experimentadas por la región en la posguerra. Diversos factores condujeron a difundir el deseo por tener un menor número de hijos, y el cumplimiento de ese deseo fue posible gracias a los medios que permitían evitar la concepción. Hogares ubicados en diferentes estratos sociales y distintos puntos de residencia optaron por la familia más pequeña, lo que llevó a la aceptación creciente del control de la fecundidad cuyos costos, de mercado y subjetivos, se redujeron.

El descenso de la fecundidad no tuvo la misma intensidad en todos los grupos sociales. Las mujeres de los estratos socioeconómicos más desposeídos tienen un mayor promedio de hijos; del mismo modo, la fecundidad más elevada de las zonas rurales se asocia con los sectores campesinos, trabajadores sin tierras y las minorías étnicas, que se encuentran marginados de los frutos del progreso. Un hecho de singular importancia es que muchas de esas mujeres declaran sistemáticamente que una elevada proporción de su fecundidad real es no deseada. Por lo tanto, la planificación familiar parece haber seguido una línea de inequidad; por ser inaccesible para ciertos grupos, se vuelve para ellos casi imposible el ejercicio de un derecho reproductivo esencial y coarta la libertad de las parejas para decidir acerca del número de hijos que desean tener.

Las diferencias de la fecundidad por sectores sociales son, pues, expresiones notorias de la inequidad prevaleciente en los países de la región. Esta situación es tanto más apremiante cuanto que en algunos países los bolsones de alta fecundidad representan una proporción muy importante de la población, hechos que se han evidenciado a partir de la información reciente sobre diferencias de la fecundidad en los países que realizaron la Encuesta Demográfica y de Salud.

Junto a las diferencias de la fecundidad, hay otra dimensión trascendental: la sobremortalidad. La gran magnitud de las diferencias en los niveles de morbilidad y de mortalidad —a pesar de los logros obtenidos— constituye uno de los rezagos más preocupantes en materia de equidad. Se trata de la persistencia de grupos vulnerables que se ven expuestos a una menor probabilidad de sobrevivencia, refuerza los patrones reproductivos que conducen a altos niveles de fecundidad y puede impedir los esfuerzos de mejorar la calidad de la población contenidos en la propuesta central de la transformación productiva. La sobremortalidad para vastos sectores de la región es manifiestamente un fenómeno que forma parte de la pobreza, porque incluso en aquellos países que han tenido los mayores progresos en la lucha contra la mortalidad se presentan diferencias abismales según grupos sociales.

Un indicador sintético de esta inequidad es la esperanza de vida al nacer: se ha encontrado que en los grupos más pobres de países centroamericanos es del orden de 10 años menor a la de los pobres (véase el recuadro 1), diferencias que están dadas principalmente por la incidencia de la mortalidad infantil y de la niñez. Igual que en el caso de la fecundidad, las estimaciones de mortalidad infantil según

área de residencia y educación de la madre, para países en distintas etapas de la transición demográfica, muestran diferencias importantes. También se observan altos contrastes al considerar el origen étnico de la población; es notorio que la mortalidad de niños pertenecientes a comunidades indígenas presenta tasas mucho más altas que las de niños de otro origen. Estudios realizados con datos censales muestran, por ejemplo, que en Bolivia (1976) la mortalidad infantil de quienes sólo hablan quechua era de 218 por mil nacidos vivos, mientras que los que hablan castellano tenían una tasa de 137 por mil (OPS, 1990). Por otra parte, en un estudio reciente en reducciones indígenas de Chile (1988) se encontró una tasa de mortalidad infantil de 45 por mil, mientras que, para la misma época, el valor nacional era de 17 por mil, y la de los barrios más acomodados de Santiago alcanzaba a poco más de 10 por mil (UFRO/INE/FII/PAESMI/CELADE, 1990).

En conjunto, las desigualdades de comportamiento demográfico significan que cada grupo social sigue sus propias tendencias en relación con el crecimiento y la distribución por edades, por lo que existe un aporte diferenciado al crecimiento y estructura del total de la población. La dinámica demográfica cumple una función importante en la reproducción de la pobreza desde dos puntos de vista: en forma directa por la alta tasa de fecundidad y crecimiento de la población pobre e, indirectamente, porque estos hechos favorecen la permanencia de los hijos en condiciones de vida similares a las de sus padres, por la transmisión intergeneracional de la pobreza.

El efecto de la mayor fecundidad en familias pobres estimula la aparición de mecanismos como el trabajo infantil y la fecundidad temprana. El trabajo infantil, como mecanismo de sobrevivencia familiar, sacrifica la educación de los pequeños y puede inhabilitarlos para postular en el futuro a puestos mejor remunerados. La fecundidad temprana, tiende a transmitir al hijo las carencias culturales y materiales del ambiente de la madre.

Aunque diversos estudios muestran una fecundidad y mortalidad más elevadas en los grupos de bajos ingresos, son pocas las mediciones acerca de cómo ello incide en su crecimiento demográfico y, por lo tanto, acerca de cuál es la importancia de éste en la evolución de la magnitud de la pobreza. El análisis de encuestas de hogares de algunos países permite concluir que la elevada fecundidad es de importancia preponderante en la determinación del alto crecimiento vegetativo de su población. De este modo, se observa, por ejemplo, que la tasa global de fecundidad de los indigentes de Guatemala es de 6.7 hijos por mujer y la tasa de crecimiento natural de 3.4%, frente a una fecundidad de 3.6 hijos y una tasa de aumento de 2.3% de los no pobres. Resultados similares se encontraron en investigaciones realizadas para Honduras y Nicaragua, en los que se analizó la dinámica demográfica de los grupos pobres considerándolos según el criterio de necesidades básicas insatisfechas (recuadro 1).

Las tendencias demográficas diferenciales entre sectores sociales son un factor que contribuye al aumento absoluto y relativo de la población de menores recursos. Un ejercicio reciente de proyección de población pobre y no pobre realizado para Honduras (CELADE, 1992; Gabrie, 1991), en la hipótesis de una movilidad social nula y una disminución de la fecundidad y la mortalidad,

Recuadro 1

PAISES SELECCIONADOS DE AMERICA LATINA: INDICADORES DEMOGRAFICOS  
Y SOCIALES SEGUN ESTRATOS DE POBREZA <sup>a/</sup>

Fuertes diferencias en los indicadores demográficos, así como en otros de carácter socioeconómico, acompañan las situaciones de pobreza; representan rasgos agudos de la inequidad existente en la región. Al tomar como ejemplo tres países centroamericanos, se advierte que los disímiles comportamientos de la fecundidad y la mortalidad se reflejan en el ritmo de incremento natural de la población pobre y en la juvenil estructura por edades, lo que aumenta la incidencia de la pobreza entre los niños y jóvenes.

Indicador	Países						
	Guatemala (1986-1987)			Honduras (1990)		Nicaragua (1985)	
	Indigentes	Pobres	No pobres	NBI	NBS	NBI	NBS
Porcentaje de población	48	25	27	78	22	69	31
Porcentaje de indígenas sobre estrato	55	38	23	-	-	-	-
Tasa de natalidad (por mil)	44	34	30	40	28	48	35
Tasa de mortalidad (por mil)	10	9	7	8	5	13	11
Tasa de crecimiento natural (por mil)	34	25	23	32	23	35	24
Tasa global de fecundidad	6.7	4.7	3.6	6.0	3.2	6.7	3.7
Esperanza de vida al nacer (años)	60	63	71	65	74	-	-
Porcentaje de nacimientos totales	56	22	22	83	17	75	25
Porcentaje de muertes totales	55	25	20	84	16	72	28
Estructura de edad (por cien)	100	100	100	100	100	100	100
0-19	62	56	47	59	46	60	52
20-59	34	39	46	37	47	35	42
60 y más	4	5	7	4	7	5	6
Relación de dependencia (por cien) <sup>b/</sup>	120	87	64	102	62	115	84
Tamaño medio de hogar (personas)	6.0	5.4	4.4	5.9	4.3	6.4	5.7
Tasa bruta de participación							
económica (por cien)	26	33	43	31	38	-	-
Estructura ocupacional (por cien)	100	100	100	100	100	-	-
Asalariados	41	54	53	43	55	-	-
Cuenta propia	35	30	31	39	32	-	-
Trab. familiar							
no remunerado	24	14	11	15	6	-	-
Otro	0	2	5	3	7	-	-

**Fuente:** Guatemala: J. Chackiel y M. Villa, "América Latina y el Caribe: dinámica de la población y desarrollo" (DDR/1), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), 1992, documento presentado a la Reunión de Expertos Gubernamentales sobre Población y Desarrollo en América Latina y el Caribe, preparatoria de la Conferencia Internacional de Población y Desarrollo de 1994, Santa Lucía, 6 al 9 de octubre; Honduras: Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), *Honduras: diagnóstico sociodemográfico y proyecciones de la población pobre y no pobre según distintas metas. 1990-2010* (LC/DEM/R.172), Santiago de Chile, 1992, y J. Gabrié, "Honduras, características sociodemográficas y económicas de la población según grado de pobreza, 1990", Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), 1991, inédito; Nicaragua: M. Morales, "Nicaragua: características socio-económicas y demográficas según estado de pobreza", Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), 1991, inédito.

<sup>a/</sup>: Guatemala según criterio de ingresos; Honduras y Nicaragua según necesidades básicas insatisfechas (NBI) y satisfechas (NBS).  
<sup>b/</sup>: (0-14 + 65 y más)/(15-64).

muestra entre el año 1990 y el 2000 un aumento de 1.5 millones de pobres, que subirían de un 78 a un 80% de la población total (5.1 millones en 1990). Para reducir la proporción de pobres debiera producirse una movilidad social ascendente que compensara el crecimiento demográfico. Como un ejemplo hipotético que permita apreciar órdenes de magnitud, considérese una meta de reducción del porcentaje de pobres, en el año 2000, del 80% esperado, al 66%. Esto implica sólo que el incremento del número de pobres sería 700 000 en vez de los 1.5 millones proyectados, lo que podría lograrse con programas socioeconómicos que conduzcan a la movilidad social ascendente de 800 000 personas.

Se fortalece la tesis de que la evolución de la pobreza no está determinada sólo por factores demográficos diferenciales sino también por otros socioeconómicos, al considerar las tendencias al aumento de los sectores pobres registrados en países de la región durante el decenio de 1980 (CEPAL, 1990a). En varios han ocurrido aumentos en el número y la proporción de pobres de una magnitud que no es posible explicar sólo por su crecimiento demográfico, sino que habrían ocurrido también a consecuencia de los efectos perjudiciales de la equidad derivados de la crisis. De los diez países analizados por la CEPAL, la tasa de crecimiento medio anual total de la población pobre fue de 3% o más en los casos de Argentina, Costa Rica, Guatemala, Uruguay y Venezuela; en dos de ellos alcanzó una tasa del orden del 9%, que supera varias veces el crecimiento demográfico.

A raíz del mayor crecimiento demográfico de la población pobre, es superior la incidencia de la pobreza y de la indigencia entre los niños y los jóvenes. A esto hay que agregar que las poblaciones en condiciones de pobreza tienen una alta relación de dependencia y un elevado promedio de personas por hogar.

Debido a estas características de la estructura de edades, la satisfacción de sus demandas de atención de salud y educación es, sin duda, prioritaria para esta población y, por tanto, su insatisfacción establece una de las bases fundamentales del círculo vicioso de la pobreza. No obstante, para el resto de los grupos de edades, las demandas se concentran en empleo y vivienda, dos de las necesidades básicas más elementales que en su insatisfacción favorecen también la reproducción del fenómeno.

Además de esas inequidades, las deficiencias señaladas en cuanto a la planificación familiar y la educación, información y comunicación en materias sexuales y reproductivas, aparecen como causas asociadas de dos problemas de importancia: el aborto clandestino, con grave riesgo para la salud materna, y el embarazo adolescente. Tanto el aborto clandestino como el embarazo adolescente forman parte del agudo síndrome de inequidad que caracteriza a las sociedades latinoamericanas y caribeñas y que tiene consecuencias socioeconómicas en varios planos. En el caso de la fecundidad adolescente pueden distinguirse por lo menos dos. En primer lugar, para los individuos los nacimientos que ocurren en estas edades tienen mayores probabilidades de ser problemáticos, ya sea por el riesgo biológico que a menudo implican, por los vetos educativos y laborales que normalmente acarrearán a los progenitores, o por el conflicto familiar que pueden desencadenar. En segundo

término, para la sociedad, la fecundidad adolescente puede representar pérdidas importantes de capital humano, producto de la deserción escolar y laboral, y limitaciones para mejorar el nivel colectivo de productividad.

Para impedir la reproducción de la pobreza, es de particular importancia considerar la ampliación de las posibilidades de educación y de acceso al empleo para las mujeres jóvenes, lo que junto con mejoras en la cobertura de los programas de salud, planificación familiar y nutrición, ha mostrado reflejarse en mejores condiciones de vida y en menores tamaños de familia. Como se desprende de diversos estudios, el estímulo a la educación secundaria de las niñas, particularmente en el medio rural, tiende a reducir el promedio de hijos, para un mismo nivel de ingresos. Como la educación es además útil para el ingreso a la fuerza de trabajo, se produce una participación laboral de las jóvenes, se retarda el matrimonio, baja la fecundidad, y, por esta vía, se origina una condición favorable para la reducción de la mortalidad.

Facilitar el acceso a la planificación familiar para tales sectores establece un principio ciudadano, al garantizar a todos los grupos sociales el ejercicio de un derecho reproductivo, en condiciones informadas y con plena libertad de la pareja para decidir acerca del número de hijos. Por otro lado, es un requisito de la equidad y de la propia transformación productiva, al contribuir a mejorar tanto las condiciones de vida de los sectores más postergados como la productividad de su esfuerzo laboral.

## 5. Población y sustentabilidad del desarrollo

El 94% del incremento de la población regional entre 1960 y 1990, que totalizó 230 millones de personas, correspondió a las zonas urbanas; luego de un aumento de 10 millones en los años 60, la población rural se ha estabilizado en cerca de 124 millones. De este modo, la presión demográfica sobre los recursos naturales se deriva principalmente de la acelerada expansión del mercado urbano, que favoreció la tecnificación de la producción de alimentos y fibras. Aunque la mecanización de la agricultura comercial y el auge de la ganadería extensiva han incrementado la relación hombre/tierra, ésta sigue siendo, en promedio, una de las más bajas del mundo en desarrollo; sin embargo, esa relación se hace excesiva en las zonas minifundiarias tradicionales, afectadas por la acción conjunta de la fragmentación por herencia y la creciente extensión territorial de las grandes empresas agroindustriales exportadoras y de las actividades ganaderas.

Los índices extremos de concentración de la propiedad agrícola y de uso de la tierra, otra de las especificidades de la región, explican la aparente contradicción entre la baja relación hombre/tierra agrícola y la persistencia de zonas en constante deterioro. De hecho, un 75% de las familias rurales de la región no dispone de tierra o padece una aguda escasez de ella, lo que obliga a sus miembros, bajo modalidades que no siempre resguardan las condiciones mínimas de ingreso y bienestar, a desplazarse y contratarse fuera de su predio para poder subsistir. Un acceso más fluido a la propiedad

agraria y a créditos y asistencia técnica facilitarían aumentar directamente los ingresos de los campesinos, al elevar la productividad en el uso de la tierra y aliviaría la presión campesina de pequeños propietarios y minifundistas sobre las tierras marginales.

Para ello se ha sugerido perfeccionar el funcionamiento del mercado de tierras, facilitando el acceso del campesinado. Lo anterior supone un programa masivo de regularización de títulos, procediendo al reconocimiento jurídico de las tierras habitadas y ocupadas por pueblos indígenas y a la recuperación de espacios y recursos desaprovechados. Mejorar la eficiencia en el uso de la tierra supone también hacer depender la tributación agrícola del valor productivo de los suelos, lo que junto con estimular la productividad, facilitarían la desconcentración de la propiedad. Finalmente, es indispensable una mayor penetración del sistema financiero en el mercado de la tierra; para ello habrá que establecer modalidades especiales de ahorro y crédito destinadas a la compra de predios. Asociados a tales mecanismos es necesario organizar sistemas de asistencia técnica que velen por el uso del suelo de acuerdo con sus características ecológicas, minimizando las externalidades negativas.

En virtud del aumento de la concentración urbana, en 1990 la región contaba con 38 ciudades de más de un millón de habitantes, dos de las cuales tenían más de 15 millones. Aparte de requerir costosas inversiones para la dotación de agua potable, saneamiento e infraestructura social, en algunas de estas grandes ciudades se ha acentuado la inadecuación del ambiente físico. El efecto combinado de la escasez de inversión, del tamaño demográfico alcanzado, de la rapidez del crecimiento, de la incorporación de diversos tipos de tecnologías (fuentes de emisiones fijas, automotores, edificaciones de alta densidad), ha tendido a deteriorar la calidad de la vida urbana. Esto último se aprecia claramente en que, por ejemplo, los niveles de concentración de contaminantes atmosféricos e hídricos superan las normas aceptadas, en que pocas ciudades cuentan con sistemas de tratamiento de aguas servidas y en que muchas de ellas apenas pueden eliminar el 50% de los desechos que producen.

Trabajar por un desarrollo sustentable no significa limitar las posibilidades del crecimiento ni subutilizar el potencial de los recursos naturales. El desafío ambiental consiste en estimular modalidades de crecimiento que generen valor agregado en términos económicos, teniendo en cuenta el costo real de oportunidad de los recursos naturales y de las decisiones económicas. Ello significa, por ejemplo, que los costos de producción incluyan su impacto ambiental y que las políticas públicas actúen como un instrumento activo para desalentar el daño e incentivar la eficiencia económica y energética. En ese sentido, reformas que favorezcan el crecimiento en economías abiertas, apoyándose en los estímulos del mercado, bien pueden originar procesos de mejoramiento ambiental, a condición de complementarse con adecuadas reglamentaciones públicas. La eficiencia económica y energética, son elementos centrales de una política ambiental; ambas forman parte de las reformas mencionadas y requieren una coordinación estratégica entre agentes económicos para complementar al mercado en tareas en que éste no posee ventajas, como las externalidades, bienes públicos, fomento tecnológico y promoción de la equidad.

En el tema ambiental coinciden todas estas preocupaciones; de allí la importancia de contar con instrumentos adecuados para una fiscalización y regulación ambiental transparente y socialmente consensual que estimule el crecimiento, preservando el medio ambiente. La calidad del aire, el tratamiento de las aguas servidas, la ausencia de tensiones derivadas de la congestión y la violencia urbana son típicos bienes públicos; conciliar competitividad y preservación ambiental exige innovaciones tecnológicas. Finalmente, la protección y el mejoramiento del medio ambiente tienen una clara connotación redistributiva, ya que en las ciudades típicas de la región los contaminantes hídricos y sólidos generados por industrias u hogares en barrios pudientes terminan en los asentamientos de menores ingresos. Las familias pobres habitan en lugares de mayor contaminación, cercanos a depósitos de desechos urbanos e industriales, cuentan con menor acceso al agua potable y alcantarillado, prácticamente no disponen de áreas verdes y son vulnerables a las enfermedades infecciosas. Las familias pobres rurales, por su parte, se ven obligadas por razones de subsistencia, a talar bosques y a trabajar tierras de menor fertilidad, con lo que agravan la erosión de los suelos.

Avanzar hacia un desarrollo sustentable exige, en primer lugar, mayor educación y conciencia ciudadana sobre una relación armónica entre el hombre y la naturaleza y entre los hombres entre sí. Requiere también un sector público técnicamente calificado y con capacidad financiera para fortalecer su función de regulador ambiental.

## 6. Transformación productiva y población: consideraciones finales

El debate que vincula de modo simplista el desarrollo con alzas o descensos de la fecundidad como caminos contrapuestos para reducir la pobreza y mejorar la equidad ha quedado obsoleto ante los datos de la realidad. Tal como el objetivo del crecimiento económico no se opone al objetivo de equidad, sino que son aspectos complementarios de un mismo proceso, la relación de fecundidad y desarrollo debe ser analizada en el marco de un esfuerzo global y sistémico por alcanzar un crecimiento con equidad, desafío que frente a la actual economía globalizada debe abordarse con un gran mejoramiento de la calidad de los recursos humanos.

No se trata entonces de optar entre uno y otro camino sino de realizar un esfuerzo integrado que considere las especificidades nacionales. En algunas realidades, será necesario abordar la transformación productiva incluyendo un conjunto de políticas de población orientadas a la reducción de la fecundidad. Poner al alcance de los sectores más desfavorecidos los medios de reducir la fecundidad es además congruente con otro objetivo central de la propuesta de transformación productiva con equidad, cual es el fortalecimiento de regímenes democráticos que garanticen y extiendan el ejercicio de los derechos ciudadanos para el conjunto de la población y generen las condiciones para el pleno ejercicio de sus libertades y derechos.

En efecto, distribuir equitativamente los conocimientos y la información y poner al alcance de todos los ciudadanos los medios para lograr un buen desempeño en los ámbitos de la vida personal

y social, es decir en el mundo del trabajo, la vida familiar, la cultura, la participación política y la vida comunitaria, son condiciones para el ejercicio de una ciudadanía moderna. Esa visión incluye, sin duda, el crear las mejores condiciones para el ejercicio de los derechos reproductivos de las parejas, borrando la diferencia entre fecundidad efectiva y la fecundidad deseada, a base de una opción informada y responsable. Es importante señalar la necesidad de recoger —desde este enfoque integrado de la transformación productiva con equidad—, las experiencias de reducción de la fecundidad como parte del esfuerzo de desarrollo. El éxito obtenido en países tan diversos como México, Brasil y Costa Rica puede servir de referencia.

Igual que con las políticas de reducción de la fecundidad, la situación en que se encuentran los diversos países respecto de la transición demográfica tendrá gran importancia para determinar las prioridades del conjunto de políticas dirigidas a la transformación productiva con equidad, principalmente en lo atinente a la creación de empleos productivos y a la provisión de servicios de salud y educación.

En los países correspondientes a los grupos de transición demográfica incipiente y moderada, la urgencia parecería estar en una expansión acelerada de los servicios sociales en cuanto a cobertura; la atención debe centrarse en la salud materno-infantil, las medidas de sanidad pública de tipo preventivo e higiene ambiental, nutrición y reducción de la fecundidad. En el terreno de la educación se trataría de ampliar la cobertura educativa.

En los países que se encuentran en plena transición, el énfasis en la inversión de recursos humanos debe ponerse en la calidad de los servicios sociales, las prestaciones de salud preventiva y curativa, la adecuación de la educación a la sociedad y de los sistemas de capacitación a las exigencias de la competitividad, así como en reformar los sistemas de previsión y otros mecanismos de ahorro institucionalizados, de manera de incrementar su aporte al ahorro interno.

En los países de transición demográfica avanzada las prioridades de acción deben reflejar la incidencia de las necesidades de la edad adulta, particularmente en lo que atañe al empleo y la demanda de servicios sociales vinculados con la tercera edad.

En todo caso, el establecimiento de prioridades de política supone considerar las diferencias internas de cada país, pues la heterogeneidad entre unidades espaciales y grupos sociales y étnicos plantea la necesidad de políticas diferenciadas que tomen en cuenta esa realidad para alcanzar efectivamente los objetivos de crecimiento y equidad.

Cuadro 1

AMERICA LATINA: PERFIL DE DESOCUPACION JUVENIL EN 1990 a/  
(en porcentajes)

	Tasas de desempleo <u>b/</u>		Desempleo juvenil por sexo		Desempleo por edad	
	Total	Juvenil	Hombres	Mujeres	15-19	20-24
Brasil	3.5	6.6	6.2	7.4	6.8	6.5
Colombia	10.3	22.0	21.5	23.0	20.4	-
Costa Rica	6.0	8.3	7.6	10.0	11.2	6.2
Chile	5.7	13.1	13.4	12.4	15.9	12.0
Ecuador	6.1	12.7	10.2	16.8	14.6	12.7
El Salvador	10.0	18.6	17.0	20.5	19.2	18.0
Guatemala	2.3	4.0	3.1	6.3	5.0	4.2
Honduras	4.2	6.3	5.1	9.9	5.4	7.6
Panamá	16.3	31.5	25.9	42.7	33.5	30.3
Paraguay	6.6	15.8	15.8	15.7	18.2	14.1
Uruguay	9.3	26.6	23.7	30.2	30.5	18.1
Venezuela	9.9	17.8	17.8	17.8	20.0	16.6

Fuente: PREALC (1992).

a/: Brasil, 1987, Guatemala, 1989.

b/: Se refiere a la fuerza de trabajo de los menores de 25 años.

Cuadro 2

AMERICA LATINA (19 PAISES): EVOLUCION Y COBERTURA DE LA POBREZA  
(en porcentaje de la población y millones de personas)

	1960	1970	1980	1986	1990
Pobreza (%)	51	40	41	43	46
(personas)	110	113	136	170	196
Indigencia (%)	26	19	19	21	22
(personas)	56	54	62	81	93

Fuente: CEPAL (1992a y 1990); CEPAL-PNUD (1980).

## Bibliografía

- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1992), Honduras: diagnóstico sociodemográfico y proyecciones de la población pobre y no pobre según distintas metas. 1990-2010, CELADE, Santiago, Chile, LC/DEM/R.172, serie A-267.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1992a), El perfil de la pobreza en América Latina a comienzos de los años 90, Santiago, Chile, LC/L.716(Conf.82/6).
- (1992b), Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado, Santiago, Chile, LC/G.1701/Rev.1-P.
- (1991), El desarrollo sustentable: transformación productiva, equidad y medio ambiente, Santiago, Chile, LC/G.1648/Rev.2-P.
- (1990a), Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta, Santiago, Chile, LC/L.533.
- (1990b), Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria de América Latina y el Caribe en los años noventa, Santiago, Chile, LC/G.1601-P.
- CEPAL-OREALC (Comisión Económica para América Latina y el Caribe-Oficina Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe) (1992), Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad, Santiago, Chile, LC/G.1702/Rev.2-P.
- CEPAL-PNUD (Comisión Económica para América Latina y el Caribe-Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (1980), ¿Se puede superar la pobreza? Realidad y perspectivas en América Latina, Santiago, Chile, E/CEPAL/G.1139.
- Gabrie, J. (1991), Honduras: características socio demográficas y económicas de la población: según grado de pobreza. 1990, CELADE-FNUAP, Programa Global de Formación en Población y Desarrollo, Santiago, Chile.
- OPS (Organización Panamericana de la Salud) (1990), Las condiciones de salud en las Américas, Washington, D. C., publicación científica N° 524, 2 vols.
- PREALC (Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe) (1992), PREALC Informa, Santiago, Chile, boletín N° 30.
- UFRO-INE-FII-PAESMI-CELADE (Universidad de La Frontera-Instituto Nacional de Estadísticas-Fundación Instituto Indígena-Programa de Apoyo y Extensión en Salud Materno Infantil-Centro Latinoamericano de Demografía) (1990), Censo de reducciones indígenas seleccionadas: análisis sociodemográfico, CELADE, Santiago, Chile, LC/DEM/G.96/OI93.

## II. LAS DIFERENCIAS DE LA FECUNDIDAD Y LA MORTALIDAD INFANTIL EN AMERICA LATINA SEGUN ESTRATOS SOCIALES\*

### Introducción

Los niveles de fecundidad y mortalidad infantil de un país en su conjunto ocultan una gran heterogeneidad interna. Desde muchos puntos de vista, el interés por conocer las diferencias en los comportamientos demográficos ha llevado a estudiarlos incluyendo distintos aspectos, los cuales se enmarcan en el análisis y explicación de la fecundidad y la mortalidad. En este capítulo se ha buscado rescatar aquella información que, de modo aproximado, refiere a variables que muestran la inserción de las personas en la estructura social y que condicionan, en grado importante, la pertenencia o no a estratos asimilables a grupos en situaciones de pobreza. Se ha considerado, también, la posibilidad de establecer comparaciones entre países y, en algunos de ellos, a lo largo del tiempo.

La información que se maneja ha sido recopilada, procesada y presentada en una gran cantidad de estudios, cuyas estimaciones corresponden a las décadas de 1970 y 1980. Los datos se refieren a las diferencias de fecundidad (expresadas por la tasa global de fecundidad) y de mortalidad infantil según variables seleccionadas, tales como estratos socio-ocupacionales y años de educación de la mujer o del jefe del hogar. Aunque la información proveniente de los diversos estudios no es siempre estrictamente comparable entre países o en un mismo país a lo largo del tiempo, ya que, por ejemplo, las metodologías de estimación no han sido siempre las mismas, tiene la apreciable ventaja que proporciona una idea de conjunto de las diferencias del comportamiento demográfico y de los cambios que puedan haberse producido en ellas en distintos países. Con este objeto, en la mayoría de los casos, se ha descrito la situación de acuerdo con el origen de la información, lo que además se indica en cada cuadro. Paralelamente, cuando procede, el análisis distingue a los países según la etapa de la transición demográfica en la que pueden situarse, señalando sus posibles asociaciones con el comportamiento de las

---

\* Este documento fue preparado por Jorge Martínez P., fundamentalmente a partir de los estudios realizados en el marco de los Proyectos IFHIPAL (Investigación de la Fecundidad por el Método de los Hijos Propios para América Latina), e IMIAL (Investigación de la Mortalidad Infantil en América Latina), ambos del CELADE y que emplearon información censal. También se utilizaron los resultados de los informes nacionales de las Encuestas DHS (Programa de Encuestas Demográficas y de Salud), del Institute for Resource Development/Westinghouse.

diferencias de fecundidad y mortalidad infantil dentro de cada uno. Previo al análisis en cuestión, se presenta una breve reseña de la importancia de los estudios de las diferencias del comportamiento demográfico, tratando de destacar las virtudes y limitaciones de los mismos, a la luz de la experiencia del pasado.

#### 1. Importancia de los estudios de las diferencias del comportamiento demográfico dentro de los países

El estudio de los llamados "diferenciales" demográficos ha tenido desde hace tiempo un amplio desarrollo. Las investigaciones han mostrado que la fecundidad y la mortalidad infantil presentan variaciones dentro de cada país y las variables empleadas para describirlas se han basado en diversos planteamientos explicativos. En general, en forma independiente y a veces combinada, se han incorporado variables generales o contextuales, como, entre otras, la educación, la actividad económica y ocupación, la zona de residencia, el origen étnico, la situación ambiental y de la vivienda, y las características de la atención de salud. También han sido profusamente empleadas variables relacionadas de manera directa con la fecundidad y la mortalidad, a través de las cuales operan las anteriores. Algunas de ellas son estrictamente de nivel individual y otras son de origen biológico. En el primer caso, puede mencionarse, entre otras, la nupcialidad, el uso de métodos anticonceptivos, la paridez. En el segundo caso, se suele emplear el período de lactancia, el orden de nacimiento, el intervalo intergenésico, la edad de las madres, el peso al nacer. Por cierto, la inclusión de estas variables depende de la disponibilidad de información y del objeto de estudio (fecundidad o mortalidad infantil). Del mismo modo, en ocasiones se suele utilizar ambos grandes conjuntos de variables; sea o no ese el caso, muchos estudios han empleado modelos estadísticos multivariados para tratar de dar cuenta de cuáles son los factores que ejercen mayor influencia en el comportamiento de los fenómenos estudiados.

Los factores asociados a las variaciones del comportamiento demográfico han surgido de las numerosas perspectivas de interpretación que se han propuesto para el análisis de la fecundidad y la mortalidad, así como desde algunos marcos teóricos de la investigación social adecuados a los hechos demográficos.

En el caso de la fecundidad, existe un amplio desarrollo teórico de los determinantes, en su mayoría relacionados a modelos o teorías que han buscado explicar el descenso de la misma en el marco de las transformaciones sociales y económicas o, particularmente en América Latina, desde las visiones que han dominado la investigación sociodemográfica y buscaron especificar la situación en su propio contexto histórico. De todas estas perspectivas han surgido los criterios que en definitiva han permitido poner de relieve las variables generales que se considera se asocian a los condicionantes del fenómeno en estudio. También existen los llamados modelos que especifican ciertos factores que condicionan directamente el nivel de fecundidad. Se trata de las denominadas variables intermedias o próximas, donde se incluyen algunas de las arriba señaladas (nupcialidad, uso de métodos anticonceptivos, lactancia, aborto). Entre los más importantes autores que se identifican al respecto están Davis y Blake (1956) y

Bongaarts (1978). En general, estos autores señalan que los determinantes de orden socioeconómico actúan a través de variables intermedias, por lo cual la explicación del nivel de fecundidad debe necesariamente complementar el estudio de las variables generales con el de las intermedias. Cabe señalar, como se mencionó, que se han propuesto algunos modelos teóricos que incluyen simultáneamente los determinantes generales y los próximos. Como se verá más adelante, la exigencia de información es una de las razones principales por las que no se cuenta con una explicación acabada de las diferencias de fecundidad en los países en desarrollo, con el resultado que se posee abundante información sobre factores socioeconómicos, pero sin mayor relación con los determinantes próximos.

En el caso de la mortalidad infantil, el análisis de los determinantes de las diferencias sociales ante la muerte apunta a mostrar la asociación de diversos factores con la mortalidad infantil. Al igual que sucede con la fecundidad, se han empleado variables generales (como muchas de las descritas anteriormente) y próximas. Entre estas últimas, uno de los más importantes marcos conceptuales es el modelo propuesto por Mosley y Chen (1984). Estos autores consideran que las variables contextuales y socioeconómicas afectan la supervivencia infantil a través de un conjunto de determinantes donde se identifican 5 agrupamientos: factores maternos - contaminación ambiental - nutrición - morbilidad - control de salud. Algunas de los factores incluidos dentro de esos grupos no son fáciles de obtener. Sin embargo, tienen utilidad puesto que proponen posibles mecanismos de riesgo a través de los cuales operan variables más generales (como la educación y prácticas de salud, el ingreso familiar y la desnutrición).

De esta simplificada alusión a los factores explicativos de las diferencias de fecundidad y mortalidad infantil, parece ser evidente que el estudio de las variaciones del comportamiento demográfico debiera incluir, en lo posible, los distintos factores que intervienen. Sin embargo, ha sido difícil incorporar la totalidad de aspectos que teóricamente debieran dar cuenta de la variabilidad de esos fenómenos dentro de cada país. Por esta razón, la conclusión que surge es que aún queda mucho por hacer, en especial si se considera que la mayor parte de la información disponible sobre "diferenciales" sociales está basada en variables de orden general o contextual. No obstante esta limitación, los datos existentes son valiosos, en particular si se trata criterios que remiten, de alguna u otra forma, a una aproximación a condiciones de pobreza.

## 2. Los "diferenciales" y la distinción de situaciones de pobreza en América Latina

En América Latina, los estudios de las diferencias de fecundidad y mortalidad, realizados esencialmente a partir de variables de orden general, han suministrado información útil para relacionar esas diferencias con un aspecto global en el cual se inscriben: las inequidades en el comportamiento demográfico, en especial, aquellas que operacionalizadas en ciertos indicadores denotan condiciones de pobreza y son la expresión de las inequidades sociales.

En esta perspectiva, cabe anotar algunas observaciones necesarias. Desde luego que la forma más directa para estudiar el comportamiento demográfico en situaciones de pobreza debería ser la obtención

de estimaciones según grados en que ésta se presenta. Pero este tipo de trabajos casi no se ha realizado en América Latina y una de las explicaciones al respecto está dada por el hecho que los criterios para definir las "líneas de pobreza" hacen que su información se remita estrictamente a fuentes de datos que suelen no emplear insumos demográficos. A su vez, a pesar que la información censal permite distinguir estratos según el criterio de "necesidades básicas", las experiencias han sido mínimas. La conclusión es que los estudios de diferencias del comportamiento demográfico realizados hasta la fecha son la única aproximación posible para la identificación de dichos fenómenos con relación a situaciones de pobreza. Vinculado con este último punto, también conviene señalar el limitado desarrollo de investigaciones concretas basadas en marcos teóricos provenientes de la visión histórico estructural. Por diversas razones -entre ellas, la inadecuada información existente con relación a los postulados de la teoría que le sirvió de inspiración-, los estudios de diferencias del comportamiento demográfico según clases sociales en situaciones concretas han sido escasos. Sin embargo, aún sin resultados contundentes, su notable esfuerzo por conceptualizar en forma articulada las relaciones entre procesos macrosociales y comportamientos específicos, puso de relieve la factibilidad de construir estratos o grupos socioeconómicos que diesen cuenta de la inserción social de los llamados "agentes sociales", proporcionando orientaciones para discriminar según la posición social.<sup>1</sup>

En América Latina, la información de diferenciales demográficos asociados con diversas variables provenientes de conceptos elaborados desde distintas perspectivas teóricas, ha sido analizada en profundidad, aprovechando principalmente la disponibilidad de fuentes de datos como los censos y encuestas por muestreo. Así es como se han empleado categorías, estratos, clases o grupos sociales. La originalidad del análisis que aquí se presenta es el esfuerzo de síntesis, ya que por lo general, los resultados de los estudios nacionales no se han presentado en un resumen que, invocando una visión comparativa, incluya a la vez la fecundidad y la mortalidad infantil.

Desde el punto de vista de la operacionalización de condiciones de pobreza, la información de las diferencias asociadas con variables como la educación alcanzada y las características ocupacionales (ocupación y categoría ocupacional) de los padres, representa una de las aproximaciones más directas. En esta perspectiva, el uso de las estimaciones según el criterio zona de residencia (urbana o rural), como se verá, presenta algunos inconvenientes que hacen preferible emplear los resultados sólo cuando se ha controlado con factores como los anteriores.

La evidencia empírica acumulada hasta el presente muestra invariablemente una relación inversa entre fecundidad-mortalidad infantil y educación, y éstas llegan a ser, a veces, más pronunciadas que las observadas según la mera distinción de la residencia urbana o rural. Se ha señalado que no obstante la asociación observada entre el comportamiento demográfico y la educación, no es la educación, por sí

---

<sup>1</sup> Una descripción, fundamentación y análisis de casos de los llamados "estudios de clases sociales y comportamiento demográfico" puede encontrarse en diversos trabajos de Torrado (1976; 1978; 1986).

sóla, lo que afecta ese comportamiento, sino su relación con otras variables socioeconómicas e intermedias (United Nations, 1986). En el caso de la fecundidad, la educación ejercería un efecto indirecto a través de la postergación del matrimonio y la edad a la que se tiene el primer hijo, pero también se asociaría a una exposición a un mayor caudal de información, a una valoración menor respecto al número elevado de hijos y a aspiraciones de movilidad social muchas veces incompatibles con familias muy numerosas (CELADE, 1992a).

Desde luego, el supuesto fundamental que motiva emplear esta información para asociar los comportamientos demográficos con situaciones de pobreza, guarda relación con el hecho que el acceso a la educación puede constituir uno de los más importantes medios de movilidad social.<sup>2</sup> Los menores niveles de educación van unidos a una nupcialidad más temprana, a un menor acceso y uso de métodos modernos de planificación familiar y, consiguientemente, a una fecundidad más elevada, características de los estratos pobres (Martínez, 1992).

El hecho que la educación de las madres sea siempre registrada en encuestas y censos ha motivado su frecuente uso como factor asociado a las diferencias de la mortalidad infantil. Los contrastes que se han encontrado son importantes, sistemáticos y significativos. La educación de la madre es una variable que intermedia entre los determinantes que radican en la estructura social y las condiciones materiales de vida del hogar, las cuales, a su vez, influyen directamente en la sobrevivencia del niño. De este modo, el analfabetismo o la baja educación materna son indicadores importantes de las familias cuyos niños están sometidos a mayores riesgos relativos a su salud (CELADE, 1992b).

Por el lado de las características ocupacionales, los diferenciales examinados por estratos socio-ocupacionales, si bien difíciles de comparar entre países, han permitido observar que en todos los casos para los que se dispone de información, los niveles más elevados de fecundidad y mortalidad infantil dentro de los países corresponden a los grupos cuyas ocupaciones corresponden a aquellas de menor productividad y bajos ingresos. Se trata de trabajadores agrícolas (pequeños agricultores independientes o asalariados rurales). Los grupos que corresponden a los estratos bajos urbanos (obreros y artesanos, trabajadores por cuenta propia, trabajadores en servicios, entre otros) suelen tener una fecundidad y mortalidad intermedia, en tanto que los estratos medios y altos son los que sistemáticamente tienen el menor número de hijos por mujer y la más baja mortalidad. Estos dos últimos estratos incluyen principalmente a actividades que suelen retribuir mayores ingresos (patrones en diferentes ocupaciones, profesionales, técnicos, administradores, gerentes; CELADE, 1992a).

---

<sup>2</sup> El significado de la educación como medio de ascenso social pierde fuerza ante la contracción e informalización de los mercados laborales, ante la pérdida de calidad en los contenidos de los planes de estudio y, obviamente, frente a la inadecuación de sus orientaciones respecto a las transformaciones en dichos mercados. Por esta vía, la educación puede constituir un mecanismo de reproducción de la segmentación social (Martínez, 1992). También puede ocurrir que, en el marco de esas situaciones, la extensión de la cobertura educacional a casi toda la población no represente un factor de progreso.

En el caso específico de la mortalidad infantil la inserción en la producción del jefe del hogar está asociada, por múltiples mecanismos, con las condiciones de vida del hogar en que vive el niño. La mortalidad infantil es más alta en los hogares pertenecientes a individuos insertos en la producción agrícola. Los peones agrícolas, esto es, los campesinos que no disponen de tierra propia y sólo pueden vender su propia fuerza de trabajo, componen, en general, el grupo cuyos hijos presentan el más alto riesgo, lo cual es parte de la explicación de la mayor mortalidad rural que se suele observar. En los grupos en labores que no son agrarias, de residencia fundamentalmente urbana, la mortalidad infantil es más baja, pero existen diferencias según el grupo social a que pertenece la familia del niño, mostrando mayores tasas en los hogares de jefes que trabajan en labores manuales (CELADE, 1992b).

El supuesto que subyace a la utilización de esta información para relacionarla con condiciones de pobreza es más simple: la productividad de las ocupaciones y los ingresos generados están entre los condicionantes más directos de la pobreza. Debe recordarse que bajo una óptica histórico estructural, los datos de esta naturaleza podrían remitir al análisis de la estructura de clases, aunque por cierto, en forma sólo parcial.

Finalmente, hay que mencionar que la variable "zona de residencia" (urbana o rural) también ha sido frecuentemente empleada, dando cuenta de un factor asociado casi universalmente a diferencias en el comportamiento demográfico dentro de un país. La información disponible ha puesto de manifiesto que las variaciones en la fecundidad y la mortalidad infantil, en casi todos los países estudiados, se expresan con nitidez al considerar la residencia urbana o rural. Como regla general, las mujeres de las áreas urbanas tienen menor fecundidad que sus contrapartes rurales y lo mismo sucede, habitualmente, con la mortalidad infantil. Estas diferencias, sin embargo, varían según los países; los niveles de ambas variables suelen ser mayores en aquellos que se encuentran en fases más tempranas de la transición demográfica, donde también, en general, el grado de urbanización es menor.

Las diferencias urbano-rurales de la fecundidad y la mortalidad se han asociado con la composición social de la población en cada una de las áreas, esto es, de acuerdo a las características de la educación en sentido amplio (niveles alcanzados, cobertura del sistema), la ocupación y el ingreso, las condiciones de la vivienda y su equipamiento. También se han asociado con los rasgos culturales propios de cada área que pueden fomentar distintos comportamientos en relación con la fecundidad y condicionar una mayor o menor influencia de factores de riesgo de la mortalidad infantil.

Aun cuando las diferencias urbano-rurales pueden proporcionar una indicación valiosa acerca de diversos requerimientos en el interior de los países, es indudable que, con ese único distingo, constituyen un nivel de distinción demasiado agregado como para inferir situaciones en que se presentan condiciones de pobreza. Esto no quiere decir que no sean útiles, ya que por ejemplo, el sector salud requiere conocer las zonas donde la mortalidad infantil es más elevada porque sus planes y programas tienen una expresión geográfica. Igual cosa sucede con la distribución de la pobreza: las áreas rurales presentan especificidades que no se encuentran en zonas urbanas. De cualquier manera, las diferencias espaciales desagregadas en escalas menores son potencialmente un referente fundamental para la identificación de poblaciones

objetivo, ya que, por ejemplo, la heterogeneidad social de la población suele ser menor. Esto podría conllevar a disminuir el efecto simplificador implícito en el contraste entre áreas urbanas y rurales, sobre todo en aquellos países donde la población que habita en localidades urbanas es muy mayoritaria. Cabe reiterar, por último, que lo ideal sería contar con estimaciones de fecundidad y mortalidad infantil desagregadas según estratos ordenados de acuerdo a características de educación alcanzada u ocupación, al mismo tiempo que según la zona de residencia.

### 3. Las diferencias de la fecundidad y la mortalidad infantil en países de América Latina

A partir de la información contenida en los censos levantados hasta los años 80, han sido realizados numerosos estudios sobre el comportamiento diferencial de la fecundidad y la mortalidad infantil en varios países de América Latina (Programas IFHIPAL e IMIAL), los cuales se han presentado en diversas publicaciones. Como ya se ha señalado, los criterios empleados se refieren únicamente a variables de tipo general o contextual, expresándose en la construcción de "estratos" o "grupos" sociales. Por su parte, las encuestas demográficas y de salud llevadas a cabo en el decenio de los 80 e incluso a comienzos de los 90 (Programa DHS), han reportado valiosos antecedentes al respecto, aunque en las publicaciones disponibles no se manejan exactamente las mismas variables de los programas anteriores ni tampoco se han utilizado combinaciones de criterios que pudieran dar cuenta de mayores desagregaciones. Eso sí, en este programa se ha puesto especial atención en algunos determinantes próximos, captándose y presentándose la información respectiva en los informes nacionales.

Dado que usualmente los niveles de fecundidad y mortalidad han sido obtenidos a partir de la aplicación de métodos indirectos, el período de referencia al que, en general, corresponden las estimaciones aquí utilizadas se circunscribe aproximadamente al último quinquenio de la década de los 70 (censos de los 80) y de los 80 (encuestas DHS). Hay que señalar que si bien ya se conocen algunos resultados de los censos de los 90, aún no se efectúan estudios que desagreguen la información por grupos o estratos sociales. Indudablemente, se podría sugerir la conveniencia de generar también estimaciones para categorías que distingan grados de pobreza, empleando por ejemplo, el criterio de las "necesidades básicas".

En los cuadros siguientes, para el período referido a la década del 70, se emplea la información desagregada según niveles de instrucción (o años de estudio) alcanzados por las mujeres o los jefes de hogar y según estratos socio-ocupacionales. Estos estratos fueron construidos a partir de criterios que combinan la ocupación y la categoría ocupacional del jefe de hogar. Adicionalmente, se incluye también la información que se procesó en algunos países respecto a las diferencias urbano-rurales de las categorías anteriores y, también, del comportamiento según grupos étnicos a nivel nacional. Como un caso especial, se presenta el análisis de las diferencias de la mortalidad infantil según las condiciones de la vivienda, el que fue realizado para unos pocos países. En el caso de la información de las encuestas demográficas y de salud, se utiliza la variable instrucción de las mujeres, más algunos aspectos sobre la fecundidad no deseada, que fueron estudiados en ese programa.

### 3.1. La situación en los años 70

A fines de la década de 1970 la fecundidad y la mortalidad infantil eran todavía altas y moderadamente altas en varios países de América Latina, aunque algunos ya se encontraban en una fase más adelantada de disminución de ambos componentes. La mayoría de países para los que se dispone de información sobre diferenciales y que aparecen en los cuadros pertenecerían, situándolos en ese momento, a la primera categoría (Bolivia, Guatemala, Honduras y Paraguay). En esa misma fecha, Cuba y Chile exhibían un comportamiento asimilable a una fase relativamente avanzada de la transición demográfica (bajos niveles de fecundidad y mortalidad en el contexto latinoamericano), mientras que Panamá se encontraba en una fase de plena transición (rápida disminución de ambos componentes).

La distinción de la etapa de la transición demográfica de los países tiene importancia porque lleva implícita las tendencias y magnitudes que siguen los diferenciales demográficos dentro de cada uno. La evolución de éstos con respecto a la transición demográfica es la siguiente: las regularidades empíricas muestran que cuando la mortalidad y la fecundidad son elevadas en un país, la situación es extendible para el grueso de la población; al iniciarse el descenso de ambos indicadores las diferencias dentro de la población tienden a aumentar, ya que el proceso afecta primero y más intensamente a los grupos que viven en zonas urbanas, pertenecientes a estratos socioeconómicos medios o altos, extendiéndose luego, dentro de las mismas zonas urbanas, a los estratos de menores ingresos. Con disímiles comportamientos según cada realidad concreta y no necesariamente en forma sincrónica, se suele observar que progresivamente la disminución de la fecundidad y de la mortalidad comienza a reflejarse en los grupos más desfavorecidos (fundamentalmente residentes en áreas rurales), lo que termina por acortar las diferencias dentro de un país, estableciéndose de este modo un proceso de convergencia en los niveles de fecundidad y mortalidad infantil. Obviamente esta es una simplificación extrema de un proceso complejo donde la dinámica de cambios está mediatizada por el contexto histórico e institucional específico en que tiene lugar la transición demográfica. Además, si bien puede observarse una tendencia a la convergencia en los valores de los indicadores mencionados, pueden persistir importantes diferencias relativas y que tienen connotaciones importantes respecto a la equidad social, en especial en el caso de la mortalidad infantil.

#### a) Estratos socio-ocupacionales

El cuadro 1 presenta los diferenciales dentro de cada país según estratos socio-ocupacionales alrededor de 1975-1980. En primer término, debe destacarse que la fecundidad en Cuba y Chile en ese período era inferior a 3 hijos, en tanto que en el resto de países fluctuaba entre 4.1 (Panamá) y más de 6 hijos (Bolivia, Guatemala y Honduras).

Confirmando lo ya señalado, los grupos que registran mayor fecundidad y mortalidad infantil corresponden a aquellos hogares cuyos jefes desempeñan labores agrícolas, en tanto que los estratos medios o medio-altos (patrones, profesionales, técnicos) tienen sistemáticamente los menores valores. Al contrastar las diferencias extremas en cada país se observa que en la mayoría de ellos, tanto para la

fecundidad como para la mortalidad infantil, las relaciones o diferencias relativas son equivalentes a alrededor de 2 veces. Es decir, los mayores valores duplican a los menores, lo que se aprecia tanto en la fecundidad como en la mortalidad infantil.

Resalta el hecho que en países como Cuba y Chile, donde la fecundidad se encontraba en un menor nivel ya en esas fechas, las diferencias se presentan menos marcadas.

Las diferencias absolutas tienen una connotación más directa y visible, especialmente en aquellos países donde la fecundidad y la mortalidad infantil eran altas. Es el caso de Bolivia, Guatemala, Honduras y Paraguay, donde el cuadro 1 muestra que la fecundidad más elevada (trabajadores agrícolas, con 7 y más hijos) era superior en más de 3 hijos a la de los estratos medios o medio-altos (que tampoco tenían una fecundidad muy baja). La mortalidad infantil, por su parte, indica que las diferencias relativas se traducían en varios casos en 40 o más puntos (aunque los estratos más favorecidos socialmente tenían una mortalidad infantil que puede considerarse también relativamente alta).

#### b) Años de educación

El cuadro 2 presenta la información para los mismos países, pero esta vez referida a categorías según los años de estudio aprobados por los jefes de hogar o las mujeres.

En general, se encuentra que las diferencias relativas de la fecundidad no son muy distintas de las encontradas con la variable estratos socio-ocupacionales. Esto es llamativo, ya que la educación ha sido reconocida tradicionalmente como una de las variables que más discrimina en el comportamiento de la fecundidad. Como es esperable, las mujeres que tienen más hijos son aquellas de más bajo promedio de años de estudio (0-3 años), cifra que en los países más atrasados en la transición demográfica era cercana o superior a 7 hijos. Llama la atención, en todo caso, que en Cuba se presentaba una relación equivalente al doble entre los grupos extremos.

La mortalidad infantil, en cambio, se presenta con mayores diferencias relativas entre los grupos extremos, que en la mayoría de los países considerados se aproxima o es muy superior a tres veces. Esta mayor diferencia con relación a la fecundidad se debería, en gran medida, a que la información del grupo de menor instrucción corresponde a quienes no habían aprobado ningún año de estudio.

En Cuba y Chile, de todos modos, las diferencias tienden a ser menores, apoyando la hipótesis que la disminución de la fecundidad y la mortalidad infantil estaba afectando también a los grupos menos favorecidos en la inserción socioeconómica, aunque la mortalidad infantil de Chile era elevada a finales de la década de los 70. El caso de la mortalidad en Panamá relativiza, en todo caso, esta hipótesis, ya que teniendo un nivel relativamente bajo en ese entonces, presentaba la diferencia relativa más alta (4 veces entre los extremos).

Las diferencias absolutas tienen mayor gravedad en cuanto a la mortalidad infantil en aquellos países donde ésta era muy elevada. Es del caso señalar la utilidad de contar con la información para quienes carecen de instrucción formal mínima, puesto que refleja una realidad que, por cierto, puede asimilarse a la situación de los grupos más pobres. Así se tiene que en Bolivia, no tener instrucción formal daba cuenta de un riesgo que superaba en más de 100 puntos al de los grupos que poseían 10 y más años de estudio aprobados. En los otros países donde también era elevada la mortalidad -incluido Chile- las diferencias absolutas superaban con facilidad los 70 puntos (excepto en Paraguay).

La descripción que se presenta tiene mayor relevancia al conocer a qué fracción de la población pudo estar afectando la mayor fecundidad y mortalidad infantil en los años 70. El cuadro 3 presenta la distribución relativa de las mujeres estudiadas en algunos de los países analizados en los cuadros anteriores. Se aprecia allí que la población femenina que poseía menor nivel de instrucción era claramente minoritaria en Cuba, Chile y Panamá, donde a lo más alcanzaba a un 17%. En cambio, en Guatemala, Honduras y Paraguay los mayores niveles de fecundidad y mortalidad infantil se concentraban fuertemente en las mujeres menos instruidas, puesto que quienes poseían entre 0-3 años de estudio representaban entre el 45 y el 70% de las mujeres. Obviamente, debe suponerse que esta distribución es una aproximación a los grupos de riesgo, especialmente de la mortalidad infantil, por cuanto la mayor fecundidad es responsable de un más alto número de nacimientos, los que si fueran considerados podrían elevar todavía más la gravitación porcentual de los grupos de riesgo asociados a una menor instrucción de las madres. En cualquier caso, los países más atrasados en la transición demográfica presentaban los más altos porcentajes de población afectada por alta fecundidad y mortalidad infantil.

c) Los diferenciales según estratos socio-ocupacionales y la zona de residencia

La información sobre el comportamiento de la fecundidad y mortalidad infantil por estratos socio-ocupacionales puede desagregarse en algunos países de acuerdo a la zona de residencia. Esta situación es también importante, puesto que especifica las diferencias arriba anotadas y permite extraer otras conclusiones. Lo que interesa es tratar de apoyar o rechazar la hipótesis que si la heterogeneidad social de las poblaciones urbanas puede o no incidir en la variabilidad del comportamiento demográfico y destacar el grado en que el contexto espacial puede influir en las diferencias relativas y absolutas.

El cuadro 4 presenta la información disponible para tres países (Honduras, Panamá y Paraguay). En primer lugar, cabe confirmar que tanto la fecundidad como la mortalidad infantil son ostensiblemente menores en las áreas urbanas; esta es una regularidad que suele encontrarse especialmente en las grandes ciudades de cualquier país y que, en estos casos, se ejemplifica con países situados en una fase incipiente (Honduras y Paraguay) y de plena (Panamá) transición demográfica. El cuadro muestra que las diferencias relativas de fecundidad urbana y rural son similares en los tres casos (casi 2 veces); las discrepancias de la mortalidad infantil, en cambio, son menores en Honduras y Paraguay, mientras que en Panamá las zonas rurales presentan valores que equivalen a más del doble de las áreas urbanas, lo que es coherente con la fuerte diferencia entre los niveles extremos encontrados según los años de educación de las madres.

El aspecto más relevante de la información presentada respecto a las diferencias relativas extremas según estratos socio-ocupacionales es que dentro de las áreas urbanas las discrepancias son mayores que en las zonas rurales, tanto en la fecundidad como en la mortalidad. Este hecho podría deberse a que en las áreas urbanas -siendo el caso de los países analizados- existe una mayor heterogeneidad social entre su población. Es decir, estas situaciones pondrían de relieve a lo menos dos cuestiones: en primer lugar, siendo menores los niveles de fecundidad y mortalidad entre los pobres urbanos que entre los pobres rurales, las diferencias relativas se ven acentuadas en las zonas urbanas. En segundo lugar, en las ciudades, los grupos medios o medio-altos logran concentrar una serie de beneficios que se asocian directamente con los más bajos niveles de fecundidad y mortalidad infantil de los países. Luego, parece simplista caracterizar la situación de las zonas urbanas como un referente o sinónimo de menor fecundidad y mortalidad infantil, porque puede correrse el riesgo de omitir que sus promedios esconden una variabilidad significativa en el comportamiento demográfico.

De allí entonces que es necesario tener en cuenta adicionalmente las diferencias absolutas del comportamiento demográfico al interior de contextos urbanos y rurales. En primer término, el cuadro 4 no muestra una tendencia clara en cuanto a la fecundidad, ya que en Honduras y Panamá son sólo algo mayores las diferencias extremas en las áreas rurales, situación opuesta a la que se presenta en Paraguay. En segundo lugar, las diferencias absolutas de la mortalidad infantil tampoco presentan una tendencia uniforme, aun cuando era del caso suponer que aquéllas fuesen mucho menores en las zonas urbanas. Es decir, en los países analizados no parece presentarse una influencia decisiva del contexto espacial de residencia en el comportamiento demográfico de la población según grupos socio-ocupacionales si se consideran las diferencias absolutas de fecundidad y mortalidad infantil.

La conclusión que podría esbozarse es la siguiente: las diferencias en el comportamiento demográfico pueden denotar situaciones más problemáticas desde el punto de vista de la equidad social dentro de las áreas urbanas, cuando en éstas se presentan diferencias relativas más marcadas y si sus expresiones absolutas no difieren mucho de las que se encuentran en zonas rurales. De todas maneras, los grupos más pobres de estas últimas presentan los mayores niveles de fecundidad y mortalidad infantil. Por cierto, esta conclusión es válida para los países analizados, que se encontraban en fases iniciales o de plena transición demográfica, lo que no significa necesariamente que sea extendible a otras realidades, en especial a aquellos países más urbanizados y avanzados en la transición demográfica.

d) Los diferenciales según años de educación y la zona de residencia

La información de fecundidad y mortalidad infantil por número de años de estudio aprobados y zona de residencia se presenta para los mismos países anteriores más el caso de Cuba.

El cuadro 5 muestra que las diferencias relativas de fecundidad y mortalidad infantil entre los grupos de menor y mayor educación son, en general, mayores en las zonas urbanas, aunque en Cuba esas diferencias son algo similares en ambos contextos. Lo que llama la atención es que las diferencias

extremas de mortalidad infantil son bastante más altas en el medio urbano que en el medio rural en los tres países ya estudiados (Honduras, Panamá y Paraguay): es decir, aun cuando en este caso se ha presentado la información para los grupos analfabetos en las dos áreas, las diferencias extremas dentro de las zonas urbanas son notoriamente más elevadas que las encontradas según el estrato socio-ocupacional, ya que la mortalidad de grupos sin instrucción formal equivale a lo menos, aproximadamente, al triple de la de los grupos más instruidos, hechos que no se aprecian en las zonas rurales. El caso de Cuba, aunque no registra información para los analfabetos por separado, da cuenta de una pequeña mayor diferencia relativa dentro de las áreas urbanas.

Estas situaciones pueden estar asociadas a la fuerte heterogeneidad de la composición social de las poblaciones urbanas, la cual parece expresarse más marcada al considerar la variable educación de las personas. Podría ser el caso también que simplemente se trate de una mayor heterogeneidad en esas áreas, debido a una probablemente homogénea composición social en zonas rurales, favorecida por condiciones de aislamiento y dificultades de acceso a servicios como la salud y la educación.

De este modo, nuevamente es importante complementar estas observaciones teniendo en cuenta el comportamiento de los diferenciales absolutos dentro de los contextos urbanos y rurales. El cuadro 5 muestra que en cuanto a la fecundidad, las diferencias son mayores en las zonas rurales en tres países, a excepción de Honduras. Las diferencias extremas absolutas de la mortalidad infantil, en cambio, son siempre mayores en las áreas urbanas en cualquier país que se considere, aunque, desde luego, en Cuba se expresan en guarismos pequeños. Esto significa que estas diferencias absolutas según grupos de educación en los países analizados parecen estar más acentuadas cuando se trata de zonas urbanas, situación que no se advertía con la variable socio-ocupacional.

Por lo tanto, la conclusión esbozada anteriormente sobre las diferencias en el comportamiento demográfico según estratos socio-ocupacionales, en el sentido que denotarían situaciones más problemáticas dentro de las áreas urbanas, se reforzaría al analizar la variable educación y mortalidad infantil. Evidentemente, se trata de un problema relativo, ya que como se dijo, los grupos más pobres rurales presentan mayores niveles de fecundidad y mortalidad infantil. El carácter problemático se refiere más que nada al desigual acceso que brindan las áreas urbanas para acceder a mejores condiciones de vida a ciertos grupos.

e) Los diferenciales según la pertenencia étnica

Resulta importante analizar la información disponible sobre los niveles de fecundidad y mortalidad infantil entre poblaciones según su pertenencia étnica. Esta distinción, expresada en indígenas y no indígenas, es desde luego una aproximación. En realidad, la identificación de grupos indígenas es compleja y presenta limitaciones, lo cual es especialmente válido en el marco de una mezcla racial histórica. En el caso de la operacionalización del concepto indígena según lengua hablada por las personas, cuando se trata de distinguir al conjunto total de individuos en esa categoría dentro de un país,

se suele incluir una gran cantidad de lenguas y culturas diferenciadas entre sí. Robles (1993), citando distintos trabajos, señala que en Bolivia se han identificado más de cuarenta lenguas autóctonas y que en Guatemala los idiomas no han sido clasificados en su totalidad. Por esta razón, destaca este autor, es válido pensar que cualquier contraste entre grupos indígenas y no indígenas no puede interpretarse mecánicamente, ni menos generalizarse para cualquier país.

Por otra parte, aunque no es el afán de discutir acá, existen fundamentos para sostener que, en general, los grupos indígenas de varios países de la región viven en condiciones de pobreza. Desde luego, donde ésta es elevada y generalizada o donde la ruralidad es todavía alta, es evidente que los grupos indígenas son parte importante de quienes viven en dicha situación. Por otra parte, el estudio del comportamiento demográfico de poblaciones indígenas en América Latina es todavía insuficiente. Esto adquiere especial validez en lo que concierne a su contraste con los grupos pobres no indígenas, ya que se supone, de alguna manera, que numerosas culturas autóctonas presentan valoraciones particulares respecto a una fecundidad relativamente elevada y mantienen, en general, ciertas prácticas tradicionales frente a la salud, que favorecen una mayor mortalidad infantil. Si a esto se agregan las debilidades institucionales propias del funcionamiento de los sistemas y programas educativos y de salud, dichas poblaciones suelen estar marginadas de los beneficios del desarrollo, transformándose así en grupos altamente vulnerables.

La información del cuadro 6 no se basa en los mismos criterios en cada país analizado: de los cuatro países incluidos en él, dos de ellos definen a la población indígena por el criterio de lengua hablada por las personas. Los países representados, a fines de la década de los 70, tenían alta fecundidad. El cuadro muestra que los grupos identificados como indígenas tienen en todos ellos una fecundidad mayor que la de la población no indígena; este sólo hecho indica que entre los grupos indígenas de Bolivia, Guatemala, Panamá y Paraguay la fecundidad alcanzaba valores claramente elevados. En realidad, salvo en Paraguay, la tasa respectiva supera los 6 hijos por mujer. Es importante observar que en los países con alto porcentaje de población identificada como aborigen, la fecundidad indígena es representativa del promedio nacional, de donde se excluye Panamá.

La mortalidad infantil es sistemáticamente superior para los indígenas, con mayores diferencias respecto a las de la fecundidad (salvo Guatemala); sin embargo, se repite el hecho de la aproximación de sus niveles a los del país en su conjunto en los tres países antes mencionados.

Cabe anotar también que, en general, tanto para la fecundidad como para la mortalidad infantil, las diferencias relativas entre indígenas y no indígenas son de menor magnitud que las encontradas según las variables de educación y el estrato socio-ocupacional.

Por lo tanto, los grupos pertenecientes a diferentes etnias dentro de los países considerados, aun cuando sean representativos del comportamiento nacional, dan cuenta de una situación de mayor fecundidad y mortalidad infantil que la de los grupos no indígenas. Si gran parte de los indígenas viven en situación de pobreza, la pregunta que puede hacerse es cómo es su comportamiento demográfico con

relación al de los pobres no indígenas. Se podría pensar que una aproximación posible es contrastar estos antecedentes con los diferenciales definidos por criterios socioeconómicos, es decir, según estratos socio-ocupacionales o los grupos según años de estudio aprobados en los mismos países. Pero ello tiene el inconveniente que estos datos están incluyendo la información de indígenas y no indígenas. Sin embargo, es interesante destacar que los grupos más desfavorecidos según su inserción productiva y sus niveles de instrucción presentan valores todavía más elevados que los encontrados para los grupos indígenas en su conjunto (salvo la mortalidad infantil en Panamá), lo que permitiría sostener dos hipótesis: a) los grupos pobres, sean o no indígenas, pueden llegar a tener mayor fecundidad y mortalidad infantil que el promedio de los grupos indígenas dentro de un país y b) el comportamiento demográfico de las culturas autóctonas no es necesariamente idéntico entre las diferentes etnias que las componen ni dentro de un mismo grupo.

En el caso particular de Panamá, la población indígena fue definida como aquella que vive en comunidades habitadas principalmente por aborígenes, que mantienen su dialecto y costumbres esenciales, y que totalizaban a un 5% de la población nacional en 1980. Partiendo de la base que pueden existir inconsistencias en la información, los estudios realizados dentro del marco de los Programas IFHIPAL e IMIAL muestran que existe una mucho mayor mortalidad infantil en los indígenas con relación a los grupos más pobres del país, aunque la fecundidad no se diferencia tanto entre estas categorías. Pero a este hecho hay que agregar que, con respecto a la fecundidad, el estudio de los diferenciales en el país mostró que la tasa respectiva entre los indígenas permanecía en valores altos desde varios años atrás, lo que no sucedía con la mayoría de la población nacional. Por otra parte, algunas etnias estudiadas mostraron tasas de fecundidad inferiores a las de otras comunidades, incluso con relación a algunos grupos no indígenas en algunas provincias.

De otro lado, contrastar las diferencias de mortalidad infantil entre población indígena y no indígena no siempre arroja iguales resultados en distintos países. Analizando el caso de Bolivia y Guatemala, Robles (1993) concluye que los factores socioeconómicos (como la educación) no alteran las desigualdades en Bolivia, pero en cambio, en Guatemala, al controlar estos factores, las diferencias tienden a desaparecer.

De esta manera, si bien el comportamiento demográfico de los grupos indígenas dentro de los países analizados es diferente al de la población no indígena, reflejando una posición más desfavorecida, en especial con respecto a la mortalidad infantil, ello no quiere decir necesariamente que la variable étnica sea la única que esté asociada a ello. Indudablemente, además de la mantención de ciertas costumbres, puede existir una situación de aislamiento cultural y lingüístico que refuerza dicha posición, pudiendo suceder de forma desigual según el grupo étnico. Pero las condiciones de pobreza de numerosas poblaciones indígenas es lo que estaría en la base de esas diferencias. Luego, puede haber grupos con mayor fecundidad y mortalidad que el promedio de los indígenas, lo que plantea que entre éstos existe heterogeneidad en el comportamiento demográfico y que puede haber grupos no indígenas que por sus condiciones de pobreza presenten situaciones todavía más precarias. De todas formas, el panorama es complejo y su conocimiento es insuficiente a la fecha.

f) Los diferenciales de la mortalidad infantil según condiciones de la vivienda

Habida cuenta de la estrecha relación entre las condiciones materiales de vida y la salud de los niños, se considera importante describir las diferencias de la mortalidad infantil según algunas características de la vivienda. Estos análisis no han sido desarrollados en forma tan frecuente como en cuanto a las variables socioeconómicas, quizás porque se ha visto que el efecto negativo de las malas condiciones de la vivienda puede ser, hasta cierto punto, sobrepasado por el impacto de ciertas variables de riesgo como las prácticas de higiene personal y de cuidado de la salud respecto del niño (Behm, 1990), que de alguna forma están subsumidas en los niveles educativos de las madres o en la ocupación de los jefes de hogar.

En todo caso, donde las viviendas no cuentan con algún servicio básico (agua potable, servicio sanitario) o son de material inadecuado para la salud, las probabilidades de muerte infantil se presentan casi siempre mayores, especialmente en las zonas rurales.

La información disponible a nivel nacional aparece en el cuadro 7, para tres países, dos de ellos de alta o relativamente alta fecundidad y mortalidad (Honduras y Paraguay) y uno de bajos niveles en ambas variables, que lo sitúan en una fase avanzada de la transición demográfica (Uruguay). Aparte de confirmar las asociaciones señaladas, es destacable que tanto la inexistencia de agua potable en la vivienda, así como la evacuación sanitaria por algún sistema que no sea la red pública de alcantarillado, dan cuenta de diferencias relativas y absolutas muy similares dentro de cada país, lo que dificulta distinguir cuál de los dos aspectos puede tener mayor gravitación, si es que no la tienen en igual intensidad. De todos modos, el papel secundario que puedan tener estas variables con respecto a otras se deriva de alguna manera al comparar la situación de las viviendas más favorecidas en Honduras con las de los otros dos países, ya que las características ambientales más adversas en éstos dan cuenta de una mortalidad infantil muy similar a la de las viviendas en mejores condiciones en Honduras. Indudablemente, se requeriría un mayor grado de desagregación del comportamiento de la mortalidad infantil según las condiciones de la vivienda.

### 3.2. La situación en los años 80

En la segunda mitad de la década de 1980 la fecundidad y la mortalidad infantil habían disminuido considerablemente en América Latina y la mayoría de los países se encontraba en una fase de plena transición demográfica. Cinco de los países para los que se dispone de información sobre diferenciales para ese período y que aparecen en los cuadros respectivos se situaba en esa categoría (Brasil, Colombia, México, Perú y República Dominicana), donde la fecundidad y la mortalidad han descendido rápidamente.

El panorama de las diferencias internas en el comportamiento demográfico en los años 80 puede obtenerse casi exclusivamente de los estudios nacionales de las encuestas demográficas y de salud. Sin

embargo, en vista de los propósitos enunciados en este capítulo, sólo se recurre a la información según niveles de instrucción de las mujeres, aunque es significativo destacar que esto comprende a ocho países, la mayoría de los que fueron incluidos en el Programa DHS.

La información manejada debe analizarse con cautela; especialmente porque las agrupaciones de categorías de años de estudio no son tan comparables entre cada país como acontecía con los estudios de los Programas IFHIPAL e IMIAL. Asimismo, hay que tener presente que el período de referencia alude a una época de crisis económica que pudo haber afectado las diferencias en el comportamiento demográfico, como consecuencia del impacto desigual que aquélla tuvo para los distintos grupos dentro de cada país y de las respuestas que tuvieron que asumir para enfrentarla. Por ejemplo, aunque la mortalidad infantil siguió declinando, es evidente que lo hizo con menor fuerza en varios países, lo cual, por lo menos, no favoreció acortar las brechas existentes dentro de cada país.

En realidad, las consecuencias de la crisis sobre la transición demográfica no tienen porqué haber tenido un efecto regresivo, en la medida que el proceso venía desarrollándose con antelación y ya presentaba una dinámica propia. Sin embargo, el deterioro de las condiciones de vida afectó con mayor fuerza a los sectores más pobres, quienes se habrían visto mayormente forzados a ajustar sus estrategias de supervivencia (a través, por ejemplo, de una mayor incorporación femenina al trabajo, alentando una postergación de los nacimientos) y habrían asumido el costo más alto de la desaceleración del descenso de la mortalidad infantil, al menos en algunos países. Este sería, resumidamente, el contexto de las diferencias del comportamiento demográfico en los 80.

#### a) Niveles de instrucción

El cuadro 8 presenta la información para ocho países de la región, referida a categorías asimilables a niveles de educación alcanzados. A nivel nacional, la fecundidad era inferior a 4 hijos en cinco países (igual o menor a 3.5 en cuatro de ellos: Brasil, Colombia, Perú y República Dominicana), en tanto que la mortalidad infantil era cercana o inferior a 55 por mil en cuatro de los países analizados (Colombia, México, Paraguay y República Dominicana).

En general, las diferencias relativas extremas de la fecundidad dentro de los países son menores que en cuanto a la mortalidad infantil y, lo que llama la atención, es que en ambos casos no son muy distintas a las encontradas para la variable educación en la década del 70 (a pesar que en Guatemala y Paraguay las diferencias de la mortalidad infantil disminuyeron). En realidad, a fines de los 80, en América Latina persistían grupos de mujeres analfabetas dentro de todos los países analizados con una fecundidad de casi el doble o más que la de las mujeres que tenían la mayor educación alcanzada y en varios de ellos existían diferencias de mortalidad infantil que equivalían a casi el triple o más entre las mujeres de menor y mayor educación.

La gravedad de esta situación con respecto a la mortalidad infantil es que, si bien ésta ha disminuido en todos los países de la región, sea cual sea el período que se considere, persisten a fines

de la década de los 80 grupos que donde hay un riesgo cercano o simplemente superior a 100 por mil. El cuadro 8 muestra que, efectivamente hay grupos en que los niños todavía tienen una mortalidad infantil de esa magnitud en Bolivia, Brasil, Guatemala, México y Perú. En tres países (Bolivia, Brasil y Perú) los niveles de los grupos de menor instrucción se traducen en una diferencia del orden de 80 puntos con respecto a los grupos de nivel alto, en tanto que en Guatemala y México esas diferencias oscilan en torno a los 50 puntos. Complementariamente, se advierte que la fecundidad más elevada de algunas mujeres en varios países sigue siendo superior a 6 hijos por mujer, lo que incluso se presenta donde los promedios nacionales dan cuenta de una transición demográfica acelerada (Brasil, México).

¿A qué fracción están afectando las situaciones más desventajosas en cuanto al comportamiento demográfico?. Tal como se hizo con la información existente para los años 70 -y con similares supuestos-, en el cuadro 9 se presenta la distribución relativa de las mujeres estudiadas en todos los países analizados según niveles de instrucción. La situación más aguda parece darse en Bolivia y Guatemala, donde casi un 20 y un 40% de las mujeres, respectivamente, pertenecen a las categorías sin instrucción formal. Pero en realidad, la información muestra un panorama más grave si se tiene en cuenta que en la mayoría de los países estudiados (salvo Colombia) los niveles de mortalidad infantil de los niños de esos grupos de mujeres son muy similares con los la categoría "baja instrucción"; desde esta perspectiva, se tiene que las mujeres que se identifican en las categorías de menor instrucción representan entre un tercio y las tres cuartas partes del total de mujeres estudiadas en los países señalados en el cuadro.

Desde luego, si se considerase la distribución de los nacimientos que ocurren en los distintos grupos identificables en cada país se elevaría la gravitación porcentual de los grupos de riesgo asociados a una menor instrucción de las madres, pero además, se podría apreciar que las defunciones que ocurren en esos grupos tienen mayor gravitación porcentual que los nacimientos. De manera ilustrativa, planteado el caso de países de Centroamérica a comienzos de los 80 y sobre la base de diferentes fuentes, el gráfico 1 muestra la estructura de los nacimientos y de las defunciones infantiles en seis países según los años de estudio aprobados por las madres: se aprecia allí que sistemáticamente, la gravitación relativa de las defunciones de menores de un año cuyas madres poseen la menor instrucción es mayor a la de los nacimientos.

Se podría señalar entonces que las diferencias relativas y absolutas que se encuentran en algunos países de la región siguen siendo extremadamente altas en la fecundidad y, especialmente, en la mortalidad infantil (aun cuando hayan disminuido en algunos donde la información permite la comparación), afectando a una parte muy importante de la población y alcanzando connotaciones más graves al considerar que se expresan en una gravitación porcentual de las defunciones que supera a la de los nacimientos entre los grupos más desfavorecidos, que de por sí ya es elevada. Esto no quiere decir que los comportamientos de los grupos de menor instrucción sean representativos de la totalidad de quienes forman los estratos pobres, pero da cuenta de la magnitud de las brechas existentes y la importancia de seguir estudiándolas con otras fuentes de información en el marco de la investigación de las inequidades sociales.

b) La fecundidad no deseada

Dentro de sus objetivos, el Programa DHS investigó sobre la efectividad con que las parejas han podido controlar los nacimientos en un período inmediatamente anterior a la encuesta. Esto se realizó mediante la contrastación entre la fecundidad observada y la que hubiese resultado de haberse evitado los nacimientos no deseados, obteniéndose de esta manera la fecundidad deseada y la no deseada. Los datos que aquí se presentan, sistematizados a nivel nacional y según categorías de niveles de instrucción de las mujeres, dan cuenta de un aspecto desconocido hasta hace unos años y que permite profundizar en la importancia de las diferencias de la fecundidad como componente de las inequidades sociales. En sentido amplio, la fecundidad no deseada es distinta entre la población, lo cual posibilita destacar la necesidad de extender los derechos relativos al comportamiento reproductivo para aquellos grupos que se encuentran marginados de su pleno ejercicio. Evidentemente, cuando existen grupos que declaran una mayor fracción no deseada de su fecundidad observada con respecto a otros, el problema guarda relación directa con la falta de accesibilidad a la planificación familiar o a métodos eficientes que impidan la concepción, lo que no quiere decir que todas aquellas parejas que no acceden a estos servicios estén marginadas de los mismos. En rigor, siempre existen grupos que por razones ideológicas rechazan el uso de anticonceptivos o, simplemente, no encuentran motivación para emplearlos.

La información del cuadro 10 muestra que en la segunda mitad de la década del 80 en seis de los siete países analizados la fecundidad no deseada era un 20% a lo menos de la fecundidad observada, aunque en Perú (situado en una fase de plena transición demográfica) y Bolivia (transición incipiente) tal porcentaje fluctuaba en torno al 40%.

Al estudiar el comportamiento según niveles de instrucción de las mujeres estudiadas, las encuestas muestran que en todos los países las mujeres menos instruidas declaran las mayores proporciones de su fecundidad como no deseada. En efecto, dentro de cada país, se visualiza que quienes no poseen instrucción formal o bien tienen un bajo nivel de instrucción llegan a declarar hasta más de un 50% de su fecundidad como no deseada.

La incidencia de la fecundidad no deseada no parece relacionarse directamente con el nivel de fecundidad. En los países con alta fecundidad (Bolivia, Guatemala y Paraguay), las proporciones son diferentes: Guatemala muestra una pequeña proporción, lo que es extendible a los distintos grupos identificados según la instrucción alcanzada. En el caso de Bolivia, los porcentajes de fecundidad no deseada superan en todos los grupos a los que se detectan en Paraguay. Esta situación ocurre a pesar de tratarse de una fecundidad observada de niveles semejantes entre esos tres países (cuadro 10). Por su parte, en los países restantes se advierten proporciones similares entre sí a nivel nacional, a excepción de Perú. Al considerar las agrupaciones según niveles de instrucción, este país es el que presenta la mayor gravitación de la fecundidad no deseada y, a la vez, las más fuertes diferencias entre el grupo de alta instrucción y los restantes.

Resumiendo estas observaciones, el gráfico 2 muestra que si bien en Bolivia la alta fecundidad del país parece estar en asociación con elevados porcentajes de fecundidad no deseada, tales porcentajes son mayores en Perú -con fecundidad intermedia. En República Dominicana -fecundidad intermedia-, la situación tiende a asemejarse a la de Bolivia. Sólo en Colombia -país de baja fecundidad- los porcentajes de fecundidad no deseada no son tan elevados.

De cualquier manera, estos hechos parecen mostrar para una mayoría de los casos que la fecundidad deseada dentro de cada país no es muy diferente entre las mujeres sea cual sea el nivel real u observado, planteando con ello que la extensión del ejercicio del derecho a tener el número deseado de hijos presenta importantes obstáculos. Quienes viven en situaciones de pobreza no estarían siendo favorecidos por los programas de planificación familiar en la forma que lo requerirían. Eso sí, la incidencia de esta situación no es necesariamente más aguda en los países de más alta fecundidad, como podría pensarse.

#### 4. Posibles tendencias de los diferenciales

Los antecedentes presentados en las secciones previas parecen indicar que la magnitud de las diferencias en el nivel de los componentes demográficos dentro de varios países de América Latina sigue siendo significativa. La mayor gravedad del problema se plantea cuando se tiene en cuenta que, especialmente en el caso de la mortalidad infantil, la sobremortalidad afecta a una elevada fracción de la población en muchos de los países estudiados.

El gráfico 3 muestra que hasta 1980, las diferencias tanto absolutas como relativas de la fecundidad según la educación alcanzada por las mujeres presentaban distintas tendencias según el nivel de fecundidad alcanzado. Cuba y Chile, en el marco de una transición hacia un marcado descenso de su fecundidad nacional, mostraban que la fecundidad entre las mujeres de menor y mayor instrucción formal tendía, lógicamente, a converger, en especial porque las curvas representadas en el gráfico muestran una pendiente mayor para la fecundidad de las mujeres de más baja instrucción. Sin embargo, si bien este pudo ser el caso de otros países cuya fecundidad hoy es similar a la de Cuba y Chile, la situación en ningún caso es generalizable a los países que todavía cuentan con una fecundidad alta en el contexto regional. Así por ejemplo, en el mismo gráfico se visualiza que en Honduras y Paraguay la fecundidad de las mujeres de mayor educación descendió más acentuadamente que la de aquellas en el caso opuesto.

Teniendo presente las posibles limitaciones que se establecen en la metodología de estimación entre las distintas fuentes, así como la calidad de los datos, en el gráfico 4 se presentan las tendencias seguidas por la fecundidad y la mortalidad infantil entre los grupos representativos de la menor (en este caso corresponden a la categoría sin instrucción formal) y la mayor educación alcanzada en Guatemala y Paraguay, en un período de aproximadamente 25 años (1965-1990) para el cual se dispone de información.

La observación del gráfico muestra que las diferencias de la fecundidad en Guatemala aumentaron levemente, mientras que en Paraguay se mantuvieron. Hay que tener presente que en Guatemala la tasa global de fecundidad nacional en ese período disminuyó muy poco, ya que pasó desde 6.6 hijos a algo menos de 6 hijos. En ese país, las mujeres sin instrucción representan una muy elevada fracción del total nacional, como se señaló anteriormente. En Paraguay, la fecundidad pasó desde 6.4 a menos de 5 hijos, hecho que no parece advertirse en el comportamiento de las mujeres de menor instrucción que, por lo demás, son algo más de un tercio del total nacional. La mortalidad infantil, en cambio, presenta una tendencia ostensible hacia menores diferencias absolutas entre los grupos extremos, especialmente en Guatemala, hecho que es extendible a las diferencias relativas y que, en parte, ya se había advertido al comentar la información del Programa DHS para estos países con respecto a otros. En cualquier caso, estas situaciones deben interpretarse en su justa medida. Por un lado, la mortalidad infantil de los grupos más desfavorecidos en ambos países duplica a la de quienes poseen mayor educación, siendo esperable que en el futuro disminuya la diferencia. Por otro lado, en Guatemala la mortalidad infantil es todavía muy elevada,<sup>3</sup> ya que incluso, los hijos de mujeres de mayor educación tienen un riesgo de muerte equivalente al de los hijos de las madres menos instruidas de Paraguay, lo que plantea la importancia de contrastar los valores absolutos de la mortalidad infantil entre distintos países, como referente válido para tener en cuenta que en algunos resta mucho más por hacer para abordar el problema en comparación con otros.

---

<sup>3</sup> Según los datos de las encuestas DHS, durante los años 80 era bastante más elevada en Guatemala que en Paraguay, aunque las estimaciones oficiales indican que hacia 1990 la mortalidad infantil de ambos países sería similar (alrededor de 50 por mil).

Cuadro 1

AMERICA LATINA: DIFERENCIAS DE LA FECUNDIDAD Y LA MORTALIDAD INFANTIL  
SEGUN ESTRATOS SOCIO-OCUPACIONALES ALREDEDOR DE 1975-1980 EN PAISES SELECCIONADOS (IFHIPAL-IMIAL)

Indicadores y estratos	Países						
	Bolivia	Cuba	Chile	Guatemala	Honduras	Panamá	Paraguay
Tasa global de fecundidad (hijos por mujer)							
Agrícola no asalariado	8.0	2.3	3.5	7.2	8.4	6.3	7.0
Agrícola asalariado	7.7	2.9	3.9	7.1	8.6	5.5	6.9
No agrícola no asalariado <u>a/</u>	6.6	2.1	2.7	5.3	5.4	3.7	4.6
No agrícola asalariado	6.9	2.0	3.0	4.8	-	3.6	-
Medio o medio-alto	4.3	1.9	2.3	3.8	3.8	2.8	3.2
País	6.5	2.3	2.7	6.3	6.3	4.1	5.1
Relación entre extremos	1.9	1.5	1.7	1.9	2.3	2.3	2.2
Tasa de mortalidad infantil (por mil)							
Agrícola no asalariado	182	-	-	94	99	49	61
Agrícola asalariado	172	-	-	111	105	42	74
No agrícola no asalariado <u>a/</u>	151	-	-	87	74	27	52
No agrícola asalariado	161	-	-	81	-	21	-
Medio o medio-alto	100	-	-	48	44	17	38
País	153	-	-	92	84	30	53
Relación entre extremos	1.8	-	-	2.3	2.4	2.9	1.9

Fuente: Programas IFHIPAL e IMIAL de CELADE.

a/: Honduras y Paraguay corresponde sólo al estrato no agrícola.

Cuadro 2

AMERICA LATINA: DIFERENCIAS DE LA FECUNDIDAD Y LA MORTALIDAD INFANTIL  
SEGUN AÑOS DE ESTUDIO APROBADOS POR LOS JEFES DE HOGAR O LAS MUJERES ALREDEDOR DE 1975-1980  
EN PAISES SELECCIONADOS (IFHIPAL-IMIAL)

Indicadores y años de estudio	Países						
	Bolivia	Cuba	Chile	Guatemala	Honduras	Panamá	Paraguay
Tasa global de fecundidad (hijos por mujer)							
0-3	7.5	3.2	3.4	6.9	7.6	6.1	5.7
4-6	6.7	2.9	3.1	4.5	5.9	4.5	5.3
7-9	5.2	2.0	2.6	-	-	-	3.9
10 y más	3.3	1.6	2.3	-	-	-	3.1
7 y más	-	-	-	3.3	3.5	2.8	-
País	6.5	2.3	2.7	6.3	6.3	4.1	5.1
Relación entre extremos	2.3	2.0	1.5	2.1	2.2	2.2	1.8
Tasa de mortalidad infantil (por mil)							
Sin instrucción	185	-	111	106	110	60	86
1-3 a/	155	35	-	86	89	43	65
4-6	138	24	-	64	74	26	46
7-9 b/	104	19	80	45	-	22	-
10 y más	69	18	40	27	-	15	-
7 y más	-	-	-	-	30	-	29
País	153	23	68	92	84	30	53
Relación entre extremos	2.7	1.9	2.8	3.9	3.7	4.0	3.0

Fuente: Programas IFHIPAL e IMIAL de CELADE.

a/: Cuba: 0-3 años de estudio.

b/: Chile: instrucción básica completa o incompleta.

Cuadro 3

AMERICA LATINA: DISTRIBUCION RELATIVA DE MUJERES ESTUDIADAS EN PROGRAMA IFHIPAL  
SEGUN AÑOS DE ESTUDIO APROBADOS ALREDEDOR DE 1975-1980 EN PAISES SELECCIONADOS

Años de estudio aprobados	Países					
	Cuba	Chile	Guatemala	Honduras	Panamá	Paraguay
0-3	15.5	11.6	70.4	57.4	16.6	45.0
4-6	37.8	27.7	16.8	23.0	34.6	35.0
7-9	43.4	25.4	-	-	-	8.0
10 y más	3.3	35.3	-	-	-	12.0
7 y más	-	-	12.8	19.6	48.8	-
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Tramos de edades de la población femenina						
	15-49	15-64	15-49	15-64	15-49	15-64

Fuente: Programa IFHIPAL de CELADE.

Cuadro 4

AMERICA LATINA: DIFERENCIAS DE LA FECUNDIDAD Y LA MORTALIDAD INFANTIL  
SEGUN ESTRATOS SOCIO-OCUPACIONALES POR AREA URBANA Y RURAL ALREDEDOR DE 1975-1980  
EN PAISES SELECCIONADOS (IFHIPAL-IMIAL)

Indicadores y estratos	Honduras		Países Panamá		Paraguay	
	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural
<b>Tasa global de fecundidad (hijos por mujer)</b>						
Agrícola no asalariado	-	8.9	-	6.4	5.2	7.2
Agrícola asalariado	-	9.0	4.4	6.0	6.0	7.1
No agrícola no asalariado <u>a/</u>	4.8	7.4	3.2	4.3	4.2	5.8
No agrícola asalariado	-	-	3.3	4.6	-	-
Medio o medio-alto	3.4	-	2.5	4.0	3.0	4.5
País	4.6	8.2	2.9	5.4	3.6	6.6
Relación entre extremos	1.4	1.2	1.8	1.6	2.0	1.6
<b>Tasa de mortalidad infantil (por mil)</b>						
Agrícola no asalariado	-	98	-	49	61	51
Agrícola asalariado	-	106	42	45	74	61
No agrícola no asalariado <u>a/</u>	75	71	27	29	52	53
No agrícola asalariado	-	-	21	26	-	-
Medio o medio-alto	37	65	14	29	34	39
País	67	92	18	38	49	61
Relación entre extremos	2.0	1.6	3.0	1.9	2.2	1.6

Fuente: Programas IFHIPAL e IMIAL de CELADE.

a/: Honduras y Paraguay corresponde sólo al estrato no agrícola.

Cuadro 5

AMERICA LATINA: DIFERENCIAS DE LA FECUNDIDAD Y LA MORTALIDAD INFANTIL  
SEGUN AÑOS DE ESTUDIO APROBADOS POR LOS JEFES DE HOGAR O LAS MUJERES POR AREA URBANA Y RURAL  
ALREDEDOR DE 1975-1980 EN PAISES SELECCIONADOS (IFHIPAL-IMIAL)

Indicadores y años de estudio	Países							
	Honduras		Cuba <sup>a/</sup>		Panamá		Paraguay	
	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural
<b>Tasa global de fecundidad (hijos por mujer)</b>								
0-3	-	8.4	3.0	4.1	4.2	6.6	3.9	6.5
4-6	4.6	7.8	3.4	3.6	3.6	5.5	3.8	6.7
7 y más	3.3	-	2.2	2.4	2.7	3.5	3.1	5.6
País	4.6	8.2	2.7	3.1	2.9	5.4	3.6	6.6
Relación entre extremos	1.4	1.1	1.5	1.7	1.6	1.9	1.3	1.2
<b>Tasa de mortalidad infantil (por mil)</b>								
0	95	113	-	-	60	61	78	65
1-3 <sup>b/</sup>	84	90	31	26	20	48	65	54
4-6	74	75	24	23	19	29	48	46
7 y más	27	-	19	18	14	25	27	37
País	67	92	20	21	18	38	49	61
Relación entre extremos	3.5	1.5	1.6	1.4	4.3	2.4	2.9	1.8

Fuente: Programas IFHIPAL e IMIAL de CELADE.

a: Tasa global de fecundidad corresponde a la Región Oriente del país.

b: Cuba: 0-3 años de estudio.

Cuadro 6

AMERICA LATINA: DIFERENCIAS DE LA FECUNDIDAD Y LA MORTALIDAD INFANTIL  
SEGUN POBLACION INDIGENA Y NO INDIGENA ALREDEDOR DE 1975-1980 EN PAISES  
SELECCIONADOS (IFHIPAL-IMIAL)

Indicadores y pertenencia étnica	Países			
	Bolivia a/	Guatemala b/	Panamá c/	Paraguay a/
Tasa global de fecundidad (hijos por mujer)				
Indígena	7.1	6.5	6.1	5.2
No indígena	4.9	5.2	4.0	3.1
País	6.5	6.3	4.1	5.1
Relación entre extremos	1.4	1.3	1.5	1.7
Tasa de mortalidad infantil (por mil)				
Indígena	168	104	95	52
No indígena	107	84	30	26
País	153	92	30	53
Relación entre extremos	1.6	1.2	3.2	2.0

Fuente: Programas IFHIPAL e IMIAL de CELADE.

a/: Población indígena según lengua hablada por las mujeres (monolingües y bilingües con castellano).

b/: Población indígena según apreciación del encuestador.

c/: Población indígena según residencia en comunidades indígenas.

Cuadro 7

AMERICA LATINA: DIFERENCIAS DE LA MORTALIDAD INFANTIL SEGUN CONDICIONES SANITARIAS  
DE LA VIVIENDA ALREDEDOR DE 1975-1980 EN PAISES SELECCIONADOS (IMIAL)  
(tasas por mil)

Condiciones sanitarias de la vivienda	Países		
	Honduras	Paraguay	Uruguay
Servicio de agua			
Red pública en la vivienda	56	34	37
Red pública fuera de la vivienda	78	52	69
Otro a/	95	61	55
Relación entre extremos	1.7	1.8	1.9
Evacuación servicio sanitario			
Red pública	57	39	33
Otro b/	91	61	55
Relación	1.6	1.6	1.7

Fuente: Programa IMIAL de CELADE.

a/: Pozo, río, arroyo y otros.

b/: Letrina, pozo, no tiene y otros.

Cuadro 8

AMERICA LATINA: DIFERENCIAS DE LA FECUNDIDAD Y LA MORTALIDAD INFANTIL SEGUN NIVEL DE INSTRUCCION  
DE LAS MUJERES ALREDEDOR DE 1985-1990 EN PAISES SELECCIONADOS (DHS)

Indicadores y nivel de instrucción	Países							
	Bolivia	Brasil	Colombia	Guatemala	México	Paraguay	Perú	República Dominicana
<b>Tasa global de fecundidad (hijos por mujer)</b>								
Sin instrucción <u>a/</u>	6.1	6.5	4.9	7.0	6.1	6.7	7.1	5.2
Bajo <u>b/</u>	5.9	5.1	3.6	5.6	5.7	6.2	5.1	4.3
Medio <u>c/</u>	4.5	3.1	2.3	3.9	3.7	4.5	3.1	3.5
Alto <u>d/</u>	2.9	2.5	1.6	2.7	2.5	3.2	1.9	2.7
País	4.9	3.5	2.9	5.6	3.8	4.7	3.5	3.3
Relación entre extremos	2.1	2.6	3.1	2.6	2.4	2.1	3.7	1.9
<b>Tasa de mortalidad infantil (por mil)</b>								
Sin instrucción <u>a/</u>	124	-	60	82	83	45	102	48
Bajo <u>b/ e/</u>	108	122	27	86	64	42	83	62
Medio <u>c/</u>	65	75	22	61	46	33	39	47
Alto <u>d/</u>	46	38	12	41	27	22	21	24
País	96	86	27	79	56	35	64	45
Relación entre extremos	2.7	3.2	5.0	2.1	3.1	2.0	4.9	2.6

Fuente: Programa DHS.

a/: Paraguay: 0-2 años de estudio.

b/: Bolivia, Colombia y Perú: básica o primaria; Brasil, Guatemala, México, Paraguay y República Dominicana: primaria incompleta.

c/: Bolivia: intermedio; Brasil, Guatemala, México, Paraguay y República Dominicana: primaria completa; Colombia y Perú: secundaria.

d/: Bolivia: intermedio y más; Brasil, Guatemala, México, Paraguay y República Dominicana: secundaria y más; Colombia y Perú: superior.

e/: Brasil: se incluye primaria incompleta o menos.

Cuadro 9

AMERICA LATINA: DISTRIBUCION RELATIVA DE MUJERES ESTUDIADAS EN PROGRAMA DHS  
SEGUN NIVEL DE INSTRUCCION ALREDEDOR DE 1985-1990 EN PAISES SELECCIONADOS

Nivel de instrucción	Países							
	Bolivia	Brasil	Colombia	Guatemala	México	Paraguay	Perú	República Dominicana
Sin instrucción <u>a/</u>	17.5	7.2	4.2	38.4	10.8	9.2	5.9	5.7
Bajo <u>b/</u>	36.3	22.4	41.3	34.8	26.7	26.8	28.3	20.8
Medio <u>c/</u>	15.7	18.1	45.1	12.2	22.0	27.8	41.9	30.8
Alto <u>d/</u>	30.5	52.3	9.4	14.6	40.5	36.2	23.9	42.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Tramos de edades de la población femenina	15-49	15-44	15-49	15-44	15-49	15-49	15-49	15-49

Fuente: Programa DHS.

a/: Paraguay: 0-2 años de estudio.

b/: Bolivia, Colombia y Perú: básica o primaria; Brasil, Guatemala, México, Paraguay y República Dominicana: primaria incompleta.

c/: Bolivia: intermedio; Brasil, Guatemala, México, Paraguay y República Dominicana: primaria completa; Colombia y Perú: secundaria.

d/: Bolivia: intermedio y más; Brasil, Guatemala, México, Paraguay y República Dominicana: secundaria y más; Colombia y Perú: superior.

Cuadro 10

AMERICA LATINA: FECUNDIDAD NO DESEADA TOTAL Y SEGUN NIVEL DE INSTRUCCION DE LAS MUJERES  
ALREDEDOR DE 1985-1990 EN PAISES SELECCIONADOS (DHS)

Fecundidad no deseada y nivel de instrucción	Países							
	Bolivia	Brasil	Colombia	Guatemala	Paraguay	Perú	República Dominicana	
Tasa global de fecundidad (hijos por mujer)								
Total	5.0	3.5	2.9	5.6	4.7	3.5	3.3	
Deseada	3.2	2.8	2.2	4.9	3.5	2.0	2.6	
No deseada	1.8	0.7	0.7	0.7	1.2	1.5	0.7	
% fecundidad no deseada:								
Total	36.0	19.8	24.1	12.5	25.5	42.9	21.2	
Según nivel de instrucción								
Sin instrucción <u>a/</u>	37.7	38.5	24.5	11.4	23.9	47.9	36.5	
Bajo <u>b/</u>	38.3	27.1	25.0	12.5	25.8	51.0	32.6	
Medio <u>c/</u>	31.1	13.6	16.7	17.9	28.9	35.5	20.0	
Alto <u>d/</u>	24.1	11.6	12.5	7.4	18.8	15.8	17.5	

Fuente: Programa DHS.

a/: Paraguay: 0-2 años de estudio.

b/: Bolivia, Colombia y Perú: básica o primaria; Brasil, Guatemala, México, Paraguay y República Dominicana: primaria incompleta.

c/: Bolivia: intermedio; Brasil, Guatemala, México, Paraguay y República Dominicana: primaria completa; Colombia y Perú: secundaria.

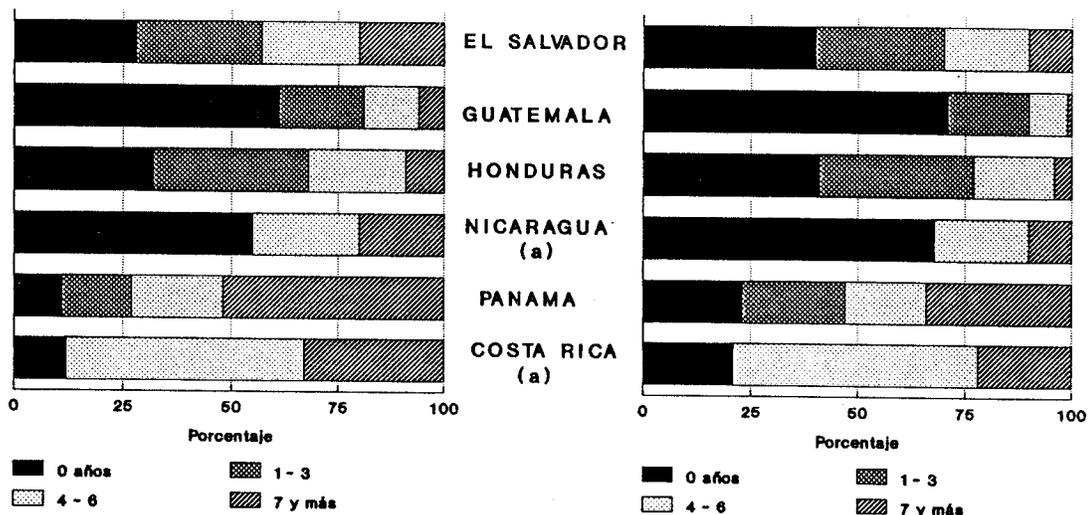
d/: Bolivia: intermedio y más; Brasil, Guatemala, México, Paraguay y República Dominicana: secundaria y más; Colombia y Perú: superior.

# Gráfico 1

## CENTROAMERICA: NACIMIENTOS Y DEFUNCIONES DE MENORES DE UN AÑO SEGUN EDUCACION MATERNA EN PAISES SELECCIONADOS ALREDEDOR DE 1980-1985

DISTRIBUCION DE LOS NACIMIENTOS

DISTRIBUCION DE LAS MUERTES DE MENORES DE UN AÑO

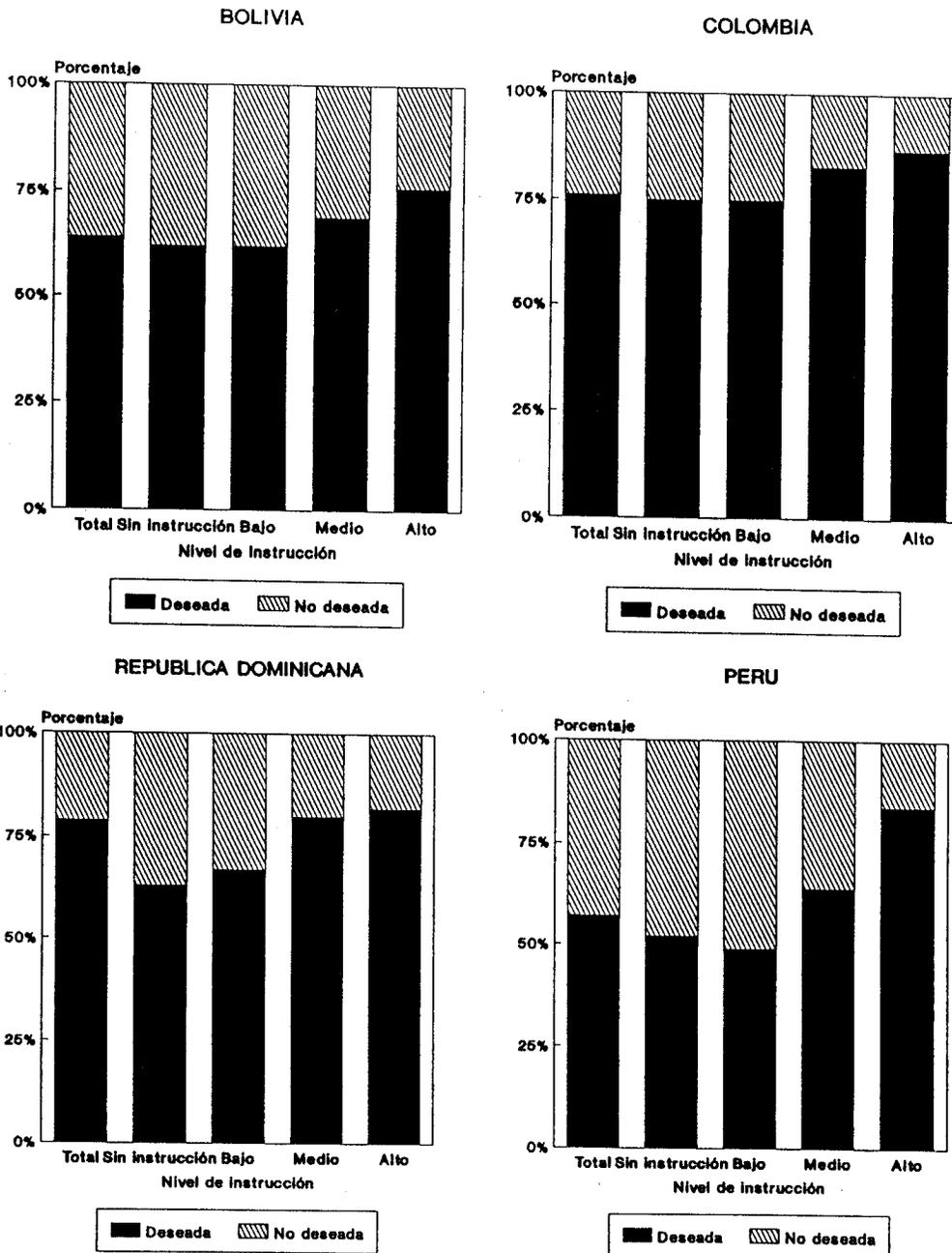


(a) La barra negra incluye los grupos 0 y 1-3 años

Fuente: CELADE (1992b).

## Gráfico 2

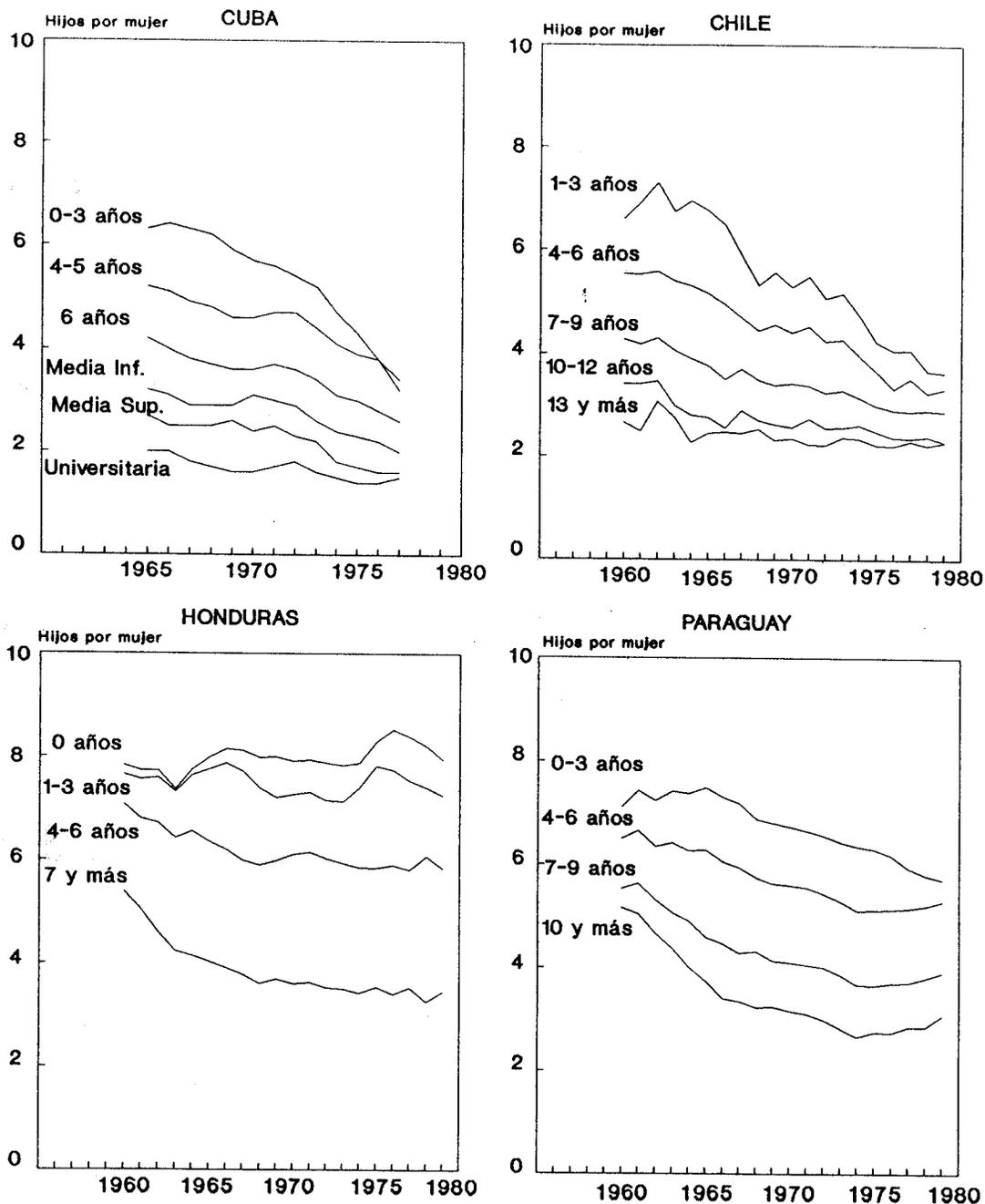
### AMERICA LATINA: PORCENTAJES DE FECUNDIDAD DESEADA Y NO DESEADA TOTAL Y SEGUN NIVEL DE INSTRUCCION EN PAISES SELECCIONADOS ALREDEDOR DE 1985-1990



Fuente: Programa DHS.

### Gráfico 3

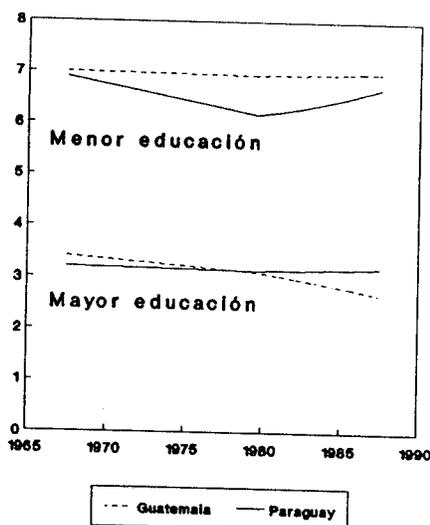
## AMERICA LATINA: TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD SEGUN EDUCACION MATERNA EN PAISES SELECCIONADOS ENTRE 1960-1980



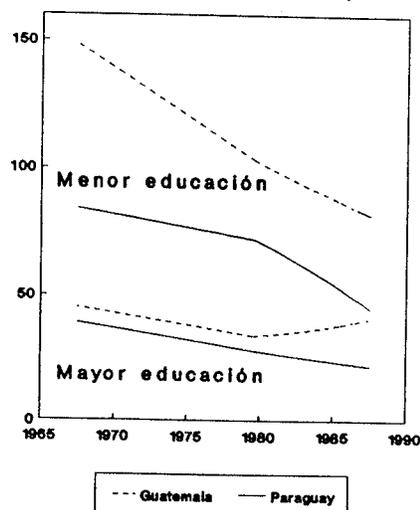
Fuente: Chackiel y Schkolnik (1992).

## Gráfico 4 EVOLUCION DE LA FECUNDIDAD Y MORTALIDAD INFANTIL ENTRE GRUPOS DE MENOR Y MAYOR EDUCACION 1965-1990 (GUATEMALA Y PARAGUAY)

Tasa global de fecundidad (hijos por mujer)



Tasa de mortalidad infantil (por mil)



Fuente: Programas IFHIPAL e IMIAL de CELADE y Programa DHS.

## Bibliografía

- Behm, H. (1990), "Los determinantes de la sobrevivencia en la infancia: un marco de referencia para su análisis", en Naciones Unidas (ed.), Factores sociales de riesgo de muerte en la infancia, CELADE, Santiago, Chile, pp: 11-30.
- Bongaarts, J. (1978), "A framework for analyzing the proximate determinants of fertility", en Population and Development Review, 4, N° 1, pp: 105-132.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1992a), La fecundidad: niveles, tendencias y determinantes próximos, CELADE-OPS, (inédito).
- (1992b), La mortalidad en las Américas: progresos, problemas, perspectivas, CELADE-OPS, (inédito).
- Chackiel, J. y S. Schkolnik (1992), "La transición de la fecundidad en América Latina", en Notas de Población, año XX, N° 55, pp: 161-192.
- Davis K. y J. Blake (1956), "Social structure and fertility: an analytic framework", en Economic Development and Cultural Change, vol. IV, N° 3, pp: 211-235.
- Martínez, J. (1992), Interrelaciones entre pobreza y dinámica demográfica, CELADE, Santiago, Chile, LC/DEM/R.173, serie A-268.
- Mosley H. y L. Chen (1984), "An analytical framework for the study of child survival in developing countries", en Population and Development Review, a Supplement to volume 10, pp: 25-48.
- Robles, A. (1993), Diferencias de salud materno-infantil entre las poblaciones indígenas y no indígenas de Bolivia y Guatemala, documento presentado al Seminario Taller Investigación Sociodemográfica Contemporánea de Pueblos Indígenas, CIDOB-CIFD-INE-CELADE-FNUAP, Santa Cruz, Bolivia.
- Torrado, S. (1986), Salud-enfermedad en el primer año de vida. Rosario, 1981-1982, CEUR, Informes de investigación, 4.
- (1978), "La discriminación según grupos sociales en los estudios demográficos", en PISPAL (Programa de Investigaciones Sociales sobre Problemas de Población Relevantes para Políticas de Población en América Latina), Información e investigación sociodemográfica en América Latina, PISPAL-ELAS-CELADE-CLACSO, Santiago, Chile.
- (1976), Clases sociales, familia y comportamiento demográfico: orientaciones metodológicas, ELAS-CELADE, trabajo preparado para el Seminario Teórico-metodológico sobre las Investigaciones en Población, CLACSO, México.
- United Nations (1986), Policy relevance of findings of the World Fertility Survey for developing countries, Dep. of International Economic and Social Affairs, New York.

### III. ALGUNAS INTERRELACIONES ENTRE POBREZA Y DINAMICA DEMOGRAFICA\*

#### Introducción

El problema de la pobreza en América Latina no es nuevo, así como tampoco lo es la inquietud por él. Su estudio forma parte de un extenso acervo de conocimiento y constituye un campo de interés para numerosos segmentos de las sociedades, muchos de los cuales habitualmente han reclamado para sí el reconocimiento de su aporte a la comprensión del fenómeno. Por diversas razones, el panorama ya no es idéntico al que podía identificarse hasta hace algunos años. En la actualidad, la preocupación se distingue por el hecho que la discusión tradicional sobre sus causas y consecuencias, inspirada con frecuencia en un debate ideológico, ha perdido vigencia y han pasado a tener mayor peso los referentes técnicos sobre la forma de medición de las situaciones de pobreza, de su caracterización y, en especial, de la superación del problema, todo ello en un marco de relativo consenso. Como quiera que sea, la discusión en ningún modo está obsoleta, sobre todo si se trata de rescatar perspectivas que no han sido mayormente desarrolladas y cuyos contenidos podrían aportar elementos de juicio, tanto para la caracterización del fenómeno mismo como para la elaboración de las estrategias de la lucha contra la pobreza.

En este capítulo se presenta en primer lugar una breve descripción de las tendencias de la pobreza en los últimos años en América Latina y de las principales metodologías de medición del fenómeno. Esto configura el marco de referencia para abordar luego el objetivo principal de este trabajo: el análisis y discusión de las interrelaciones entre las situaciones de pobreza y ciertos aspectos sociodemográficos vinculados con el crecimiento de la población. Se plantean algunas interrogantes sobre las asociaciones entre pobreza y crecimiento demográfico, procediendo a destacar los contenidos y los aportes de las nociones de "población y desarrollo" y "estrategias de supervivencia", buscando dar sentido a tales asociaciones. Así, se describen las características de los componentes demográficos en situaciones de pobreza y de ciertos fenómenos vinculados a la reproducción intergeneracional de aquélla, destacando a la maternidad temprana y el trabajo infantil. La siguiente sección termina con la proposición de un conjunto de hipótesis generales y líneas de investigación que ya han comenzado a ser recogidas.

---

\* Versión revisada del documento de Jorge Martínez P., *Interrelaciones entre pobreza y dinámica demográfica*, CELADE, Santiago, Chile, LC/DEM/R.173, serie A-268, 1992.

## 1. Tendencias de la pobreza en América Latina

La preocupación por el problema de la pobreza en América Latina se ha visto reforzada en los últimos años ante la constatación de sus tendencias ascendentes. En varios países, durante la década de los 80, se revirtió la tendencia decreciente de su incidencia, que había perdurado desde la posguerra. Estimaciones para la región como un todo indican que el porcentaje de personas bajo la línea de pobreza habría pasado desde 43 a 46% de la población total entre 1986 y 1990, hecho claramente detectable en los países de mayor tamaño demográfico. En términos absolutos, en 1990 había unos 200 millones de personas en situación de pobreza en la región (CEPAL, 1992), la mayor cifra histórica que se ha detectado en la misma.

Por otro lado, en los primeros años de la actual década la tendencia creciente de la pobreza se habría modificado, a su vez, en algunos países. Sin embargo, esto ha sido lento, por lo menos si se le compara con lo acontecido con la recuperación de algunos índices de dinamismo de la economía. Esto sería parte de un fenómeno de asimetría, en el que el crecimiento económico iría acompañado de mejoras modestas o leves en los índices de pobreza, en tanto que en aquellos períodos recesivos o de estancamiento económico, el efecto de incremento sobre dichos índices ha sido mucho mayor (CEPAL-CELADE, 1993).

La pobreza en América Latina es más extendida en las áreas rurales que en las ciudades. Así se desprende de las estimaciones para 1990, donde los pobres representaban un 61% de la población en zonas rurales, frente a un 39% en las zonas urbanas. Sin embargo, dado que muchos países tienen un predominio de población urbana, en números absolutos los pobres son mayoritariamente urbanos, totalizando casi el 60% de toda la población pobre (CEPAL, 1992).

La situación que se presenta en los países es diferente según el grado de desarrollo económico alcanzado. Hay países donde la pobreza es masiva y lo ha sido siempre. Hay otros donde la incidencia es menor y la superación del problema, en apariencia, no requeriría de medidas tan drásticas y de largo plazo como para terminar, al menos, con las situaciones más extremas (como sería el caso de la falta de disponibilidad de agua potable y saneamiento para algunos grupos de la población). Esta consideración es muy importante, porque si bien a fines de los 80 los guarismos de pobreza tendieron a acercarse entre los países, lo cierto es que tras esas cifras hay diferencias significativas en la infraestructura social que condicionan el problema de la pobreza más a la falta de ingresos que a la satisfacción de muchas necesidades básicas donde ellas están más atendidas. De este alcance se deduce que es necesario presentar un aspecto clave: las metodologías de medición de la pobreza.

## 2. Una nota sobre las metodologías de medición de la pobreza

En general, suele haber acuerdo en que la pobreza es un concepto que da cuenta de una situación en la que las personas no pueden satisfacer una o más necesidades básicas y no pueden tampoco participar plenamente en la vida social. Se trata entonces de un fenómeno multifacético que, por lo mismo,

involucra una heterogeneidad de situaciones que no son fáciles de distinguir y que, además, tampoco se representan en un único indicador. Salta a la vista que cualquier criterio para medir la pobreza se elabora a partir de un concepto normativo con relación a ciertos valores dominantes que la sociedad define.

La medición de una situación de este tipo es, entonces, un hecho complejo, discutible, cuya solución está lejos de haber sido lograda. Teniendo en cuenta estas limitaciones, sin embargo, hay que destacar que en América Latina los especialistas se han puesto de acuerdo en que a lo menos dos criterios -operacionalizados en distintas variables- son lo que mejor permiten una aproximación a la medición y descripción de la pobreza y que, además, pueden complementarse en una tercera opción mediante su integración. Estos métodos son el criterio de ingresos o línea de pobreza (al que aluden las cifras antes señaladas) y el enfoque de las necesidades básicas. La utilización de cualquiera de ellos no es indistinta ya que depende de la realidad de cada país y tiene implicaciones diferentes. Interesa mencionar que, dadas las variables habitualmente empleadas en estos enfoques, podrían incluirse aquellas de orden demográfico, en la medida que se trata de factores que también forman parte de la pobreza y que resultan ser fácilmente operacionalizables.

Desde luego, no deben desconocerse los esfuerzos pioneros que en el pasado fueron realizados para obtener mediciones que, de alguna u otra forma, se remitían a la identificación de grupos pobres. Es el caso, por ejemplo, de los numerosos estudios de distribución del ingreso, y de distinción y definición de clases sociales. Algunos de ellos contienen propuestas difícilmente viables -aún hoy- para la medición de los problemas que se perseguía estudiar, en razón de la disponibilidad de información; otros reportaron importantes reflexiones que han pasado a formar parte del acervo de conocimiento en torno al tema que actualmente se expresa bajo el término de inequidad social.

a) Líneas de pobreza

En términos muy resumidos, la línea de pobreza define a ésta por un ingreso mínimo requerido para satisfacer necesidades básicas. Este enfoque consiste en la definición de una canasta normativa alimentaria o nutricional para un hogar. La llamada canasta de subsistencia se construye a partir de necesidades y hábitos de consumo según la composición de los hogares en un momento determinado, a la que se le calcula su costo. Tal costo es el que define la línea de indigencia o pobreza extrema. Al relacionarse el gasto total en un hogar con el de alimentos, se tiene un factor que se multiplica por la línea de indigencia, obteniéndose de este modo la línea de pobreza. Habitualmente ese factor es 2 ó 2.5 veces el valor de la canasta, y surge del supuesto que para vivir en condiciones normales las familias deberían destinar a lo más la mitad de su presupuesto a la alimentación y el resto a las necesidades de vestuario, educación, movilización, vivienda y otras, lo cual se apoya en diversas evidencias (PNUD, 1990). Se trata entonces de un criterio claramente normativo.

Es decir, la línea de pobreza incluye a los hogares que son pobres por vía de la insuficiencia de ingresos. Aquellas personas pertenecientes a hogares cuyo ingreso per cápita no alcanza para satisfacer las necesidades alimenticias o nutricionales de todos los miembros son indigentes (bajo la línea de

indigencia), en tanto que las personas de aquellos hogares que alcanzando sus ingresos para satisfacerlas, son insuficientes para cubrir otras necesidades de consumo, representan a los pobres no indigentes. Ambos conjuntos abarcan a las personas que se sitúan bajo la línea de pobreza.

En general, en un contexto de países en desarrollo, aquellos menos desarrollados tienen casi permanentemente los más altos porcentajes de pobreza e indigencia, en tanto que países más desarrollados pueden tener menor incidencia de las mismas, con la salvedad que los índices pueden experimentar bruscas fluctuaciones en algunos períodos, como ocurrió en la década de los 80.

#### b) Necesidades básicas

Este método es más directo, ya que mide la pobreza según las características de la disponibilidad de bienes y servicios, por un lado, y de las condiciones de vida, por otro. Resumidamente, consiste en la identificación de lo que se considera que son las necesidades básicas, lo que pasa por definir los indicadores que dan cuenta de dichas necesidades y el umbral sobre el cual ellas se satisfacen. También implica distinguir hogares que no satisfacen una (porcentaje base o índice sintético), dos o más de las necesidades definidas como básicas. Las personas pertenecientes a esos hogares son los pobres según este criterio (PNUD, 1990).

En numerosos países se han realizado estimaciones por este método, siempre sobre la base de información proveniente de encuestas representativas de carácter nacional o de censos de población y vivienda. Esto ha permitido identificar geográficamente las áreas más afectadas (especialmente desagregadas al máximo a partir de la información censal) y elaborar perfiles a través de los "mapas de pobreza".

Los indicadores que se reconocen internacionalmente entre las necesidades básicas insatisfechas son el hacinamiento (un cierto número de personas por dormitorio), los materiales de la vivienda (cuando son inadecuados para la salud y el normal desenvolvimiento de las actividades de un hogar), el abastecimiento de agua (si este no existe o es inadecuado), la disponibilidad de servicios sanitarios (si se carece o ella es inadecuada), la asistencia a establecimientos de enseñanza formal entre los menores (cuando no asisten) y, por último, la relación de dependencia económica (PNUD, 1990). Es preciso señalar que en ocasiones los umbrales de estos indicadores son modificados según la realidad de cada país y no siempre son empleados en su totalidad en la confección del índice sintético.

De allí que el criterio de las necesidades básicas no es inmodificable. La especificación de los indicadores puede cambiar en el tiempo y según se trate de áreas urbanas o rurales. También a veces se incorporan nuevos indicadores (como la disponibilidad de luz eléctrica) o se excluyen otros (asistencia a la enseñanza, relación de dependencia económica), de acuerdo a la naturaleza de la información con que se cuenta. De todos modos, generalmente se ha tratado de mantener el mínimo de los indicadores.

Los países menos desarrollados tienen los más altos porcentajes de pobreza según necesidades básicas, en tanto que los más desarrollados suelen tener menor incidencia, aún en períodos donde se experimenten alzas en la pobreza medida a través del criterio de las líneas de pobreza.

\* \* \*

De manera sintética, los dos métodos descritos exigen una disponibilidad de información específica. El criterio de necesidades básicas da cuenta principalmente de insuficiencias estructurales, en tanto que las líneas de pobreza pueden ser muy sensibles a coyunturas tales como alzas bruscas de los precios de los alimentos de la canasta básica, con el resultado de variaciones significativas en el porcentaje de pobres en cortos períodos.

La discusión sobre las insuficiencias y posibilidades de complementación de ambos métodos ha sido profusa. Respecto a este último punto, se ha propuesto un tercer método, conocido como el método integrado de medición de la pobreza. Este ha permitido considerar distintas dimensiones de la pobreza, con arreglo a la implantación simultánea de los dos métodos (PNUD, 1990). Obviamente, implica suprimir redundancias al ponerlos en práctica y definir las necesidades que contemplan las líneas de pobreza (principalmente de consumo) y las que son captadas por las necesidades básicas (inversión y gasto público). Implica también incorporar la atención de salud y la seguridad social, que ninguno recoge directamente. Su principal ventaja es que permite identificar simultáneamente a los pobres por necesidades básicas, a los pobres por carencias de ingresos suficientes (en especial en su relación con la alimentación) y a los pobres por ambos criterios. De esta forma, el método define tres categorías de pobres: las personas que son pobres de acuerdo a ambos métodos (crónicos), los que son sólo por necesidades básicas insatisfechas (pobres inerciales) y quienes son pobres sólo por líneas de pobreza (pobres recientes). Estimaciones hechas para América Latina señalan que en 1990 existían 270 millones de pobres, lo que representa un 62% de la población regional. De ese total, la mayoría correspondía a pobres crónicos (PNUD, 1990). En todo caso, debido a la fuerte exigencia de información, este método no suele ser aplicado con frecuencia.

De acuerdo a los antecedentes descritos, parece haber un denominador común en los métodos: al momento de elaborar los perfiles de pobreza se suele ignorar a las variables demográficas y, por esta vía, al papel de los comportamientos demográficos. Se excluyen factores que, constituyendo parte de toda realidad social y siendo fáciles de medir, integran también las distintas dimensiones de la pobreza, si se reconoce que ésta es un fenómeno multifacético. Aunque implícitamente queda advertido en la información que se maneja en los diagnósticos, el hecho que los hogares pobres son de mayor tamaño y se componen en forma marcada por jóvenes y niños con respecto a los no pobres, tiene un significado de gran importancia. En la base de esta situación está un patrón reproductivo que les es distintivo a las personas que forman parte de los hogares pobres y que se asocia directamente con una nupcialidad y fecundidad tempranas, con un mayor nivel de crecimiento demográfico natural y con una mayor mortalidad.

Lo que puede destacarse es que las dimensiones demográficas de la pobreza son importantes porque son un reflejo de las condiciones de vida. Además, pueden constituirse en factores que favorecen

la reproducción de la pobreza ya que, en ausencia de movilidad social, los hijos de pobres tienden a ser pobres. El elemento más claro al respecto lo constituye el hecho que en esos grupos se registra un mayor crecimiento demográfico natural; de esta forma, la evolución del tamaño de la población pobre no sólo es consecuencia de las tendencias en materia de la disponibilidad de ingresos o de inversiones en el plano de la infraestructura física, que condicionan la movilidad social, sino también de su propia dinámica demográfica.

Por otra parte, desde el punto de vista de los estudios de población, ha existido una percepción empírica sobre las asociaciones entre las dimensiones sociodemográficas de la pobreza y aquellas de índole socioeconómica, llevando a una interpretación de un alto grado de generalidad, lo que evidentemente es insuficiente para permitir incorporar estas discusiones a la problemática del desarrollo. Visto desde una perspectiva global, no es aventurado afirmar que para incorporar el problema de la pobreza al de la población y el desarrollo, se requiere profundizar en muchos aspectos. Si se tiene en cuenta las tendencias y magnitud de la pobreza en América Latina y el interés manifiesto de los gobiernos por su superación, por un lado, con la necesidad de incluir otros aspectos relevantes del fenómeno, que posiblemente condicionan su reproducción, parece ser entonces que se está frente a un problema que, siendo de la más alta gravitación, resulta apropiado enfocarlo desde quizás no tan nuevas perspectivas, pero sí siempre relevantes.

### 3. Algunas interrogantes sobre las relaciones entre población y pobreza

A partir de numerosas evidencias y, en particular, de acuerdo a los perfiles de pobreza antes mencionados, está ampliamente documentado que los hogares y las familias pobres presentan características distintivas desde el punto de vista socioeconómico y cultural, que están en la base de las causas del fenómeno. Menos evidentes son los rasgos sociodemográficos de estos grupos, a pesar que se dispone de abundante información que, de modo indirecto, sugiere la presencia de comportamientos específicos al respecto. Por lo mismo, es necesario tener en cuenta el carácter multifacético y heterogéneo de la pobreza.

Así entonces, se sabe que los pobres exhiben bajos niveles educacionales, insuficiencias ambientales y nutricionales, y presentan una menor participación relativa en la actividad laboral, la que se define a la vez por una pertenencia a ocupaciones y actividades de la más baja productividad, que generan escasos ingresos y que impiden satisfacer integralmente sus necesidades más esenciales, materiales y no materiales.

Evidencias indirectas, sobre la base de la estratificación de la población de acuerdo a niveles educativos y grupos sociocupacionales, sugieren que los miembros de los hogares pobres tienen un alto crecimiento demográfico relativo, asociado con comportamientos de una más temprana nupcialidad y que se expresan en una mayor fecundidad con relación a otros grupos. Como se conoce que, además, normalmente los hogares pobres son de mayor tamaño y más jóvenes, si se los compara con los de los

grupos no pobres, es indudable que las referencias indirectas sobre su comportamiento demográfico debieran corresponder a los perfiles de pobreza. Un hecho de trascendental relevancia respecto a las dimensiones demográficas de la pobreza es que entre los pobres se registran los peores indicadores de mortalidad, aspecto que introduce una variable cuya consideración es indiscutible.

Las asociaciones generales entre las dimensiones sociodemográficas de la pobreza y aquellas de índole socioeconómica, se reflejan finalmente en el nivel de crecimiento demográfico natural de los grupos pobres. Cuando esto se ha reconocido en las discusiones sobre población y desarrollo, a menudo se ha privilegiado y difundido ampliamente el supuesto que de algún modo existe una cierta influencia causal unilateral entre ellas o bien que esta influencia puede leerse en cualquier sentido, según sea el contexto histórico y espacial. El punto que interesa destacar es que estas discusiones no han sido resueltas y, a pesar que hace bastante tiempo se advirtió sobre la inexistencia de evidencias empíricas concluyentes en favor de una u otra hipótesis, la posible relación compleja y de efectos acumulativos entre ambas dimensiones ha sido prácticamente relegada.

De esta forma, en este trabajo se busca poner de relieve una cuestión antigua, pero que resulta siempre importante de analizar: las interrelaciones entre las características socioeconómicas de la pobreza y aquellas de origen sociodemográfico, tanto desde el punto de vista de la identificación de las posibles direcciones de causalidad entre pobreza y crecimiento demográfico (con sus consiguientes líneas de acción), como en el plano del aporte de los aspectos sociodemográficos a la caracterización de la pobreza. Parece ser claro que estas interrelaciones debieran constituir un asunto central -y no sólo complementario- de las discusiones en el campo de la población y el desarrollo. Pero quizás no ha sido tan claro en la práctica, puesto que, por ejemplo, los comportamientos demográficos nacionales, con toda la heterogeneidad implícita en los promedios, han servido habitualmente para fijar metas de reducción de la fecundidad y la mortalidad.

En otros términos, al analizar las asociaciones generales entre los distintos rasgos de la pobreza surgen interrogantes generales tales como las siguientes:

- ¿Cuál es la posible naturaleza de las relaciones entre el fenómeno de la pobreza y las dimensiones sociodemográficas del mismo?.
- ¿Cómo y por qué contribuyen las dimensiones sociodemográficas a la caracterización de las situaciones de pobreza?.

Tratando de generar elementos de discusión, se plantearán en forma breve antecedentes generales de lo que ha sido lo que aquí se denomina el estudio de la relación entre la pobreza y la dinámica demográfica, tanto para rescatar los aportes a la discusión, como para motivar nuevas preguntas. Del mismo modo, se expondrán algunas evidencias que apuntan a mostrar lo relevante de la problemática y la necesidad de su estudio.

#### 4. Interrelaciones entre pobreza y dinámica demográfica

Las interrelaciones entre la situación de pobreza y el comportamiento demográfico de la población inmersa en ella, han sido abordadas fundamentalmente a través de dos ideas básicas: la noción de "población y desarrollo" y el concepto de "estrategias de supervivencia". Ambos conceptos son de larga tradición en la investigación sociodemográfica, y lo que interesa es destacar y discutir parte de sus contenidos en la perspectiva de dar respuesta al sentido de las asociaciones entre pobreza y dinámica demográfica. Por cierto, el primer concepto posee una generalidad mucho mayor que el segundo, el cual forma parte de aquél.

##### 4.1. Población, desarrollo y pobreza

Los antecedentes sobre las relaciones entre la población y el desarrollo económico datan desde la antigüedad del pensamiento. Son ampliamente conocidas las posiciones polares que han dado fruto a la polémica sobre el papel de la dinámica demográfica en el desarrollo: la necesidad de retardar o de estimular el crecimiento de la población, con relación a temas de orden económico, social, político y militar (Argüello, 1983; Naciones Unidas, 1978). Estas posiciones se han nutrido principalmente de la teoría económica y algunas de ellas han incorporado un tratamiento endógeno de la población en el sistema económico.

Cuando se describe esta relación hay que tener presente que no sólo se alude al crecimiento demográfico, sino a las consecuencias implícitas que este acarrea, a través del tamaño y la estructura por edad de la población.

A fines del siglo XVIII el interés por esta temática adquirió especial relieve con las proposiciones de Malthus, suscitándose desde entonces la denominada "controversia" sobre los problemas demográficos y del desarrollo (Naciones Unidas, 1978). En la base de la tesis malthusiana, como es bien sabido, se destaca el obstáculo que representaría para el desarrollo la presencia de un crecimiento demográfico por sobre ciertos niveles. Para Malthus, el crecimiento de la población sería la principal causa de la pobreza y ésta tendría poca o ninguna relación con las formas de gobierno o la distribución de la propiedad (Naciones Unidas, 1978). En diversas dimensiones, la herencia de este postulado se expresaría en el pensamiento económico clásico, neoclásico y hasta en las distintas teorías económicas y no económicas que buscaron responder a ella. Se reflejaría, además, en décadas recientes, en el surgimiento de proposiciones de acciones de regulación de la fecundidad.

En la actualidad, el papel negativo que se le adjudica al crecimiento de la población en los países en desarrollo adquiere relieve en distintas instancias, en especial ante las perspectivas que, se supone, amenazan el desarrollo, el medio ambiente urbano y los ecosistemas naturales. En este debate, obviamente, cobra importancia el tema de la pobreza. Los argumentos sugieren que, como consecuencia de una alta fecundidad, los pobres serían los principales agentes del crecimiento demográfico, cuyos

niveles se harían incompatibles con objetivos de carácter económico; esto se explicaría, aparentemente, por su presión sobre las demandas de educación, salud, empleo y, en general, sobre las inversiones sociales, las cuales se verían enfrentadas a una competencia con inversiones productivas. Los argumentos se basan también en las graves consecuencias potenciales que originaría la alteración de los ecosistemas naturales, en términos del abastecimiento de alimentos y de la evolución del clima a escala mundial.

Argumentos como los anteriores pueden resultar simplistas, ya que por ejemplo, cabe preguntarse por la aplicabilidad del enunciado (en los países en desarrollo), por sus bases científicas (graves consecuencias potenciales) y por la distinción de las causas que se atribuyen a la existencia de la pobreza.

Es evidente que la disminución de la fecundidad, a través de acciones dirigidas, podría contribuir a un bienestar global de las sociedades donde ella todavía es elevada, a través de una menor presión sobre los recursos. En ese sentido, se reconoce que el éxito de estas acciones dependerá de las posibilidades de satisfacción de necesidades básicas y de participación en los procesos nacionales de desarrollo para el conjunto de la población pobre (FNUAP, 1991). El problema es que, siguiendo la lógica de estos razonamientos, las acciones que de ellos deriven únicamente adquieren sentido en el largo plazo, ya que los descensos de la fecundidad, que sólo a veces se materializan con relativa rapidez, y cuyos determinantes primarios se asocian a transformaciones sociales, económicas y culturales, conllevan consecuencias demográficas durante largo tiempo, expresadas a través de modificaciones en la estructura por edad de la población. Sistemáticamente se omite, además, que la sobremortalidad persiste en los grupos pobres en casi toda sociedad, aun cuando se estén produciendo descensos de la fecundidad, lo que plantea problemas de fondo como, entre otros, la falta de equidad en la distribución de los beneficios del desarrollo.

Por otra parte, dicha visión no da respuesta a la situación heterogénea que caracteriza a los países en desarrollo en materia de las tendencias declinantes del crecimiento demográfico y su relación con la persistencia y agudización de la pobreza en muchos de ellos, situaciones vinculadas, por lo demás, con fuertes y prolongadas crisis económicas. Cabe preguntarse al respecto cuánto más grave sería esta situación en un contexto de permanencia de elevados índices de crecimiento demográfico. El hecho es que al desconocerse las especificidades demográficas de cada país, se excluye la posibilidad de considerar la heterogeneidad interna en los niveles de los componentes demográficos y sus consecuencias diferenciales sobre la estructura por edad y la dinámica de la población. Por eso es importante conocer la forma y magnitud de la contribución del crecimiento demográfico a la reproducción de la pobreza, tanto en situaciones donde ésta afecta a la mayoría de la población como en el caso opuesto. La relación más visible entre pobreza y dinámica demográfica se encuentra en países donde el porcentaje de pobres es muy alto. Por ejemplo, si la pobreza afecta a un 80% de la población, es casi inevitable que el crecimiento demográfico sea responsable directo de la casi totalidad del aumento absoluto del número de pobres en un período determinado: ello ocurre porque las posibilidades de crecimiento del porcentaje de pobres, como ocurre con el grado de urbanización, se agotan cuando éste es más elevado. En el caso opuesto, donde la magnitud de la pobreza es más baja, un aumento del número absoluto de pobres puede ser explicado también, en forma importante, por la movilidad social regresiva.

Una perspectiva que supone una relación compleja y dinámica entre el proceso de desarrollo y el crecimiento demográfico parece postular una visión más objetiva al respecto. Esto implica asumir que la pobreza tiene una base estructural, con relación a la falta de generación de empleos productivos en equilibrio con su demanda y con respecto a la distribución de los beneficios de la producción (ingresos) en el marco del proceso de desarrollo económico. Además, no excluye el hecho -a veces incuestionable y sobre el que existe pleno consenso- que determinados niveles de crecimiento demográfico, por su intensidad, pueden tener repercusiones regresivas sobre algunas dimensiones del desarrollo.

En esta perspectiva general, los problemas de carácter ambiental adquieren relieve no ya desde el punto de vista de una supuesta presión de la población pobre sobre los sistemas ecológicos. Más bien sugiere que ellos deben ser visualizados en su naturaleza misma, esto es, a través de las modalidades productivas y tecnológicas del sistema económico internacional y los patrones de consumo que prevalecen heterogéneamente dentro de la población en su conjunto, en condiciones de generalizado retroceso del crecimiento demográfico al interior de varias regiones.

Por último, en un nivel más específico, una tesis como la descrita podría considerar el papel de diversos fenómenos asociados con la dinámica demográfica y que condicionan la reproducción o transmisión intergeneracional de la pobreza, como lo son por ejemplo, la fecundidad o maternidad temprana y el trabajo infantil. También se haría más comprensible la naturaleza de los problemas de empleo, que están en la base de las situaciones de pobreza, distinguiendo la importancia de las inversiones sociales en un plano no competitivo con las inversiones productivas (PREALC, 1988), implicando con ello que las políticas que persigan la equidad social deben trascender más allá de una relación empírica entre fenómenos.

La asociación entre crecimiento de la población y situaciones de pobreza se insinúa, de esta forma, como una interrelación entre ambos fenómenos. De allí que parece ser relevante descubrir las posibles interacciones, lo que, desde el punto de vista de la población, hace necesario explorar las razones de la elevada fecundidad -relativa a un contexto- entre los pobres, pero además, exige conocer las causas de su mayor mortalidad, ya que ésta es también un atributo demográfico asociado con la pobreza, más aún si la sobremortalidad es la dimensión demográfica más dramática y visible de la pobreza dentro de cualquier sociedad.

#### 4.1.1. La fecundidad como componente de la reproducción social

La fecundidad, expresada en el número de hijos que tienen las mujeres, es el aspecto decisivo en la dinámica demográfica de los sectores pobres. Tal como lo destacaba hace algunos años Argüello (1983), se ha intentado explicar este comportamiento desde algunos enfoques que han buscado establecer una "racionalidad económica" en las decisiones sobre el número de hijos, hasta otros que han tratado de mostrar los aspectos negativos de una "cultura de la pobreza", en la que se presentaría una irracionalidad en el comportamiento reproductivo.

Asociadas con una elevada fecundidad relativa, se reconocen como características de los pobres una fecundidad y nupcialidad más temprana con relación a otros grupos, así como el abandono temprano de los estudios de las madres jóvenes y de sus hijos. También están aquellos rasgos de orden económico como el menor nivel educativo y la baja participación económica en el mercado de trabajo formal de la mujer y, en general, el trabajo infantil. En buena medida, muchos de estos aspectos definen el problema de la situación social de la mujer.

El razonamiento de la operación de estos factores sugiere que en la medida que los estratos pobres no logran una calificación adecuada para competir por los escasos empleos productivos adecuadamente remunerados, pueden ver agravada su situación por vía del mayor crecimiento demográfico, generando una mayor presión sobre las imperfecciones del mercado de trabajo. Este fenómeno otorgaría sentido a una relación circular pobreza-crecimiento demográfico-pobreza (Argüello, 1983).

Entre los aspectos de carácter socioeconómico que tradicionalmente se han considerado más relevantes en asociación con el comportamiento de la fecundidad están la educación y la participación económica de la mujer. Ambas variables, obviamente, dependen del contexto socioespacial, ya que la disponibilidad y acceso a los servicios educacionales, así como las características de la estructura productiva, las condicionan en grado importante.

Es conocido el hecho que los menores niveles de educación van unidos a una nupcialidad más temprana, a un menor acceso y uso de métodos modernos de planificación familiar y, consiguientemente, a una fecundidad más elevada, sino temprana. La calificación que logren las mujeres condiciona en grado decisivo la capacidad para competir en el mercado de trabajo en ocupaciones mejor remuneradas, influyendo de esta forma en las pautas de nupcialidad y en la fecundidad. La idea básica que subyace acá y que ha sido tratada en numerosos enfoques, es que la mayor educación y la posible mayor participación laboral femenina que de ella se derivaría, se acompañan de una creciente incompatibilidad entre los roles de reproducción y trabajo, además de una modificación en el poder de decisión de la mujer al interior de los hogares. Estos hechos terminarían por afectar tanto a quienes trabajan como a quienes no trabajan (Guadalupe, 1988).

Para los estratos pobres, los factores descritos ayudan a la comprensión de las condiciones que favorecen el mayor número de hijos de las mujeres. Al tratar de entender este fenómeno, se descubre que no son sólo el nivel educacional y la participación económica las variables que se asocian con la fecundidad; se trata además de las particularidades del proceso formativo y de las características específicas de las ocupaciones que desempeñan las mujeres en contextos determinados. Frente a agudas crisis económicas, el significado de la educación como medio de ascenso social, si es que la cobertura de los sistemas educativos no decrece, pierde fuerza ante la contracción e informalización de los mercados laborales, la pérdida de calidad en los contenidos de los planes de estudio (especialmente de los sistemas públicos) y, obviamente, ante la inadecuación de sus orientaciones frente a las transformaciones en dichos mercados. Por esta vía, la educación puede constituir un mecanismo de reproducción de la segmentación social, incluso en épocas de expansión económica. En verdad, las oportunidades ligadas a la educación

no poseen el mismo significado para los diversos estratos y las "trayectorias" educativas para los pobres tienen puntos de partida y puntos de llegada cualitativa y cuantitativamente muy diferentes a los del resto de la población.

Por otra parte, la posición de los agentes sociales en la pirámide ocupacional, determinada según sus condiciones educativas y de calificación laboral, es uno de los factores más importantes que definen la pertenencia a determinados estratos sociales y, con ello, el nivel de ingresos y las posibilidades de satisfacer las necesidades culturalmente definidas como básicas.

La importancia central de variables como las señaladas es su contribución a la comprensión de las interacciones entre pobreza y fecundidad. Los factores que acompañan las situaciones generadoras de pobreza de los individuos y sus familias están presentes ya antes de la reproducción y de la llegada de los hijos, aunque en un plano generacional estos factores se refuerzan ante una elevada fecundidad (Argüello, 1983). En otras ocasiones, la temprana fecundidad condiciona en grado decisivo las posibilidades de los hijos de superar las desventajas del ambiente familiar y social en que han nacido.

De allí que ha comenzado a reconocerse que junto con el descenso de la fecundidad en muchos países, se ha asistido a un fenómeno que mantiene características muy específicas: la maternidad temprana entre los pobres. Existe un relativo consenso que esta situación puede llegar a ser un problema, en la medida que se asocia con un alto porcentaje de hijos no deseados y nacidos en condiciones llamadas de ilegitimidad desprotegida, afectando el futuro y las expectativas de las propias madres y de sus hijos. Para aquéllas, la situación devendría en un bloqueo de aspiraciones de movilidad social, en carencias económicas y culturales, que probablemente incidirán en los niveles de nutrición y en la socialización de los niños, entre otras facetas, transformando así al fenómeno madre joven en un mecanismo de transferencia intergeneracional de la pobreza (CEPAL, 1988). Por lo demás, el perfil de estas madres suele ser el de una adolescente pobre, soltera, de baja escolaridad, cuya condición y desprotección se asociaría estrechamente con efectos negativos sobre los niveles de nutrición y de rendimiento escolar de sus hijos, lo que podría terminar por reducir las oportunidades de éstos en la opción de un mejor futuro (CEPAL, 1991).

Esta nueva forma de ver el círculo vicioso de la pobreza, a menudo relegada por consideraciones de carácter agregado, tiene la más grande importancia si se piensa que los nacimientos originados en madres adolescentes están creciendo en importancia relativa en muchos países, a pesar del descenso de la fecundidad del conjunto de las mujeres, y es un argumento más para prestar atención a los problemas que están en la base de la pobreza. Los fenómenos asociados a esta situación no hacen sino reforzar el ciclo pobreza-crecimiento demográfico-pobreza, con el agregado de una menor gravitación del comportamiento demográfico sobre la reproducción del fenómeno.

De este modo, las condiciones objetivas de existencia indican que el comportamiento reproductivo (fecundidad) se enraza en las condiciones estructurales del proceso de desarrollo. Entre los comportamientos que conducen a la reproducción de la pobreza, el patrón reproductivo sería uno de ellos, reforzando la situación y la interacción negativa entre población y desarrollo.

Por ello, no resulta realmente suficiente plantearse como meta que los estratos pobres, cualquiera sea su definición, tengan un menor número de hijos para así poder educarlos y asegurarles un mejor futuro. Argüello (1980), por lo demás, señala que un comportamiento así descrito no parece factible mientras no existan ni sean percibidas que existen posibilidades reales de ascenso social en las condiciones de existencia que les asigna el estilo de desarrollo. Contrariamente a lo que podría haberse esperado, durante el decenio de los 80, bajo el agravamiento de condiciones socialmente adversas, la disminución de la fecundidad continuó su transición en América Latina, lo que podría significar una especie de "ajuste" para hacer frente a esas circunstancias. Es posible que este "ajuste" no haya tenido mayor alcance debido a las limitadas oportunidades de acceso a métodos modernos de planificación familiar para los grupos más pobres. Las encuestas demográficas y de salud realizadas en la década del 80 muestran, sistemáticamente, que las mujeres pertenecientes a los estratos sociales más bajos declaran el mayor porcentaje de fecundidad no deseada, llegando a un 40% en algunos países (CELADE, 1991).

En un nivel general, este hecho indicaría el condicionamiento que pueden llegar a ejercer las coyunturas del proceso de desarrollo sobre el comportamiento reproductivo en determinados contextos y, ciertamente, el grado de importancia decreciente que pueden alcanzar los factores demográficos en la relación circular pobreza-crecimiento demográfico elevado-pobreza.<sup>1</sup>

Estas nociones generales deben asumirse con cautela al analizar las interrelaciones entre pobreza y crecimiento demográfico. Ellas pueden connotar características específicas no sólo según se trate de la sociedad bajo estudio y las consecuencias de determinados períodos de contracción económica de larga duración. Reiterando, hay que considerar, por ejemplo, la situación de las madres jóvenes que dan a luz y crían a sus hijos en condiciones de desprotección social y ante serias carencias económicas y culturales. Puede pensarse, además, en la situación de los grupos indígenas ("pobres"), entre quienes es posible admitir la persistencia de ciertos factores culturales como generadores de una alta fecundidad y, sobre todo, la presencia de factores institucionales, expresados en la insuficiencia de cobertura o contenido de los sistemas y programas educativos y sanitarios. Sin proponérselo, éstos pueden no permitirles una integración real a los beneficios del desarrollo, transformándolos en grupos altamente vulnerables en la perspectiva del resto de la sociedad.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Analizando el caso de Brasil en la década del 80, país que atravesó una gran crisis económica, política e institucional, De Carvalho y Rodríguez (1990), muestran que, paralelamente, se registró un descenso generalizado en la fecundidad, alcanzando grandes dimensiones.

<sup>2</sup> Citando algunos ejemplos de países latinoamericanos, Rosenhouse (1991) destaca que las barreras culturales que se supone que habitualmente acompañan a ciertos grupos indígenas, pueden ser más bien el reflejo de debilidades programáticas en cuanto a participación, identificación e información. Ello sería consecuencia de la desigualdad de acceso a servicios que prevalecen para esos grupos.

#### 4.1.2. La mortalidad en contextos de pobreza

Los niveles más elevados de mortalidad que diversos estudios permiten suponer que exhiben los estratos pobres, expresan también la interacción negativa entre población y desarrollo, en especial porque se trata de indicadores que muestran, más que cualquier otro y en forma dramática y visible, cómo se afectan los comportamientos demográficos de una población por la forma en que se distribuyen los beneficios del desarrollo en un contexto de marcada inequidad social.

La mortalidad, especialmente en los primeros años de vida, ha sido considerada en numerosas instancias como componente de la calidad de vida, a pesar que no necesariamente constituye un indicador de desarrollo por su inconsistencia con la evolución de otros indicadores de bienestar. De todos modos, los diferentes valores que alcancen los niveles de mortalidad infantil al interior de una sociedad son indicios evidentes no sólo de la desigualdad del estado de salud de una población, sino que expresan también el estado del acceso a la educación y la disponibilidad de ingresos, con sus consecuencias en las condiciones materiales de vida.

¿Cómo operan los factores del desarrollo sobre esta variable?. La disminución de la mortalidad infantil y de la niñez se ha debido al control de enfermedades infecto-contagiosas y otras de carácter exógeno, que han tenido que ver con el desarrollo de programas sanitarios y de orden social y económico. Estos se han traducido, por ejemplo, en el suministro de servicios, en el mejoramiento de la nutrición y la salud materno infantil, y en el cambio general de los hábitos y costumbres frente a las enfermedades, como consecuencia de adelantos científicos y tecnológicos en el plano de la salud, la educación y las comunicaciones.

De esta forma, los niveles más elevados de mortalidad que afectan a unos grupos en determinados contextos sociales y espaciales dentro de una sociedad, son resultado de las características e imperfecciones del proceso de desarrollo, como por ejemplo, en el plano de las estrategias en el campo de la salud y del suministro de servicios. Una consecuencia significativa que se ha descubierto es que la elevada mortalidad infantil puede contribuir a mantener una mayor fecundidad, en la medida que las familias pobres buscan hacer frente a la pérdida de hijos para mantener el número deseado, con todos los costos biológicos, económicos y sociales que ello implica,<sup>3</sup> aunque es indudable que esta asociación pierde fuerza en sociedades altamente urbanizadas.

En cualquier caso, las evidencias empíricas indican que los mayores niveles de mortalidad infantil de ciertos estratos sociales van casi invariablemente acompañados de los más altos niveles de fecundidad. Los estratos sociales más desfavorecidos registran indicadores que se traducen, lógicamente, en una

---

<sup>3</sup> El caso de las regiones de Africa subsahariana ilustra el efecto señalado: en medio de sequías, hambrunas y desastres ecológicos, la fecundidad permanece en niveles extremadamente elevados (Tabah, 1989).

mayor gravitación de las muertes y los nacimientos en varios países: de allí que es útil conocer este comportamiento, siempre y cuando se lo sitúe de acuerdo a la especificidad de cada sociedad. Hay evidencias en países más avanzados en la transición demográfica y en su grado de desarrollo relativo que sugieren que las diferencias relativas de mortalidad entre grupos sociales son apreciables.<sup>4</sup>

Finalmente, no puede dejar de mencionarse la asociación que existiría entre fecundidad temprana (e ilegitimidad), característica de los hogares pobres, y los niveles de mortalidad infantil. Por ejemplo, en Montevideo (1984), la mortalidad infantil de los niños nacidos en condición de ilegitimidad en hospitales públicos, provenientes de madres jóvenes con bajos niveles educativos, resultó diez veces más elevada (100 por mil) que la de las mujeres con educación universitaria cuyos hijos nacieron en establecimientos privados y en condición de legitimidad (CEPAL, 1988). Por cierto, no se trata de la condición de ilegitimidad por sí sola, sino del hecho que es una situación típica de los contextos de pobreza. Un estudio realizado en Chile mostró que en 1970 el 31% de los hijos de madres menores de 20 años eran ilegítimos, mientras que en 1989 tal porcentaje alcanzó a un 60%. A esta preocupante situación se añade otra más directa, que refleja el conocido factor de riesgo que representa para la salud infantil la condición de ilegitimidad: la mortalidad infantil que afecta a los niños nacidos en ese "status" es un 85% superior a la de los niños nacidos en situación de legitimidad, diferencia que se acentúa enormemente en el período postneonatal. Las causas de muerte ponen en evidencia el alto grado de no deseados de muchos hijos ilegítimos, ante su mayor mortalidad por traumatismos, desnutrición y otras causas perfectamente evitables, que denotan los deficientes cuidados a que pueden verse expuestos los niños nacidos en contextos de pobreza, en particular si provienen de madres jóvenes solteras (APROFA, 1991). Estos aspectos tienen también su especificidad para cada sociedad, pero en los ejemplos se trata de países más desarrollados y cuya población se sitúa en etapas avanzadas de la transición demográfica.

\* \* \*

Sintetizando los alcances expuestos, la noción de "población y desarrollo" sitúa el marco en que se inserta la comprensión del fenómeno de la pobreza y sus aspectos demográficos. Una visión que postula que las situaciones de pobreza interactúan dinámicamente con los comportamientos demográficos parece ser adecuada para abordar estudios de esta naturaleza. La pobreza sería un fenómeno de raíz estructural productiva, ya que la población pobre puede crecer por sobre su nivel de crecimiento demográfico, el cual a su vez está en declinación. En suma, es posible concluir que las características sociodemográficas definen también la pobreza, aunque devienen de características estructurales, todo lo cual condiciona negativamente la interacción entre pobreza y crecimiento demográfico.

---

<sup>4</sup> Un caso ilustra la situación: entre los mapuches de algunas reducciones indígenas de la IX Región del sur de Chile -país que ha logrado importantes avances en la lucha contra la mortalidad infantil- la tasa respectiva estimada alrededor de 1985 alcanzó a 45 por mil, esto es, casi cinco veces la que se registró en comunas de sectores de altos ingresos de Santiago (Rodríguez, Martínez y Chackiel, 1990).

Por otra parte, la existencia de diferencias en los niveles de mortalidad y fecundidad al interior de una sociedad es una prueba de lo inadecuado que puede resultar describir la transición demográfica a partir de promedios nacionales, lo que tiene implicancias, entre otros aspectos, en la identificación de las consecuencias de la dinámica demográfica sobre los sectores sociales (demandas de empleo, vivienda, salud, educación, seguridad social) o en el establecimiento de metas abstractas para el objetivo de reducción de la fecundidad a nivel nacional.

Finalmente, casi todos los aspectos que aquí se han tratado tienen relación con los componentes naturales del cambio demográfico, partiendo del supuesto que los patrones de la reproducción biológica guardan una relación más inteligible con las condiciones de pobreza y que los fundamentos teóricos y empíricos son mayores. El componente migratorio, que afecta también la dinámica demográfica parece tener, en cambio, una relación no unívoca y fluctuante con las situaciones de pobreza, aunque no por ello debiera omitirse. En general, se conoce que la migración en un país en desarrollo posee características de selectividad en los migrantes, no sólo en cuanto a su composición según género (habitualmente predominan las mujeres) y la edad (los migrantes son principalmente adultos jóvenes), sino también en cuanto a los atributos personales (fecundidad, educación, estado civil) y en el tipo de percepción y motivaciones de los individuos que hacen las decisiones de migrar. Por otra parte, dentro de las distintas formas de movilidad, es sabido que algunos estratos pobres rurales, por ejemplo, presentan patrones migratorios vinculados con expulsión recurrente desde sus zonas de origen, instalándose en nuevas localizaciones de frontera agrícola, donde con frecuencia vuelven a ser expulsados. En otros casos se advierte una movilidad estacional como fruto de la oferta de trabajo en áreas especializadas orientadas al mercado externo, movilidad que puede o no afectar a los grupos pobres de una sociedad.

Si las consideraciones anteriores pudiesen efectivamente corroborarse mediante evidencias directas sobre la migración entre grupos pobres, ello querría decir que estas poblaciones tienen una menor propensión a realizar cambios de residencia y, lo que es más importante, significaría que para los pobres existen menos alternativas de localización. Este hecho, que atañe a la distribución espacial de la población, se relaciona directamente con la segregación socioespacial que afecta a quienes viven en condiciones de pobreza y que, como se sabe, ayuda a definirlos.

Todo esto quiere decir que cuando se introduce esta variable del cambio demográfico (y de movilidad social) habría que considerar los rasgos estructurales de una realidad específica, que condicionan el funcionamiento de los mercados de trabajo, fenómeno que es uno de los determinantes principales de la migración. De este modo, aun cuando las características de la pobreza no aparecen necesariamente asociadas con procesos migratorios, sean éstos de carácter temporal o permanente, internos o internacionales, no pueden despreciarse sus dimensiones espaciales (localización) y el papel que éstas juegan en la reproducción del fenómeno.

#### 4.2. Las estrategias de supervivencia

Las condiciones materiales de existencia permiten suponer que los estratos pobres se ven obligados a desarrollar y ensayar prácticas específicas que los diferencian de otros estratos, dando cuenta

de una lógica de conducta. Dichas prácticas económicas, culturales, sociales y, supuestamente, demográficas, se orientan a garantizar la sobrevivencia de las familias y, en general, se conocen bajo el nombre de "estrategias".

Esta noción ha suscitado numerosas interpretaciones desde su aparición hace ya varios años y no se discute acá la evolución de sus contenidos.<sup>5</sup> Lo que interesa es rescatar algunas ideas que originalmente fueron planteadas y que permiten complementar las anteriores consideraciones, dejando en claro que ellas pueden también ser incluidas dentro de las discusiones sobre población y desarrollo.

El concepto general de "estrategias de supervivencia familiar" guarda relación con una serie de arreglos o prácticas específicas que desarrollan los pobres (o ciertos estratos que se pueden asimilar a la pobreza), dentro de un comportamiento demográfico de elevada fecundidad y mortalidad, destinadas a lograr su reproducción y mantención material. El conjunto de arreglos aludidos estaría relacionado con los arreglos domésticos y de organización familiar, por un lado, y con los arreglos económicos y laborales, por el otro (De los Ríos, 1988).

Por arreglos domésticos se entiende al conjunto de decisiones al interior de un hogar, que inciden en la organización de las familias, sus redes de reciprocidad y solidaridad, las decisiones sobre el papel y el quehacer de los hijos, entre otros aspectos. Se trata de mecanismos que se encaminan a optimizar los recursos disponibles (De los Ríos, 1988). Bajo esta dimensión se incluyen aspectos tales como los procesos de formación de las familias y hogares, y el allegamiento de parientes y no parientes, según las distintas etapas del ciclo de vida familiar.

Los arreglos económicos y laborales se refieren a las decisiones al interior de los hogares expuestos a la situación de pobreza, las cuales inciden en la participación económica de los miembros y en el rol de cada uno para la obtención de los ingresos. En esta dimensión se incluye obviamente la participación de los miembros secundarios (no jefes) en la actividad económica, así como el trabajo infantil y el femenino, la inserción ocupacional y la migración -temporal o permanente- de personas en edades activas (De los Ríos, 1988).

Bajo la fundamentación empírica que en los hogares pobres existe un gran número de hijos y de acuerdo a numerosas evidencias que muestran que el trabajo infantil es un rasgo claramente identificable en muchos de dichos hogares, las ideas contenidas en estos conceptos dejan abierta la pregunta de si acaso los hijos (niños) contribuyen económicamente, aceptando que el trabajo infantil puede ser parte de la estrategia de supervivencia. La respuesta no parece fácil, por varias razones.

---

<sup>5</sup> Entre las principales denominaciones se encuentran las de "estrategias familiares de vida", "estrategias de existencia" y "estrategias de supervivencia o sobrevivencia". Hay que destacar que por su definición, ellas aluden a los sectores pobres y no a la población en su conjunto, como en ocasiones suele interpretarse.

En los hogares pobres los hijos (niños) tendrían una significación económica en la medida que en ellos se percibiría una contribución de acuerdo con las funciones y el sistema de roles de la unidad familiar. Como éstos están condicionados por el contexto social y espacial, la forma en que se insertan las familias en la estructura productiva determinaría la significación económica de los hijos (Guadalupe, 1988).

La contribución estaría dada por el aporte a la mantención del hogar en labores de aseo, adquisición y preparación de alimentos, así como en el desarrollo de actividades productivas, tales como labores de pastoreo o comercialización, situaciones todas en las que se supone que el aporte económico de los hijos -por pequeño que sea- sobrepasa los costos de su mantenimiento y calificación. El aporte económico estará en función de la edad en que comienza la contribución, en que se independizan económicamente y según la productividad de su trabajo. En la medida que las condiciones motiven una más temprana iniciación en la contribución económica de los hijos, como por ejemplo, la tenencia de propiedad familiar o medios de producción, la demanda de trabajo y la legislación, los niños se verán enfrentados a la mayor o menor incompatibilidad entre trabajar y estudiar, mediatizada según la disponibilidad y accesibilidad a los servicios educacionales en un contexto determinado (Guadalupe, 1988).

Las condiciones objetivas de pobreza, unido al hecho de los bajos costos relativos de mantención y calificación, explicarían la presencia del trabajo infantil como práctica dentro de la estrategia de supervivencia, dependiendo de las características de la estructura productiva de un contexto específico. La significación económica de los hijos vendría dada, además, por la contribución futura que ellos representan, a través del soporte económico que pueden brindar a sus padres en la vejez, ante la ausencia de seguridad social para éstos, constituyendo una especie de inversión material.

Las características del contexto con relación a las posibilidades de trabajo intra y extra familiar para la mujer y los niños, entre otros, es un factor clave en la diferenciación que se observaría en los comportamientos descritos al interior de un país. Entre tales características están la estructura productiva y la disponibilidad y accesibilidad a servicios sociales tales como la salud y la educación. Ello es especialmente válido para las áreas rurales retrasadas en contraste con las zonas urbanas más industrializadas.

Los argumentos esgrimidos apuntan a mostrar que, en cualquier caso, el trabajo infantil es una realidad entre los pobres y en ese sentido, por extensión, el hecho de tener un número elevado de hijos ayudaría exitosamente a la supervivencia familiar. Esto significa que existiría una racionalidad económica en cuanto al comportamiento reproductivo expresado en la alta fecundidad. De ser así, las familias más numerosas serían las menos pobres, ya que sobrevivirían en mejores condiciones y, con ello, hasta podrían estar en situación de superar sus carencias.

Sin embargo, se conocen evidencias que apuntan hacia el cuestionamiento del supuesto de la existencia de racionalidad económica. Se sabe, por ejemplo, que los hogares pobres de mayor tamaño suelen ser los más pobres, debido a que la contribución en ingresos de un número elevado de hijos puede

no ser positiva si se consideran los egresos que demanda el mayor número de miembros familiares, esto es, si se incluye el ingreso per cápita de los hogares, como ha señalado y mostrado con algunos ejemplos Argüello (1983). Además, los costos de mantenimiento de un número elevado de hijos pueden ser significativos en comparación con hogares de menor tamaño.

Cuando se consideran otras formas de contribución económica, como el trabajo no remunerado o la significación misma que podrían tener los hijos como soporte para la vejez de los padres, es posible admitir cierta racionalidad, aunque no necesariamente "económica".<sup>6</sup> En este sentido, se podría establecer alguna función de la alta fecundidad, pero siempre en el marco de situaciones de pobreza. Paralelamente, en algunas sociedades indígenas los hijos representan una fuente de "prestigio social", en la medida que la alta fecundidad es valorada por un conjunto de normas socialmente aceptadas y transmitidas entre distintas generaciones, aún a pesar de los fenómenos de aculturación.

De este modo, el trabajo infantil remunerado, como componente de la estrategia de supervivencia en los hogares pobres, se puede presentar como una respuesta típica en contextos de pobreza, pero ello no necesariamente establece una función positiva de la fecundidad. Más bien, la pobreza es la que parece obligar a los niños a abandonar los estudios y desarrollar a cambio actividades económicas que generen ingresos ante la insuficiencia de éstos en el hogar. Si el trabajo infantil no se traduce en una elevación del ingreso per cápita es difícil admitir que tener un elevado número de hijos sea parte también de una estrategia exitosa de supervivencia.

La racionalidad podría presentarse en aspectos no únicamente vinculados con aportes directos al presupuesto familiar, sino también por medio del trabajo no remunerado y a través de motivaciones culturales, como es el caso de la significación económica de apoyo para la vejez de los padres y, especialmente, por el significado social ("prestigio") que alcanzan los hijos en algunas sociedades tradicionales. En todo caso, es probable que existan distintos campos de racionalidad, como por ejemplo, en el trabajo, en la reproducción, en la socialización, y según el contexto socioespacial. Estas racionalidades pueden contradecirse entre sí teniendo efectos perversos en unos campos y quizás hasta pueden resolverse en forma muy compleja y difícil de captar: tales contradicciones permanentes no son sinónimo de irracionalidad. Si las estrategias reproductivas son de largo plazo y obedecen a complejas normas sobre la valoración social de los hijos, el problema metodológico que asoma es el de la escala de tiempo, si se trata de relacionar dichas estrategias con las condiciones de vida en un momento presente.

---

<sup>6</sup> En algunos estudios se ha insinuado que a pesar de la existencia de otras formas de significación económica, los ingresos monetarios con que contribuyen los hijos al presupuesto familiar expresarían en buena parte la magnitud y el sentido de su contribución (Argüello, 1983). Sin embargo, desde el punto de vista de la condición ocupacional, hay que tener presente que el trabajo no remunerado entre los hijos que constituyen fuerza de trabajo, puede tener una importancia no desdeñable. El problema central radicaría en la edad a partir de la cual se suele distinguir la actividad económica de los hijos, así como el contexto en que ésta se desarrolla.

En tanto el trabajo de los niños refleje una contradicción al no contribuir positivamente a la supervivencia familiar, es posible pensar en un mecanismo de reproducción circular de la pobreza: el razonamiento simple sugiere que en la medida que los hijos se vean obligados a trabajar, ello significará sacrificar su educación. Sin un nivel adecuado de instrucción, llegarán a la edad reproductiva, revivirán los patrones de nupcialidad y, probablemente, de fecundidad. Así, la interrogante central es ¿bajo qué condiciones podrían los pobres tener menos hijos, admitiendo la imposibilidad de ascenso social producto de las condiciones de existencia que les asignan los estilos de desarrollo y conociendo los elevados porcentajes de fecundidad no deseada que sistemáticamente declaran las mujeres de los estratos sociales más desfavorecidos?.

\* \* \*

En síntesis, la discusión presentada sugiere cómo y porqué las características de una elevada fecundidad contribuyen a definir y reproducir la pobreza, dejando eso sí de manifiesto, que ésta no desaparece -si es que no crece- ante un descenso de la fecundidad. Aun cuando el trabajo infantil puede ser visto como un arreglo dentro de la estrategia de supervivencia, al menos por algún grado de contribución económica de los hijos, puede constituirse en un mecanismo que agrava las situaciones de pobreza, al reproducir una parte de las condiciones que llevaron a los padres a esa misma situación. De esta manera, un arreglo obligado para ayudar a la sobrevivencia puede tener efectos sólo parciales y, en el largo plazo, contribuye a reproducir o, al menos, no alterar, las causas inmediatas de la pobreza: la imposibilidad de ciertos sectores de acceder al mercado laboral en condiciones que permitan una adecuada remuneración.

##### 5. Posibles líneas de investigación

En las secciones anteriores se ha discutido y expuesto un conjunto de antecedentes tanto teóricos como empíricos sobre la relación entre pobreza y características sociodemográficas, con énfasis en la fecundidad. Desde luego, los alcances presentados llevan implícitas diversas hipótesis globales que podrían debatirse y reformularse. Algunas de ellas ya han comenzado a ser sometidas a contrastación en investigaciones concretas.

En un nivel general, es indiscutible que el comportamiento demográfico de una población es heterogéneo según la pertenencia a determinados estratos sociales y la localización en contextos al interior de un país. De ello se infiere que las magnitudes relativas y absolutas de tales diferencias en los componentes y en el crecimiento demográfico pueden ser variables también según la transición demográfica y el nivel de desarrollo relativo de cada país. Por esta razón es importante determinar estas diferencias y sus consecuencias demográficas, para distinguir más adecuadamente poblaciones objetivo de políticas sociales.

De los antecedentes presentados, se debe reconocer que el comportamiento demográfico de los sectores pobres, expresado en un crecimiento relativo más elevado que el resto de la población, agrava situaciones de pobreza de los hogares o grupos familiares. El mayor crecimiento puede apreciarse a través

de la juvenil estructura por edad de los estratos en cuestión con sus consecuencias sobre la demanda de salud materno-infantil, educación y empleo, entre otros. Esto mostraría una de las facetas de la compleja relación entre población y desarrollo, justificando de paso, la necesidad de desagregar el análisis de las consecuencias sociales de las tendencias demográficas generales en un país. Aun cuando los estratos pobres constituyan menos de la mitad de una población nacional, su mayor fecundidad se traduce inevitablemente en una sobrerrepresentación de los niños y jóvenes en esa situación. Es decir, la conclusión que surge es que la reposición de los miembros de una sociedad -con el costo económico incluido- puede recaer en los hogares pobres o próximos a la pobreza incluso en países donde la incidencia de ésta es menor.<sup>7</sup>

¿Qué implicancias demográficas pueden traer estas cuestiones?, ¿cuál puede ser la contribución del crecimiento natural al crecimiento del número absoluto de pobres?, ¿qué número de personas deberían ser objeto de políticas específicas para reducir el porcentaje de pobres, teniendo en cuenta el aumento anual por la propia dinámica demográfica?, ¿qué diferencias habrían entre países con distinta incidencia de pobreza?. La evolución de los contingentes en situación de pobreza en un contexto determinado, cuantificados en dos momentos diferentes por similares indicadores, no obedecería al crecimiento demográfico por sí sólo. En dicha evolución influye la movilidad social ascendente o descendente de la población, hechos que probarían la existencia de causas estructurales de la pobreza.

Parte de estas inquietudes han sido recogidas en algunos estudios. Estos han formado parte de un programa de actividades desarrollado por el CELADE y cuyos resultados se presentan en otros capítulos de este libro, así como han sido incluidos en diversas publicaciones (CEPAL-CELADE-UNFPA, 1993; CELADE, 1991, por ejemplo). Todos ellos han reportado antecedentes que permiten afirmar que en épocas recesivas se han producido descensos en la fecundidad de los hogares pobres y en el crecimiento natural de su población, a la par con aumentos en la magnitud de la pobreza. Hay evidencias, también, que muestran que en países con un elevado porcentaje de pobres, el crecimiento de estos ha obedecido fundamentalmente al crecimiento demográfico. Con ciertos supuestos, algunos de los estudios realizados en el CELADE, sobre la base de información de encuestas de hogares manejada por la CEPAL, indican que en Guatemala la magnitud de la pobreza creció casi exclusivamente por el crecimiento demográfico natural de los sectores pobres durante la década del 80: ello se debió a que en este país el porcentaje de pobres supera el 70%. No sucedió lo mismo en Costa Rica, ya que en este país una cuarta parte de la población se encontraba en situación de pobreza a comienzos de los 80, creciendo levemente esta proporción hacia fines de esa década, pero ello se debió fundamentalmente a la movilidad social regresiva (CELADE, 1991).

Por otra parte, un problema al parecer creciente y menos documentado es el hecho que en conjunto con el descenso de la fecundidad, los nacimientos originados en madres adolescentes pobres (muy probablemente en grado importante no deseados y nacidos en condición de ilegitimidad

---

<sup>7</sup> Un estudio realizado en Montevideo en 1984 contabilizó a un 20% de los hogares bajo la línea de pobreza, pero éstos concentraban más del 40% de los niños del país (CEPAL, 1988).

desprotegida), de baja escolaridad y obligada participación laboral, están planteando la necesidad de una mayor educación en conjunto con una efectiva información y acceso a medios eficaces de regulación de la fecundidad. Este campo de estudio es un desafío para el presente y el futuro inmediato, y aparece así por cuanto representa -junto al complejo fenómeno del trabajo de los niños- uno de los mecanismos principales de la transmisión intergeneracional de la pobreza.

## Bibliografía

- APROFA (Asociación Chilena de Protección de la Familia) (1991), Boletín, Santiago, año XXVII, N° 1-12.
- Argüello, O. (1983), "Pobreza y fecundidad en Costa Rica", en Notas de Población, año XI, N° 32, agosto, pp: 9-54.
- (1980), Pobreza y desarrollo. Características socio-demográficas de las familias pobres en Venezuela, CELADE, Santiago, Chile, serie A, N° 167.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1991), Población y transformación productiva con equidad, CELADE, Santiago, Chile, (inédito).
- (1990), América Latina: proyecciones de población, 1950-2025, Santiago, Chile, Boletín Demográfico, año XXIII, N° 45.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1992), El perfil de la pobreza en América Latina a comienzos de los años 90, Santiago, Chile, LC/L.716(Conf.82/6).
- (1991), La suerte de las madres adolescentes y sus hijos: un estudio de casos sobre la transmisión de pobreza en Santiago de Chile, Santiago, Chile, LC/R.1038.
- (1988), La reproducción biológica y social de los hogares de Montevideo, Montevideo, LC/G.1526.
- CEPAL-CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe-Centro Latinoamericano de Demografía) (1993), Población, equidad y transformación productiva, CEPAL-CELADE, Santiago, Chile, LC/G.1758(CONF.83/3) LC/DEM/G.131.
- De Carvalho, J. y L. Rodríguez (1990), La transición de la fecundidad en el Brasil. Causas y consecuencias, IUSSP, Seminar on Fertility Transition in Latin America, Buenos Aires.
- De los Ríos, R. (1988), Pobreza, necesidades básicas y estrategias de sobrevivencia familiar. El caso de la Región Central de Planificación, Costa Rica, 1984, CEPAL-CELADE, San José, Programa de Maestría en Población y Desarrollo.
- FNUAP (Fondo de Población de las Naciones Unidas) (1991), Estado de la población mundial 1991, Nueva York.
- Guadalupe, S. (1988), Desarrollo económico social y comportamiento reproductivo en el Perú, CONCYTEC, Lima.
- Martínez, J. (1992), Interrelaciones entre pobreza y dinámica demográfica, CELADE, Santiago, Chile, LC/DEM/R.173, serie A-268.
- Naciones Unidas (1978), Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas, Depto. Asuntos Económicos y Sociales, Nueva York, Estudios sobre Población, N° 50, volumen I.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (1990), Desarrollo sin pobreza, Bogotá, PNUD, Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe, Quito.
- PREALC (Programa Mundial del Empleo) (1989), Interrelaciones entre población y desarrollo. Bases para políticas de población en el istmo centroamericano, OIT-PREALC, Santiago, Chile, Docs. de Trabajo, N° 339.

- Rodríguez, J.; J. Martínez y J. Chackiel (1990), "Características demográficas". En UFRO-INE-FII-PAESMI-CELADE (Universidad de la Frontera-Instituto Nacional de Estadísticas-Fundación Instituto Indígena-Programa de Apoyo en Salud Materno Infantil-Centro Latinoamericano de Demografía) (eds.), Censo de reducciones indígenas seleccionadas: análisis sociodemográfico. IX Región - Chile, INE, Santiago, Chile, pp: 9-76.
- Rosenhouse, S. (1991), Políticas y programas de población ante la diversidad étnica: ¿diferencias culturales o insensibilidad programática?, INAP-PROLAP, Conferencia Centroamericana del Caribe y México sobre Políticas de Población, Antigua, Guatemala.
- Tabah, L. (1989), "De una transición demográfica a otra", en Boletín de Población de las Naciones Unidas, N° 28, pp: 1-26.

## IV. DINAMICA DEMOGRAFICA DE LA POBREZA EN HONDURAS\*

### Introducción

En este capítulo se presenta un diagnóstico sociodemográfico de la población de Honduras en 1990, de acuerdo con una estratificación de pobres y no pobres según el criterio de necesidades básicas, empleando los datos de la Encuesta Permanente de Hogares de Propósitos Múltiples de 1990. En seguida, de manera ilustrativa, a partir de esta información y según ciertos supuestos demográficos, se realiza un intento por conocer el aporte demográfico a la evolución de la población pobre, para lo cual se elabora un ejercicio de proyección de población pobre y no pobre. Se busca con ello mostrar la magnitud de la movilidad social que se necesitaría bajo diferentes hipótesis de reducción del porcentaje esperado de pobreza entre 1990 y 2010 a nivel nacional.

Como se sabe, dos son las aproximaciones principales con que se ha abordado la cuantificación de la pobreza. De un lado, el criterio de ingresos, con relación al valor de una canasta básica de alimentos (línea de pobreza), y de otro, los indicadores que aluden a la satisfacción de las necesidades definidas culturalmente como básicas (NB).

El primer tipo de medición muestra que en la década de 1980 varios países vieron aumentar su porcentaje de personas bajo la línea de pobreza, al punto que la CEPAL estimó que a mediados de dicho decenio un 43% de la población de la región se situaba en esa condición, abarcando a unos 170 millones de personas (CEPAL, 1990), mientras que en 1990 se estimó que el porcentaje se había elevado a 46%, comprendiendo a unos 196 millones de personas (CEPAL, 1992). Es posible que en algunos países las cifras varíen (disminuyan) en el corto plazo, por cuanto se basan en indicadores sensibles a coyunturas recesivas, lo que se traduce en fluctuaciones económicas que afectan tanto el costo de la canasta mínima

---

\* Una versión preliminar puede encontrarse en *Honduras: diagnóstico sociodemográfico y proyecciones de la población pobre y no pobre según distintas metas. 1990-2010*, CELADE, Santiago, Chile, LC/DEM/R.173, serie A-268, 1992.

Este documento está basado en el trabajo de Jenny Gabrie, *Honduras: características socio demográficas y económicas de la población según grado de pobreza. 1990*, CELADE-FNUAP, Programa Global de Formación en Población y Desarrollo, Santiago, Chile, 1991.

como el ingreso mismo (PREALC, 1989), aun cuando se reconoce que la reversión de la tendencia ascendente de la incidencia de la pobreza está siendo más lenta de lo esperado (CEPAL, 1992).

Por su parte, el indicador de las necesidades básicas insatisfechas, elaborado a partir de un cierto número de variables, refleja más directamente una situación de carácter estructural, cuya evolución está menos afectada por variaciones en el corto plazo. Esto significa que la magnitud de pobreza que suele arrojar no necesariamente coincide con la del criterio anterior. De allí que dicho criterio puede contribuir mejor a la construcción de probables escenarios futuros basados tanto en la evolución de las variables en cuestión como en metas deseables desde el punto de vista de la equidad social. Esta es una de las razones por la que tal criterio se ha adoptado en este estudio para estratificar a la población en pobres y no pobres.

Cabe destacar que cualquiera sea el indicador que se considere, la dinámica demográfica de los sectores pobres de una sociedad constituye, por supuesto, un insumo importante en la evolución de la magnitud de la población pobre, debido a su generalmente alta fecundidad. Sin embargo, ello no entrega argumentos como para afirmar que estos sectores crecen solamente a costa de su dinámica demográfica; sus volúmenes relativos y absolutos pueden disminuir, mantenerse o bien aumentar muy poco en el largo plazo, no obstante sus elevadas tasas de crecimiento natural. En otras palabras, si la población pobre se reprodujera únicamente por vía de su crecimiento demográfico vegetativo, en los países de la región se habría experimentado un aumento del porcentaje de pobres a lo largo de su historia. Como ello no parece haber sido así, se puede entonces admitir que habitualmente existe una movilidad social al interior de la población, movilidad que en los países donde el porcentaje de personas en situación de pobreza es muy elevado, es necesariamente positiva en el largo plazo.

Una primera parte del capítulo está dedicada a describir la situación de la población de Honduras, pasando revista a la evolución de los componentes demográficos (fecundidad, mortalidad y migración internacional), las tendencias del aumento de la población y las perspectivas hasta fines de siglo. Paralelamente, se hace una breve mención a las repercusiones sociales y económicas que involucran estos aspectos a nivel nacional.

En la segunda parte se presenta la forma de determinación y la magnitud de la población pobre y no pobre en 1990, a partir del criterio de necesidades básicas. Luego se expone un diagnóstico sociodemográfico basado en la estratificación entre pobres y no pobres, con especial énfasis en los primeros.

En la tercera parte se realiza un ejercicio de proyección de la población pobre (y no pobre) de Honduras a nivel nacional, de acuerdo con criterios de movilidad social positiva que se necesitaría en el futuro para reducir la magnitud relativa de la pobreza, según un comportamiento demográfico supuesto para cada estrato.

## 1. Situación y tendencias demográficas de Honduras hacia fines de siglo

Honduras cuenta en la actualidad con cerca de 5 millones de habitantes, ocupando el tercer lugar en cuanto al tamaño demográfico en Centroamérica. Las proyecciones demográficas vigentes indican que la población alcanzará un total de 6.5 millones para el año 2000.

El crecimiento natural de la población hondureña es elevado en el contexto regional, debido a la alta tasa de natalidad y a la baja tasa de mortalidad. Este crecimiento registró una tendencia al aumento hasta mediados de la década de los 60 y se mantuvo en los niveles alcanzados (34 por mil) hasta principios de los 80, disminuyendo muy ligeramente en la actualidad. La tasa de natalidad ha descendido apenas desde 53 a poco menos de 40 por mil entre 1950 y 1990. La tasa de mortalidad, en cambio, disminuyó en forma notoria en ese período, pasando desde 23 por mil a sólo 6 por mil (cuadro 1). El descenso de la tasa de mortalidad ha sido una consecuencia de los avances ocurridos en materia de reducción de la mortalidad, pero se ha favorecido por la juvenil estructura por edades que caracteriza a la población hondureña. Para el año 2000 se proyecta que el incremento natural descienda, pero seguirá en un nivel moderadamente alto (aunque menor de 30 por mil), debido a una natalidad que probablemente se situará por sobre 30 por mil.<sup>1</sup>

Por otra parte, la migración internacional adquirió importante gravitación sobre el ritmo de incremento demográfico entre 1965 y 1975, cuyo signo negativo, que se ha mantenido, alcanzó a más de 3 por mil anual. En ese período el ritmo de incremento anual de la población hondureña registró una regresión en su tendencia ascendente. Para el fin de siglo, se proyecta que los saldos migratorios serán negativos, aunque su incidencia relativa será cada vez menor, con lo que se tenderá a una asimilación entre el ritmo de crecimiento natural y el correspondiente al total de la población.

Con respecto a la fecundidad, hasta hace pocos años, la población de Honduras registraba un nivel superior a los 6 hijos en promedio por mujer, situándose entre los más elevados de América Latina. Sólo a partir de los años 70 comienza a visualizarse una transición de la fecundidad hacia valores menores, aunque este proceso se ha dado en forma lenta. La tasa global de fecundidad estimada en la actualidad es de casi 5 hijos y se proyecta, de acuerdo a las tendencias pasadas, que sea algo mayor que 4 hijos hacia fines de siglo (cuadro 1). La lentitud con que parecen estar ocurriendo estos cambios en la fecundidad hondureña representa un comportamiento no muy frecuente en el contexto de los países de Latinoamérica. De todos modos, existen antecedentes para afirmar que las mujeres hondureñas tienen una fecundidad deseada menor que la real y, por otra parte, que algunos grupos comenzaron a disminuir su fecundidad mucho antes de la década de 1970, y son quienes han alcanzado niveles bastante más bajos que el promedio nacional.

---

<sup>1</sup> Cabe destacar que las proyecciones difieren levemente de las que fueron empleadas en la elaboración de esta investigación, por el hecho de haberse considerado nuevos antecedentes sobre la fecundidad y la mortalidad.

Como suele reconocerse empíricamente, la elevada fecundidad en Honduras está directamente ligada con las condiciones de fuerte incidencia de pobreza y de predominio rural. En este contexto, existe una temprana edad de entrada de las mujeres a las uniones, así como una elevada proporción de mujeres unidas y un bajo nivel relativo de uso de métodos anticonceptivos modernos. El exiguo grado de soltería de las mujeres de este país se verifica incluso entre las mujeres más jóvenes (García y Gomáriz, 1989). Los niveles de uso de anticonceptivos entre las mujeres unidas, aunque han aumentado, se mantienen en alrededor del 40%, tratándose principalmente de métodos modernos (Guzmán, 1992).

Por su parte, no obstante que la tasa de mortalidad es baja (frecuencia relativa de muertes), el nivel de mortalidad en Honduras es todavía relativamente elevado, si se considera la esperanza de vida al nacer y, en especial, la mortalidad infantil. La esperanza de vida al nacer promedio para ambos sexos aún no alcanza a los 70 años y ello ocurriría sólo a fin de siglo. En la actualidad, ésta se acerca a los 68 años, valor que hace 20 años habrían alcanzado o estaban por alcanzar varios países latinoamericanos y algunos de la propia región centroamericana. La reducción de la mortalidad ha sido, de todos modos, significativa, si se tiene en cuenta que entre 1950-1955 la esperanza de vida al nacer era de 42 años en promedio y 30 años más tarde era de 62 años (cuadro 1).

Con respecto a la mortalidad infantil, se estima que en la actualidad estaría por debajo de 45 por mil y se proyecta que, de acuerdo con las tendencias estudiadas, continúe decreciendo hasta llegar a 35 por mil o menos a finales de siglo (cuadro 1). Este indicador ha descendido notoriamente, pero su nivel está bastante por encima del de otros países de América Latina. El punto que interesa destacar es que aún persisten defunciones que podrían ser técnicamente fáciles de evitar, si se superasen efectivamente las adversas condiciones ambientales y nutricionales que afectan a la mayoría de la población. Por supuesto, existen grupos que exhiben tasas de mortalidad infantil mucho más bajas que el promedio nacional.

A partir de estos indicadores, es posible señalar que la población de Honduras se encuentra en una etapa moderada de su transición demográfica. Los altos niveles de fecundidad y la moderada mortalidad han conducido a la configuración de una estructura por edad juvenil que se supone persistirá a fines de siglo, donde la población menor de 20 años seguirá representando más del 50% del total. Sin embargo, por su propia gravitación relativa y por las tendencias de la fecundidad, la población entre 20-59 años aportará la mitad del crecimiento total en el actual decenio. En estas tendencias se puede apreciar que las repercusiones sociales y económicas más importantes desde el punto de vista de la dinámica de la población para los próximos años estarán compartidas entre los requerimientos que involucran ambos grupos etarios.

Para tener una idea, las necesidades derivadas de la evolución demográfica de los menores de 20 años se traducirán visiblemente en la salud y la educación. En el sector salud, el aumento previsto en el número de nacimientos anuales generará una demanda creciente de atención materno-infantil, aun cuando la expansión irá en disminución, haciendo menos dificultosa la ampliación de la cobertura de la atención profesional del parto. La expansión demográfica de los niños también incidirá en la inversión en

educación, teniendo presente que la población en edad escolar crecerá de manera diferenciada según niveles, en donde el nivel secundario y universitario registrará una fuerte expansión de la población objetivo. Estos requerimientos son los típicos de poblaciones jóvenes que han iniciado la transición demográfica recientemente.

Por otro lado, el efecto conjunto de la expansión de la población en edad de trabajar y de la población económicamente activa de ambos sexos, implicará grandes requerimientos de nuevos empleos, en el contexto de altos índices de desempleo y subempleo. De allí que la dinámica demográfica intensificará la magnitud de las necesidades laborales.

Por lo anterior, parece ser evidente que el acelerado crecimiento de la población hondureña impone desafíos adicionales a los que se detectan en cuanto al desarrollo socioeconómico del país. Sin embargo, también es obvio que estas consecuencias están visualizadas desde una perspectiva altamente agregada, ya que los requerimientos son siempre diferentes según estratos sociales o zonas geográficas, entre otros aspectos. Es en este contexto que cobra vigor el estudio de la dinámica demográfica de los sectores pobres.

## 2. Diagnóstico sociodemográfico de la pobreza según necesidades básicas insatisfechas en 1990

### 2.1. Magnitud de la pobreza según necesidades básicas insatisfechas en Honduras

Las estimaciones de pobreza según el criterio de ingresos, sobre la base de datos de encuestas de hogares, muestran que alrededor del 70% de los hogares hondureños se encontraba bajo la línea de pobreza en la segunda mitad de la década del 80 (Diez de Medina, 1990). Por otra parte, PREALC (1989) estimó un 87% de los hogares y un 90% de personas en esta situación en las áreas urbanas.

De acuerdo con la información de la Encuesta Permanente de Hogares de Propósitos Múltiples de 1990, la población hondureña en estado de pobreza alcanza a cerca de 4 millones de personas, un 78% del total del país -porcentaje idéntico al que se obtuvo para 1988 según los datos del Censo Nacional de Población (referido a hogares; Zelaya, 1993b). En las áreas urbanas la cifra es de 64%, en tanto que en las áreas rurales ella es de un 87%. Estas proporciones corresponden a las personas que carecen de algún servicio esencial o viven en condiciones de hacinamiento, es decir, en situación de necesidades básicas insatisfechas (NBI) (cuadro 2).<sup>2</sup> Cabe destacar que según esta encuesta, un 60% de la población reside en áreas rurales.

Las cifras anteriores fueron obtenidas por Gabrie (1991) a partir del procesamiento de la información contenida en la encuesta citada. Su estudio, que es el insumo básico de este trabajo, se basó

---

<sup>2</sup> En adelante serán denominados como "pobres".

en la construcción del indicador de NBI para cada área en particular. Como se indica en el cuadro 2, en las áreas urbanas, los criterios tomados fueron los siguientes: hacinamiento (4 o más personas por dormitorio); acceso a agua potable (si éste proviene de un pozo malacate, río, manantial u otra fuente); eliminación de excretas (si se trata de letrina o no existe forma de eliminación); luz eléctrica (ausencia de ésta) y piso de tierra en la vivienda. En las áreas rurales se tomaron los mismos indicadores de hacinamiento, pero no se incluyó la inexistencia de luz eléctrica ni la existencia de piso de tierra en la vivienda. Además, en estas áreas, el acceso a agua potable no incluyó al pozo malacate y la eliminación de excretas sólo consideró la inexistencia de alguna forma de eliminación.

De los indicadores mencionados, los de mayor peso son el hacinamiento (65% de la población nacional vive en esta condición) y la inexistencia de servicio sanitario (48% de la población del país), indicadores que son más elevados en las zonas rurales, en las cuales también destaca el alto porcentaje de población sin acceso a agua potable (31%; cuadro 2). Tomados en su conjunto, el criterio de NBI es la presencia de al menos una de las condiciones señaladas, situación que abarcaría a cerca de 4 millones de personas en 1990.

## 2.2. Características sociodemográficas de pobres y no pobres

Los cuadros 3 y 4 contienen la información que resume las características sociodemográficas de los estratos pobres y no pobres en 1990 según NB en Honduras. Como puede apreciarse, el perfil de la pobreza, al igual que en varios otros países que se han estudiado, guarda una estrecha relación entre los comportamientos demográficos de alta fecundidad, sobremortalidad, elevado crecimiento natural, población joven, alta dependencia demográfica y mayor tamaño de los hogares, por un lado, con características socioeconómicas como el muy bajo nivel educacional, la menor participación económica de sus miembros y la estructura ocupacional en donde una mayoría de la fuerza de trabajo es no asalariada. Estas características tienen un peso muy importante en los promedios observados a nivel nacional.

En orden a que la encuesta empleada no contiene datos sobre las variables demográficas, los niveles de fecundidad y mortalidad de pobres y no pobres fueron estimados sobre la base de información correspondiente a estratos socio-ocupacionales. Esta estratificación fue realizada a partir del análisis de la información de la Encuesta Demográfica Nacional de Honduras de 1983 (EDENH II; DGEC-CELADE, 1986 y 1988). El procedimiento consideró la asignación de los valores de fecundidad y mortalidad infantil del estrato medio-alto al estrato no pobre, mientras que los restantes estratos socio-ocupacionales se asignaron -ponderados- al estrato pobre (bajo agrícola asalariado y no asalariado, y bajo no agrícola). Cabe destacar que la distribución porcentual de los estratos socio-ocupacionales, agrupados originalmente en la forma señalada, es muy cercana a la de los estratos de pobreza construidos para 1990. La asignación misma se realizó manteniendo hacia este año los diferenciales detectados en 1983 con respecto al promedio nacional incluido en la proyección nacional (ver también cuadro 3).

En el cuadro 3 se observa que el crecimiento demográfico (natural) de los pobres es bastante elevado, ya que supera el 30 por mil anual (frente a 23 por mil en los no pobres), principalmente debido a la tasa de natalidad, del orden de 40 por mil (frente a 28 por mil en los no pobres), la cual a su vez se debe a la también elevada fecundidad, que se supone de 6 hijos (frente a algo más de 3 entre los no pobres). Estos niveles tienen su correspondencia en cuanto a la mortalidad, ya que la esperanza de vida al nacer entre los pobres es casi 10 años más baja que las de los no pobres (65 contra 74 años, respectivamente).

Resaltan como aspectos llamativos la sobrerrepresentación de los porcentajes de nacimientos y defunciones que ocurren entre los pobres. Ellos alcanzan a más del 80% del total nacional, en circunstancias que la población del estrato pobre alcanza al 78%. No obstante tener una tasa de mortalidad mucho más alta que la de los no pobres, el ritmo de crecimiento natural de los pobres en Honduras es bastante mayor, lo que se explica por su más alta fecundidad. Aun cuando estas cifras son sólo órdenes de magnitud, es evidente que no están lejos de la realidad, por cuanto la estructura por edad refleja nítidamente la presencia de una acelerada dinámica demográfica natural entre los pobres. Los contrastes en la estructura por edad de ambos grupos son marcados (gráficos 1 y 2), ya que alrededor del 60% de los pobres son jóvenes menores de 20 años, mientras que estos grupos de edad representan algo más de un 45% entre la población no pobre. Si se considera la relación de dependencia de los menores de 15 años junto con los mayores de 64 años sobre la población de 15-64 años, se observa una carga demográfica bastante mayor entre los pobres (102 frente a 62 por cien entre los no pobres). La expresión final de estas situaciones es que los hogares pobres tienen en promedio casi 6 personas, cifra que contrasta con la de los no pobres, que es sólo algo superior a 4 personas.

La investigación de Gabrie (1991) encontró también que el tamaño de los hogares pobres es mayor en las áreas rurales de Honduras, donde alcanza a 6 personas en promedio. En las áreas urbanas el tamaño promedio de los hogares pobres es de 5.7 personas. Los hogares no pobres, donde indudablemente existe una menor fecundidad, presentan un promedio de 4.2 personas en las áreas rurales y 4.5 en las zonas urbanas. En las dos áreas y en ambos estratos el tipo de familia más representada, con más de la mitad del total, es la familia nuclear completa, que corresponde a aquella formada por los dos cónyuges y los hijos. La familia extendida, que le sigue en importancia relativa, tiene un peso algo mayor entre los hogares pobres, particularmente en las zonas urbanas, donde representa al 23% del total (esta familia corresponde a la definición de familia nuclear más algún pariente). Finalmente, dentro de estos aspectos ligados a la composición familiar, la encuesta de 1990 mostró que la jefatura femenina reconocida en los hogares hondureños es de poca importancia relativa, tanto entre los pobres como entre los no pobres. La mayor gravitación se encontraría entre las familias nucleares incompletas (en donde se presenta la ausencia de algún cónyuge), en las cuales hay cerca de un 90% de los hogares donde se reconoce a una mujer ejerciendo su jefatura; en todo caso, las familias nucleares incompletas son el 12% del total nacional, lo que las sitúa en el tercer lugar entre los distintos tipos de familias identificadas.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Es obvio que en estas familias la ausencia del cónyuge masculino o, en general, de un hombre en edad activa, obliga a la mujer a asumir la jefatura de hogar.

La información de la encuesta de 1990 ha permitido comprobar que el nivel educativo de la población hondureña es bajo, ya que casi la mitad de la población de 15 y más años tiene menos de 4 años de estudio aprobados, es decir, corresponde a lo que se denomina como analfabetos funcionales. Obviamente, entre los pobres este perfil se acentúa, ya que el 56% de la población analizada cae en esta categoría, situación que contrasta con la de los no pobres, entre quienes el porcentaje alcanza al 25% (cuadro 4). Debe consignarse que en las áreas rurales, la situación se agudiza para el conjunto de la población: en estas áreas el 63% de las personas son analfabetos funcionales, contra casi un 30% en las zonas urbanas. De este modo, la población pobre rural que puede agruparse en esta categoría llega al 65%, en tanto que en la población no pobre el porcentaje alcanza a casi el 50%, superior incluso al de los pobres urbanos.

Múltiples estudios han demostrado la existencia de una fuerte asociación inversa entre el nivel educativo de una población y los niveles de fecundidad y mortalidad. Aparentemente, Honduras no escapa a esta realidad, en especial en el caso de los estratos pobres. La situación desmedrada de éstos en el plano educacional formal probablemente es uno de los condicionantes más fuertes de su comportamiento demográfico. Una consecuencia de estos hechos y que a su vez refuerza las condiciones de pobreza es la desfavorable inserción ocupacional de los grupos pobres, a través de los bajos ingresos que generan las actividades que desarrollan y la menor participación económica que suelen declarar.

En el cuadro 4 se presentan las características ocupacionales, referidas a la población de 10 y más años de edad. Se aprecia que entre los pobres los trabajadores por cuenta propia y los trabajadores familiares no remunerados son más de la mitad de los activos, situación que en los no pobres ocurre con los asalariados. Por otro lado, los pobres se emplean fundamentalmente en la agricultura y, en menor proporción, en la industria y en el comercio; esta situación contrasta con la de los no pobres, entre quienes los servicios y el comercio son los sectores principales.

Como se aprecia además, la participación en la actividad económica declarada entre los pobres es más baja que la de los no pobres (31 frente a 38% de la población total, respectivamente), hecho que se mantiene, si bien en menor grado, al controlar el efecto de la estructura por edad, es decir, considerando la representación de los activos sobre la población en edad de trabajar (48% en los pobres frente a 50% en los no pobres). En este punto es llamativo que en las áreas urbanas la participación económica de los pobres supera levemente a la de los no pobres (con porcentajes cercanos a 50%); en zonas rurales la participación es mayor entre los no pobres (con porcentajes similares a los observados a nivel nacional). Por último, cabe destacar que la participación laboral femenina es más baja entre las mujeres pobres, debido fundamentalmente a la situación en las zonas rurales, donde un 17% de las mujeres en edad de trabajar declaró desarrollar una actividad económica, porcentaje que, en todo caso, se duplica en las áreas urbanas.

Es importante hacer una observación sobre la participación laboral femenina. Como se sabe, debido a diversos factores, la forma tradicional en que se investiga la condición de actividad subestima la participación económica de las mujeres, sobre todo en las áreas rurales de muchos países. Estudios

específicos han mostrado que en Honduras una gran cantidad de mujeres que se declaran inactivas de acuerdo a la pregunta habitual (contestando que durante la semana anterior se han dedicado a quehaceres del hogar), ejecutan labores que reportan ingresos, tratándose de trabajos ocasionales o estacionales, desarrollados tanto fuera como dentro del hogar y realizados en un período más alejado. La Encuesta EDENH II de 1983, mediante la inclusión de un módulo especial para captar estos hechos, permitió establecer que la participación laboral femenina en las áreas rurales se triplicó respecto a la que se midió con la aproximación tradicional, elevándose también en las zonas urbanas (Cano, 1985). Algo muy similar se detectó al utilizar un módulo sobre mujer y empleo en una encuesta de fuerza de trabajo de 1990 (Zelaya, 1993a). Por esta razón, es muy posible que la fracción señalada de mujeres pobres de las zonas rurales que aparecen como activas no represente la realidad y sea bastante mayor. Muchas mujeres efectivamente desarrollan trabajos a lo largo del año, ya sea en cultivos del café, tabaco, algodón, como asalariadas agrícolas o bien como mano de obra familiar, aun cuando obtienen bajos ingresos y deben compatibilizar sus inestables labores con sus roles domésticos (Zelaya, 1993a).

Con relación a este último aspecto, existen algunas evidencias al analizar la importancia relativa de lo que puede definirse como el sector informal.<sup>4</sup> En Honduras su gravitación es de gran magnitud, en especial entre la población pobre. En el cuadro 4 se observa que del total de la fuerza de trabajo en situación de pobreza, un 77% desarrolla sus labores en este sector, aunque entre los no pobres la cifra es significativa, ya que es algo mayor de 50%. Gabrie (1991) mostró que en las áreas rurales el porcentaje se eleva a 85% en los pobres, aunque en estas zonas la población del estrato no pobre que trabaja en el sector aludido alcanza casi al 75% de la fuerza de trabajo respectiva, cifra superior al porcentaje de los pobres urbanos en dicho sector, que es de alrededor del 60%. De cualquier forma, a nivel nacional existe una cierta asociación entre la condición de pobreza y la desventajosa inserción en el mercado de trabajo, aun cuando el hecho de desarrollar una actividad en el sector formal no garantiza que ciertos grupos estén fuera de la pobreza. En este sentido, ello se corrobora en un estudio de Zelaya (1993b), que utilizando la metodología de las líneas de pobreza y a partir de otras fuentes de información, mostró que en 1991, alrededor del 70% de quienes estaban ocupados en actividades del sector formal, caían bajo la línea de pobreza.

De todos estos antecedentes surgen al menos dos cuestiones de gran relevancia. En primer lugar, está el hecho que la reproducción de la población hondureña está definida en buena medida por el comportamiento de los estratos pobres o en situación de NBI, reproducción que ocurre con un alto costo en defunciones. Las principales consecuencias demográficas son la fuerte gravitación de la población menor de 20 años; si dentro de los pobres son casi el 60%, en el país son sólo algo menos. El hecho más sensible es que el 46% de la población hondureña son jóvenes menores de 20 años de edad que se encuentran en condición de pobreza. Estos jóvenes nacen y se socializan en un medio en que coexisten

---

<sup>4</sup> Corresponde a la definición de PREALC que incluye los siguientes grupos: trabajadores por cuenta propia no profesionales ni gerentes ni directivos; patrón o empleador con menos de 10 empleados; trabajadores familiares no remunerados; asalariados privados de establecimientos con menos de 10 empleados.

los mencionados rasgos que prevalecen en los hogares: entre ellos, el alto grado de analfabetismo, la inserción económica en actividades de baja o muy baja productividad, que proporcionan unos bajos ingresos -no sólo si corresponden al llamado sector informal-, los elevados índices de hacinamiento y la sobremortalidad. Estas características configuran elementos sustantivos de un cuadro general de carencias y privaciones que muy posiblemente favorecen la reproducción de la pobreza.

### 3. Proyecciones de población según grado de pobreza: movilidad necesaria para alcanzar metas de reducción del porcentaje de pobres

La información que aquí se describe y que aparece resumida en los cuadros 5, 6 y 7, como se ha advertido al principio, tiene un carácter hipotético y se basa en probables supuestos de reducción del porcentaje de pobres hacia el año 2010, en términos de metas que se podrían manejar en Honduras, así como igualmente se fundamenta en supuestos de evolución de los componentes demográficos de cada estrato. El año inicial es 1990 y las cifras serán siempre referidas al total nacional.

#### 3.1. Fundamentación de las metas de reducción del porcentaje de pobres al 2010

Partiendo del diagnóstico antes presentado y teniendo en cuenta que la inexistencia de servicio sanitario es uno de los factores que explica en parte importante la situación de NBI en Honduras (y sobre el que se cuenta con información en el pasado), se proponen tres hipótesis de reducción del porcentaje de pobres, las cuales llevan implícita una determinada movilidad social. Una cuarta hipótesis busca dar cuenta de los resultados a que podría llegarse de no registrarse movilidad social positiva (la que se define como el acceso de población del estrato pobre al no pobre), ni un empobrecimiento mayor que el ya existente (acceso de población no pobre al estrato pobre).

La proposición de las tres metas es en alguna medida arbitraria, pero tiene su fundamento en la evolución observada de uno de los principales componentes del indicador de NBI, el porcentaje de población carente de algún sistema de eliminación de excretas. En rigor, se cuenta con la información respectiva, que muestra que el porcentaje de población nacional carente de sistema de eliminación de excretas ha disminuido en cerca de 40% entre 1974 (Censo Nacional) y 1990 (pasando desde 79 a 48%). De allí que se puede suponer que el porcentaje de pobres se reduciría en similar intensidad, desde 78 a 50% entre 1990 y 2010. Esta sería una de las metas, y aun cuando el supuesto no es del todo robusto, se considera aceptable como una pauta de orientación, debido a que lo que se busca por sobre todo es plantearse metas posibles.

Otra meta supone que el porcentaje se reduce menos de lo que cabría esperar en la tendencia anterior, es decir, que llegaría al 60% en el 2010. En caso extremo, un 40% de pobres al 2010 sería la tercera meta, por cierto más deseable.

En síntesis, el ejercicio considera tres hipótesis asimilables a metas imaginables de alcanzar en la reducción del porcentaje de pobres hacia el año 2010 y que llevan implícita una determinada movilidad social ascendente o positiva.

Debe notarse que el número de personas necesarias de "movilizar" desde el estrato pobre requeriría una especificación sobre la atención que debería brindárseles, lo que constituye un aspecto de indudable relevancia, pero que aquí no es tratado.

### 3.2. Insumos y método de las proyecciones demográficas :

A continuación se realiza una breve descripción de la metodología empleada, porque en sí ésta se basa en una técnica demográfica.

La información demográfica que sirve de insumo para las proyecciones aparece resumida en el cuadro 5 (que contiene también otros indicadores). En términos simplificados, el supuesto básico de ellas es que los diferenciales relativos del comportamiento de las variables demográficas entre los pobres y los no pobres en 1990, en general, se mantendrán en el período considerado. Ello sugiere que, de todos modos, los pobres continuarán reduciendo su fecundidad y mortalidad entre 1990 y 2010.

El método empleado corresponde al de componentes demográficos, que requiere los indicadores que a continuación se señalan y que aparecen en el cuadro 5. Los pobres tendrían una tasa global de fecundidad de 5.6 hijos entre 1990 y 1995, la que se ha proyectado que alcanzaría a 3.9 entre los años 2005 y 2010; la esperanza de vida al nacer se ha proyectado que pasaría desde 65 años en el primer quinquenio, a 70 años en el último (ambos sexos). Para los no pobres los valores de la tasa global de fecundidad proyectada son de 3.0 hijos entre 1990 y 1995, para llegar a 2.1 en el último quinquenio. La esperanza de vida al nacer para este estrato se supone que evolucionará desde 74 a 76 años (ambos sexos) entre los quinquenios mencionados (véase gráficos 3 y 4).

Por lo tanto, en las proyecciones que se han elaborado, incluyendo aquellas donde no se registraría movilidad social, se supone que la población pobre (y no pobre) seguirá su comportamiento demográfico de acuerdo a las diferencias iniciales respecto al promedio incluido en la proyección nacional.

El método de componentes requiere también una población inicial. Con este fin, la población de pobres y no pobres de la encuesta de 1990 fue ajustada a la proyección nacional del mismo año, constituyendo la población inicial de cada estrato. La proyección sin movilidad, de cada uno de ellos, representa la población nacional sobre la cual se buscó alcanzar los distintos porcentajes de pobres y no pobres al 2010 (metas), de acuerdo con una movilidad social determinada y a partir del comportamiento de las variables demográficas en cada estrato (cuadro 5).

La población que debiera ser movilizada requiere una estructura por edad al final de cada quinquenio. En este caso, se supone que correspondería a la de la población nacional, partiendo del año 1995, como una aproximación a la estructura que tendría el estrato pobre hacia el final de cada quinquenio. El número de personas, a su vez, se mantendrá constante para cada quinquenio, aunque lógicamente varía según la meta propuesta. Esta opción fue empleada para facilitar el ejercicio.

Las proyecciones fueron realizadas utilizando el paquete PRODEM (Proyecciones Demográficas) de CELADE (CELADE, 1991), reiterando que se ha empleado el método de componentes (para cada estrato). Para la obtención de la población nacional resultante, se ha recurrido al utilitario de suma de proyecciones de PRODEM.

### 3.3. Proyecciones de población pobre entre 1990-2010

#### a) Proyección sin movilidad social 1990-2010

En el cuadro 6 se muestra la proyección de población por estratos pobres y no pobres suponiendo que no se registrase movilidad social. La observación principal que se puede hacer es que al 2010 los pobres alcanzarían a más del 81% de la población de Honduras, exclusivamente en razón de su dinámica demográfica natural. Hacia el 2000 ellos ya serían casi el 80%. Otras características importantes que se pueden advertir son el fuerte aumento del número absoluto de personas pobres entre 1990 y 2010 (de 4 millones a más de 7 millones) y el hecho que los menores de 20 años de edad de este estrato pasarían del 46 al 40% del total de la población nacional entre 1990 y 2010. Esto se explica por la tendencia al gradual envejecimiento de la población que afectará también a los pobres como consecuencia de la disminución que, se supone, ocurrirá en su fecundidad. Ello se advierte claramente en el descenso de la representación relativa de los menores de 20 años en el estrato pobre entre los años extremos de la proyección (59 contra 50%), lo cual además se visualiza entre los no pobres (46 contra 37%). De todas maneras, la población pobre sería todavía relativamente joven, debido a las condiciones de elevada fecundidad en el pasado.

Los indicadores del cambio demográfico, que aparecen en el cuadro 5, expresan que la tasa de natalidad se reduciría de casi 40 por mil hasta poco más de 30 por mil entre los quinquenios inicial y final, a la vez que la tasa de mortalidad bajaría desde 7 a casi 5 por mil, lo cual significa que el crecimiento natural iría en descenso, aunque no tan marcado como en el caso del estrato no pobre.

#### b) Proyección con movilidad social 1990-2010 para llegar a 60% de pobres al 2010

Esta meta muestra que el volumen absoluto de pobres aumentaría una cuarta parte su número entre 1990 y 2010 (de 4 a 5 millones). En el año 2000 ya se debiera lograr un 66% de pobres para alcanzar la meta señalada en el 2010 (cuadro 6). Por efecto de la movilidad social y la propia dinámica demográfica natural, el estrato pobre reflejaría en el 2010 una estructura por edad en proceso de envejecimiento más notorio que en el caso de no existir movilidad (48% de menores de 20 años en el año 2010). Sin embargo, hay que destacar que el estrato no pobre vería rejuvenecida su estructura por grandes grupos de edad entre 1990 y 2010, principalmente como consecuencia de la estructura por edad supuesta en la movilidad social. Al respecto, es importante recordar que la estructura que se ha empleado corresponde a la estructura por edad de la población nacional al final de cada quinquenio considerado, la cual es más joven que la de la población no pobre.

Con relación al aporte demográfico a la evolución de la magnitud de la pobreza y la movilidad social necesaria para alcanzar esta meta, el cuadro 7 señala que se tendría que traspasar más de la mitad del incremento demográfico natural en cada quinquenio, esto es, 400 mil pobres. Las tasas de crecimiento natural y total del estrato irían disminuyendo, así como la tasa anual de movilidad. Por cada mil personas pobres, tendrían que traspasarse anualmente 19 personas en el primer quinquenio, cifra que sería de 16 en el último período.

En términos de tasas, según esta hipótesis, los pobres crecerían a un ritmo poco mayor de 10 por mil anual, siendo su crecimiento demográfico natural del orden de 30 por mil.

c) **Proyección con movilidad social 1990-2010 para llegar a 50% de pobres al 2010**

Para que Honduras pudiese llegar aproximadamente a la mitad de su población en situación de pobreza en el año 2010, la movilidad tendría que ser bastante superior respecto al caso de la meta anterior, para reducir así en mayor grado el aporte demográfico implícito entre la población pobre. En este escenario, los pobres pasarían de 4 millones en 1990 a 4.3 millones en el año 2010, luego de haber alcanzado a 4.2 en el año 2000. Siendo una meta más deseable, es interesante notar que los cambios en la estructura por grandes grupos de edad irían en la misma dirección que en el caso de la hipótesis anterior, pero algo más acentuados. Además, el volumen absoluto de personas pobres menores de 20 años decrecería entre los años 1990 y 2010 (cuadro 6).

El aporte demográfico a la evolución del número de pobres se acercaría casi al 100% de la movilidad social necesaria, lo que significa que ésta tendría que absorber casi la totalidad del incremento demográfico a lo largo del período (casi 600 mil personas por quinquenio). El cuadro 7 muestra que la meta de 50% de pobres al año 2010 requeriría un traspaso anual de unas 30 personas por cada mil pobres, entre 1990 y 1995, para reducirse a menos de 25 entre los años 2005 y 2010. Pese a esto, la tasa anual de crecimiento total del estrato, por la meta definida, sería positiva aunque pequeña (alrededor de 4 por mil), disminuyendo también la tasa de crecimiento demográfico natural, cercana en todo caso, a 30 por mil.

d) **Proyección con movilidad social 1990-2010 para llegar a 40% pobres al 2010**

La meta más deseable de las que se han planteado hacia el año 2010 en el porcentaje de pobres en Honduras, supone que éstos disminuirán su número absoluto, pasando desde 4 millones en 1990 a 3.4 en el año 2010, luego de haber llegado a 3.8 millones en el año 2000 (cuadro 6). De las metas analizadas, la del 40% sería la que traería los mayores cambios en la estructura por grandes grupos de edad de los pobres, en términos del envejecimiento: casi el 50% de esta población serían personas en edades activas (20-59) en el año 2010. Los jóvenes pobres (menores de 20 años) disminuirían su número absoluto en casi un tercio entre 1990 y 2010, como producto del descenso de la fecundidad y la movilidad social positiva.

Resulta interesante advertir cómo la estructura por edad de la población no pobre también se vería mayormente afectada en comparación con las otras metas, aunque permanecería siendo más envejecida que la de los pobres. En particular, se atenuaría su tendencia al envejecimiento producto de su dinámica demográfica natural (cuadro 6). Esto ocurriría en razón del supuesto de la estructura por edad de la movilidad social.

La movilidad social que tendría que producirse desde el estrato pobre al no pobre tendría que superar al incremento neto demográfico supuesto, alcanzando a cerca de 700 mil personas por quinquenio, con una tasa de movilidad anual creciente, desde 35 por mil personas hasta 40 por mil entre los años 2005 y 2010. La tasa anual de crecimiento natural disminuiría, manteniéndose siempre en torno a 30 por mil, y lo mismo ocurriría con el incremento demográfico absoluto. En cambio, la tasa de crecimiento total sería negativa, variando entre -3 a -11 por mil en el período (cuadro 7).

\* \* \*

De la información presentada, se puede concluir que si no se registrase movilidad social, hacia el año 2010 Honduras posiblemente vería aumentar el porcentaje de población en situación de necesidades básicas insatisfechas, en virtud del comportamiento demográfico de ella. Sin embargo, su tasa anual de crecimiento natural iría en descenso, lo cual se produciría en magnitudes similares bajo cualquier supuesto de movilidad. Para reducir la contribución demográfica, la movilidad social necesaria para llegar a un menor porcentaje determinado de pobreza en el año citado, tendría que ser mayor mientras menor sea la meta propuesta, pero la intensidad de esa movilidad (tasa anual) sufriría variaciones, sea cual sea la meta, entre el primer quinquenio y el último considerado.

El crecimiento natural tendría que ser absorbido casi en su totalidad si se aspirase alcanzar a la mitad de la población en situación de pobreza, en tanto que tendría que ser superado si se buscara una meta más holgada (40% o menos aún). Esto último implica que la reducción de la pobreza tendría que ver no sólo con la absorción del crecimiento demográfico, sino también con la disminución del elevado número de personas en esa situación en la actualidad.

Es interesante apreciar que cualquiera sea la meta de reducción del porcentaje de pobreza al año 2010, los estratos pobres tenderían a un gradual envejecimiento en su estructura por edades, debido básicamente a su proyectada disminución de la fecundidad. En cambio, los estratos no pobres se rejuvenecerían en el caso de existir movilidad social, en función del supuesto que la población pobre que pasará al estrato no pobres tiene una estructura por edad promedio que es más cercana a la que tenía en su condición original.

Desde el punto de vista demográfico, pueden hacerse dos observaciones finales. En primer lugar, una movilidad social positiva traería para el país una más rápida disminución de la fecundidad, la mortalidad y el crecimiento natural. En efecto, las proyecciones nacionales aquí utilizadas suponen que entre los años 2005 y 2010 la tasa global de fecundidad será de 3.5 hijos, la esperanza de vida al nacer alcanzará a los 71 años y el ritmo anual de crecimiento natural llegará a 24 por mil. Con los

procedimientos empleados, los indicadores se verían afectados, en mayor grado mientras más alta sea la reducción del porcentaje de pobres: la tasa global de fecundidad del país sería de 2.9 hijos, la esperanza de vida al nacer sería de 73 años y el ritmo de crecimiento natural bajaría a 20 por mil, en el caso que se lograra un 40% de pobreza en el 2010 (véase CELADE, 1992).

Por otra parte, es importante señalar que los ejercicios presentados tienen como fin ilustrar, bajo ciertos supuestos, los efectos de la dinámica demográfica de los pobres sobre su evolución futura y la movilidad necesaria para alcanzar ciertas metas en su reducción. Supuestos diferentes, seguramente, conducirían a otros escenarios que puede ser de interés analizar. Por ejemplo, podría considerarse qué ocurriría en el caso de registrarse mayores descensos de la fecundidad de la población pobre que los que se han supuesto. Este es, por supuesto, un escenario más deseable desde todo punto de vista, lo que tiene que ver con la necesidad de asegurar el ejercicio del derecho a la planificación familiar para toda la población, como parte de la lucha contra la pobreza. Se trata de un requisito de la equidad que los gobiernos de la región han reconocido como un objetivo de primordial importancia (CEPAL-CELADE, 1993a y 1993b).

## Conclusiones

En 1990, más de tres cuartas partes de los hondureños vivían en situación de necesidades básicas insatisfechas (NBI), condición que aquí se ha llamado "pobreza". La insatisfacción de esas necesidades tiene que ver, fundamentalmente, con el hacinamiento en los hogares y con la inexistencia de servicio sanitario. A su vez, en un país en que la población rural aún es predominante, el porcentaje de personas con NBI o pobres afecta a casi el 90% de ella. Es decir, el primer aspecto importante en el diagnóstico presentado es la elevada magnitud de la pobreza en el país y, en particular, en sus áreas rurales.

Definida según el criterio mencionado, la población pobre de Honduras, que es claramente representativa del perfil sociodemográfico nacional, se destaca por su elevada fecundidad y mortalidad, hechos que, por lo demás, se encuentran habitualmente asociados en distintas poblaciones. El nivel de fecundidad, aun cuando ha sido supuesto para estos estratos, parece estar dentro de rangos razonables, ya que así lo indica la estructura por edad, el tamaño medio de los hogares y la presencia de la familia nuclear como la más frecuente en Honduras. La muy joven estructura por edad refleja además, un crecimiento natural elevado, que hace pensar en un aporte sustantivo de la dinámica demográfica a la reproducción de la pobreza.

No obstante lo anterior, el comportamiento demográfico está afectado por las condiciones mismas de pobreza. La elevada mortalidad es, sin duda, la variable más estrecha y esclarecedoramente asociada al respecto, mientras que la fecundidad de los pobres -en términos muy simplificados- es un reflejo directo de los bajos niveles educacionales, que se expresan en múltiples mecanismos como la temprana edad de entrada a las uniones y las escasas aspiraciones de movilidad social. La educación incide también en la baja calificación de la fuerza de trabajo lo que, a su vez, lleva invariablemente a una desventajosa

inserción productiva y a la generación de bajos ingresos. En estas condiciones, es esperable una elevada fecundidad, que refuerza la situación de insatisfacción de necesidades básicas, estableciendo una fuerte exigencia para reducir la pobreza.

Ante un elevado crecimiento natural, aunque con tendencia a una disminución en el futuro, la movilidad social que se requeriría, si al año 2010 se aspirase a reducir a la mitad el porcentaje actual de personas con NBI, debería superar la contribución del crecimiento demográfico. Esto significa entonces, que en este escenario la elevada proporción de personas pobres impondrá un severo esfuerzo para su reducción.

Se ha dejado ver que el significado de la reducción de la pobreza, medida a partir de un conjunto de indicadores de NBI, es una cuestión compleja que no se ha abordado en este estudio, planteándose la inquietud al respecto. Lo importante es que se ha tratado de mostrar la contribución demográfica a la evolución de la pobreza en distintos escenarios, en un país donde la magnitud de ésta es elevada.

Una observación final que puede hacerse es que el crecimiento demográfico natural de los pobres, que se proyecta en descenso, como consecuencia de una posible reducción de la fecundidad, conducirá a un paulatino envejecimiento de la población. Ello hace necesario distinguir a futuro las demandas de una población distinta a la actual, en la que, por ejemplo, las necesidades de atención materna e infantil deberán compatibilizarse con las que impondrá el crecimiento de las personas en edades activas y reproductivas y, en menor grado, de la población de la tercera edad. Tal como se mencionó al comienzo, la evolución de la población nacional menor de 20 años impone severos requerimientos en cuanto a la salud y la educación. A esta situación, hay que agregar el problema de la insatisfacción de necesidades básicas de un elevado porcentaje de jóvenes hondureños. El crecimiento de la población en edad de trabajar y de la población económicamente activa de ambos sexos entre los pobres, implicará grandes requerimientos de nuevos empleos, lo que podría formar parte de la estrategia de superación de la pobreza. Por estas consideraciones, la dinámica demográfica de los pobres en el futuro no sólo obliga a una elevada movilidad social, sino también, suponiendo que ésta se presentase, implica importantes repercusiones por el sólo aumento demográfico.

Cuadro 1

## HONDURAS: INDICADORES DEMOGRAFICOS ESTIMADOS POR QUINQUENIOS. PERIODO 1950-2000

Indicadores demográficos	Quinquenios									
	1950-1955	1955-1960	1960-1965	1965-1970	1970-1975	1975-1980	1980-1985	1985-1990	1990-1995	1995-2000
<b>FECUNDIDAD</b>										
Nacimientos anuales:										
B (en miles)	79	92	105	120	132	148	164	178	195	203
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	52.76	52.28	50.78	49.76	46.92	44.87	42.31	39.37	37.08	33.46
Tasa global de fecundidad	7.50	7.50	7.42	7.42	7.05	6.60	6.00	5.37	4.92	4.30
Tasa bruta de reproducción	3.66	3.66	3.62	3.62	3.44	3.22	2.93	2.62	2.40	2.10
<b>MORTALIDAD</b>										
Muertes anuales:										
D (en miles)	34	36	37	38	38	36	34	32	32	33
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	22.80	20.63	17.83	15.56	13.36	11.03	8.88	7.03	6.13	5.38
Esperanza de vida al nacer:										
Ambos sexos	41.82	44.56	48.01	51.04	54.08	57.69	61.56	65.42	67.69	69.84
Hombres	40.50	43.00	46.31	49.21	52.10	55.63	59.44	63.24	65.43	67.50
Mujeres	43.20	46.20	49.79	52.97	56.16	59.86	63.79	67.71	70.06	72.30
Mortalidad infantil (por mil):										
Ambos Sexos	169.3	153.9	135.5	119.0	103.7	81.0	65.0	53.0	43.0	35.0
Hombres	172.5	159.8	143.1	127.0	112.2	88.6	71.7	58.9	48.2	39.7
Mujeres	166.0	147.8	127.5	110.5	94.8	73.1	57.9	46.8	37.6	30.2
<b>CRECIMIENTO NATURAL</b>										
Crecimiento anual:										
B-D (en miles)	45	56	68	82	94	112	130	146	163	170
Tasa de crecimiento natural (por mil)	29.96	31.65	32.95	34.20	33.56	33.84	33.43	32.34	30.95	28.08
<b>MIGRACION</b>										
Migración anual:										
M (en miles)	1	1	2	(13)	(9)	(1)	(6)	(8)	(8)	(4)
Tasa de migración: m (por mil)	0.86	0.73	0.85	-5.28	-3.23	-0.30	-1.55	-1.76	-1.52	-0.66
<b>CRECIMIENTO TOTAL</b>										
Crecimiento anual:										
B-D+M (en miles)	46	57	70	69	85	111	124	138	155	166
Tasa de crecimiento total: r (por mil)	30.82	32.38	33.80	28.92	30.33	33.54	31.88	30.58	29.43	27.42

Fuente: CELADE, Proyecciones de población vigentes.

Cuadro 2

HONDURAS: PORCENTAJES DE POBLACION CON NECESIDADES BASICAS  
INSATISFECHAS (NBI) POR AREA URBANA Y RURAL, SEGUN INDICADORES INDIVIDUALES  
E INDICADOR COMPUESTO (POBREZA) EN 1990

Indicador de NBI <u>a/</u>	A R E A		País
	Urbana	Rural	
Sin servicio sanitario	46.9	48.0	47.6
Sin acceso a agua potable	9.2	30.8	21.9
Sin luz eléctrica	12.7	- <u>b/</u>	12.7
En condición de hacinamiento	47.5	77.8	65.3
Con piso de tierra en la vivienda	17.2	- <u>b/</u>	17.2
INDICADOR COMPUESTO DE NBI <u>c/</u> (POBRES)	64.4 (1246)	87.4 (2415)	77.9 (3661)

Fuente: Datos de la Encuesta Permanente de Hogares de Propósitos Múltiples, 1990, en Gabrie (1991).

Entre paréntesis se incluye la población de la Encuesta (en miles).

a/: En las áreas urbanas, los criterios tomados fueron los siguientes: sin servicio sanitario (si se cuenta con eliminación de excretas del tipo letrina o no existe forma de eliminación); sin acceso a agua potable (si éste proviene de un pozo malacate, río, manantial u otra fuente); sin luz eléctrica (ausencia de ésta); en condición de hacinamiento (4 o más personas por dormitorio); y piso de tierra en la vivienda. En las áreas rurales los criterios fueron: sin servicio sanitario (sólo si no existe forma de eliminación de excretas); sin acceso a agua potable (si éste proviene de río, manantial u otra fuente); hacinamiento (4 o más personas por dormitorio). En las áreas rurales no se incluyó ni la inexistencia de luz eléctrica ni la existencia de piso de tierra en la vivienda.

b/: No se considera para el área rural.

c/: Presencia de a lo menos una de las condiciones anteriores.

Cuadro 3

HONDURAS: INDICADORES DEMOGRAFICOS DE LA POBLACION POR  
ESTRATOS DE POBREZA EN 1990 <sup>a/</sup>

Indicador	E S T R A T O		País
	Pobres	No pobres	
Población (miles) <sup>b/</sup>	3999	1143	5142
% población	78	22	100
Tasa de natalidad (por mil)	40	28	37
Tasa de mortalidad (por mil)	8	5	7
Tasa de crecimiento natural (por mil)	32	23	30
Tasa global de fecundidad <sup>c/</sup>	6.0	3.2	5.3
Esperanza de vida al nacer (años) <sup>c/</sup>	65	74	66
% nacimientos anuales	83	17	100
% muertes anuales	84	16	100
Tasa de mortalidad infantil <sup>c/</sup> (por mil)	68	34	64
Estructura por edad (por cien) <sup>b/</sup>			
0-19	59	46	56
20-59	37	47	39
60 y más	4	7	5
Total	100	100	100
Relación de dependencia <sup>b/</sup> (por cien)	102	62	92
Tamaño de hogar (personas)	5.9	4.3	5.4

Fuente: Datos de la Encuesta Permanente de Hogares de Propósitos Múltiples, 1990, en Gabrie (1991) e información de CELADE (1990).

<sup>a/</sup>: Según necesidades básicas satisfechas o insatisfechas (NB).

<sup>b/</sup>: De población ajustada a proyección nacional, CELADE (1990). Relación de dependencia: (0-14 + 65 y más)/(15-64).

<sup>c/</sup>: Valores obtenidos a partir de la información de fecundidad y mortalidad infantil por estratos socio-ocupacionales de la Encuesta Demográfica Nacional de Honduras de 1983 (DGEC-CELADE, 1986 y 1988). Para el estrato pobre se asignaron los niveles de los estratos bajo no agrícola, bajo agrícola asalariado y bajo agrícola no asalariado. Para el estrato no pobre se asignaron los niveles del estrato socio-ocupacional medio-alto. Los valores de fecundidad y mortalidad infantil de pobres y no pobres en 1990 fueron obtenidos manteniendo los diferenciales relativos con respecto al promedio del país. Con la mortalidad infantil se construyó la tabla de mortalidad de cada estrato de pobreza.

Cuadro 4

HONDURAS: INDICADORES SOCIOECONOMICOS DE LA POBLACION POR  
ESTRATOS DE POBREZA EN 1990 <sup>a/</sup>

Indicador	E S T R A T O		País
	Pobres	No pobres	
Años de estudio aprobados (porcentaje de población)			
Ninguno	32	11	26
1-3	24	14	21
4-6	33	31	33
7 y más	11	44	20
Total	100	100	100
Tasa bruta de participación económica (por cien)	31	38	33
Porcentaje de activos sobre población en edad de trabajar	48	50	49
Estructura ocupacional (por cien)			
Asalariados	43	55	46
Cuenta propia	39	32	37
Trab. familiar no remun.	15	6	13
Otro	3	7	4
Total	100	100	100
Porcentaje de activos en Sector Informal <sup>b/</sup>	77	53	71
Estructura por rama de actividad (por cien)			
Agricultura	50	21	42
Industria manufacturera	14	13	14
Construcción	6	4	5
Comercio	14	22	16
Transporte	2	4	3
Servicios	13	31	17
Otro	1	5	3
Total	100	100	100

Fuente: Datos de la Encuesta Permanente de Hogares de Propósitos Múltiples, 1990, en Gabrie (1991).  
<sup>a/</sup>: Según necesidades básicas satisfechas o insatisfechas (NB). Índices de escolaridad sobre población de 15 y más años; índices de actividad sobre población de 10 y más años.  
<sup>b/</sup>: Incluye a los siguientes grupos: trabajadores por cuenta propia no profesionales ni gerentes ni directivos; patrón o empleador con menos de 10 empleados; trabajadores familiares no remunerados; asalariados privados de establecimientos con menos de 10 empleados (definición de acuerdo a PREALC).

Cuadro 5

HONDURAS: INDICADORES DEMOGRAFICOS POR QUINQUENIOS, SEGUN ESTRATO  
E HIPOTESIS DE MOVILIDAD, 1990-2010

INDICADORES DEMOGRAFICOS SEGUN ESTRATO E HIPOTESIS DE MOVILIDAD	Quinquenio			
	1990-1995	1995-2000	2000-2005	2005-2010
<b>INDICADORES BASICOS</b>				
<b>POBRES</b>				
<b>FECUNDIDAD</b>				
Tasa global de fecundidad	5.6	4.9	4.3	3.9
<b>MORTALIDAD</b>				
Esperanza de vida al nacer: Ambos sexos	65.1	66.7	68.2	69.5
Hombres	63.0	64.6	66.1	67.4
Mujeres	67.2	68.9	70.4	71.8
Mortalidad infantil (por mil):				
Ambos sexos	63.5	55.2	48.0	41.7
<b>NO POBRES</b>				
<b>FECUNDIDAD</b>				
Tasa global de fecundidad	3.0	2.6	2.3	2.1
<b>MORTALIDAD</b>				
Esperanza de vida al nacer: Ambos sexos	73.9	74.8	75.5	76.1
Hombres	71.7	72.5	73.2	73.8
Mujeres	76.3	77.2	77.9	78.5
Mortalidad infantil (por mil):				
Ambos sexos	24.9	20.8	17.2	14.0
<b>NATALIDAD Y MORTALIDAD</b>				
<b>SIN MOVILIDAD SOCIAL</b>				
<b>POBRES</b>				
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	39.3	36.3	33.3	31.6
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	7.3	6.5	5.9	5.4
<b>NO POBRES</b>				
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	28.1	24.1	19.9	17.3
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	4.8	4.7	4.7	4.9

(Continúa)

Cuadro 5 (Continuación)

HONDURAS:INDICADORES DEMOGRAFICOS POR QUINQUENIOS, SEGUN ESTRATO  
E HIPOTESIS DE MOVILIDAD, 1990-2010

INDICADORES DEMOGRAFICOS SEGUN ESTRATO E HIPOTESIS DE MOVILIDAD	Quinquenio			
	1990-1995	1995-2000	2000-2005	2005-2010
<b>NATALIDAD Y MORTALIDAD</b>				
<b>MOVILIDAD SOCIAL META 60 % POBRES AL 2010</b>				
<b>POBRES</b>				
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	39.4	36.6	34.2	32.4
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	7.2	6.4	5.8	5.4
<b>NO POBRES</b>				
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	27.1	22.6	19.3	17.6
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	4.7	4.3	4.1	4.1
<b>MOVILIDAD SOCIAL META 50 % POBRES AL 2010</b>				
<b>POBRES</b>				
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	39.5	36.8	34.6	32.8
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	7.2	6.4	5.8	5.4
<b>NO POBRES</b>				
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	26.8	22.2	19.1	17.6
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	4.7	4.2	4.1	4.0
<b>MOVILIDAD SOCIAL META 40 % POBRES AL 2010</b>				
<b>POBRES</b>				
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	39.5	36.9	35.0	33.5
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	7.2	6.4	5.8	5.4
<b>NO POBRES</b>				
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	26.5	22.0	19.1	17.6
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	4.6	4.2	3.9	3.9

Fuente: CELADE (1992).

Cuadro 6

HONDURAS: PROYECCION DE LA POBLACION EN MILES SEGUN ESTRATOS DE POBREZA (NB) SIN MOVILIDAD  
Y TRES METAS DE PORCENTAJE DE POBRES AL 2010, 1990-2010  
(CUATRO HIPOTESIS DE MOVILIDAD SOCIAL)

Hipótesis	1990		2000		2010	
	POBRES	NO POBRES	POBRES	NO POBRES	POBRES	NO POBRES
<b>SIN MOVILIDAD SOCIAL</b>						
Porcentaje por estrato	77.77	22.23	79.39	20.61	81.46	18.54
Población	3999	1143	5449	1415	7140	1625
Estructura por edad						
0-19	2361	520	2991	588	3547	599
20-59	1464	531	2211	714	3233	877
60 y más	174	92	247	113	360	149
Estructura por edad (%)						
0-19	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
20-59	59.04	45.49	54.89	41.55	49.68	36.86
60 y más	36.61	46.46	40.58	50.46	45.28	53.97
	4.35	8.05	4.53	7.99	5.04	9.17
<b>MOVILIDAD SOCIAL META 60% POBRES AL 2010</b>						
Porcentaje por estrato	77.77	22.23	66.37	33.63	58.87	41.13
Población	3999	1143	4515	2288	5022	3508
Estructura por edad						
0-19	2361	520	2451	1063	2423	1475
20-59	1464	531	1859	1069	2344	1776
60 y más	174	92	205	156	255	257
Estructura por edad (%)						
0-19	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
20-59	59.04	45.49	54.29	46.46	48.25	42.05
60 y más	36.61	46.46	41.17	46.72	46.67	50.03
	4.35	8.05	4.54	6.82	5.08	7.33
<b>MOVILIDAD SOCIAL META 50% POBRES AL 2010</b>						
Porcentaje por estrato	77.77	22.23	61.62	38.38	51.08	48.92
Población	3999	1143	4178	2602	4315	4132
Estructura por edad						
0-19	2361	520	2257	1234	2048	1764
20-59	1464	531	1733	1195	2051	2070
60 y más	174	92	188	173	216	298
Estructura por edad (%)						
0-19	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00
20-59	59.04	45.49	54.02	47.43	47.46	42.69
60 y más	36.61	46.46	41.48	45.93	47.53	50.10
	4.35	8.05	4.50	6.65	5.01	7.21

(Continúa)

Cuadro 6 (Continuación)

HONDURAS: PROYECCION DE LA POBLACION EN MILES SEGUN ESTRATOS DE POBREZA (NB) SIN MOVILIDAD  
Y TRES METAS DE PORCENTAJE DE POBRES AL 2010, 1990-2010  
(CUATRO HIPOTESIS DE MOVILIDAD SOCIAL)

Hipótesis	1990		2000		2010	
	POBRES	NO POBRES	POBRES	NO POBRES	POBRES	NO POBRES
<b>MOVILIDAD SOCIAL META</b>						
<b>40% POBRES AL 2010</b>						
Porcentaje por estrato	77.77	22.23	56.43	43.57	41.15	58.85
Población	3999	1143	3813	2944	3438	4916
<b>Estructura por edad</b>						
0-19	2361	520	2048	1420	1580	2132
20-59	1464	531	1593	1335	1685	2442
60 y más	174	92	172	189	173	342
<b>Estructura por edad (%)</b>						
0-19	59.04	45.49	53.71	48.23	45.96	43.37
20-59	36.61	46.46	41.78	45.35	49.01	49.67
60 y más	4.35	8.05	4.51	6.42	5.03	6.96

Fuente: CELADE (1992).

Cuadro 7

HONDURAS: INDICADORES DE CRECIMIENTO Y MOVILIDAD NECESARIA DE  
LA POBLACION POBRE POR QUINQUENIO, SEGUN TRES METAS DE REDUCCION  
DEL PORCENTAJE DE POBRES AL 2010, 1990-2010  
(Población en miles)

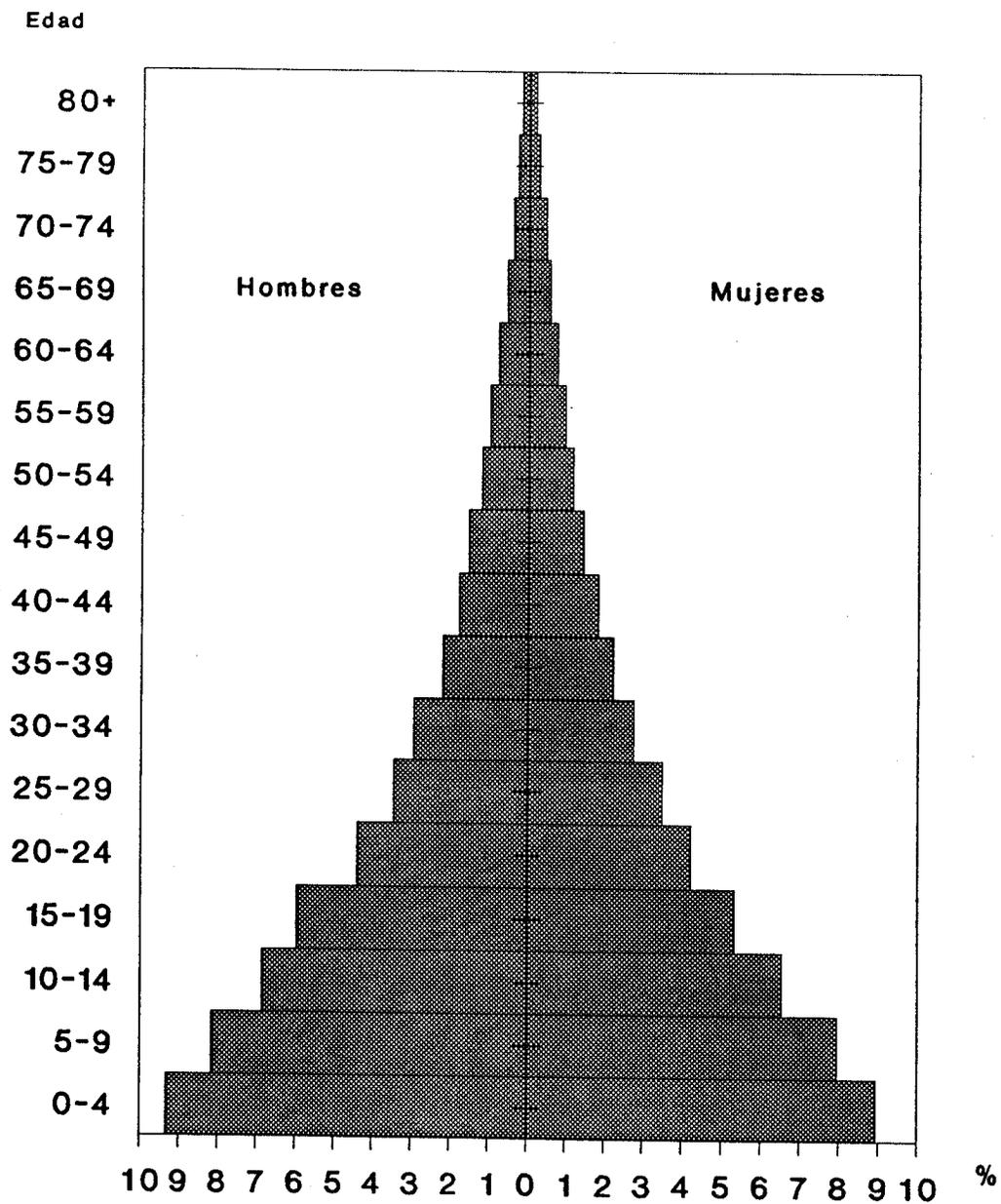
META AL 2010	1990-1995	1995-2000	2000-2005	2005-2010
<b>META DE 60 % POBRES AL 2010</b>				
Variación total <sup>a/</sup>	+266	+263	+259	+258
Variación demográfica	+664	+662	+659	+660
Movilidad necesaria	-398	-399	-400	-402
Tasa anual de crecimiento total (por mil)	+12.9	+12.0	+11.2	+10.6
Tasa de anual de crecimiento natural (por mil)	+32.2	+30.2	+28.4	+27.0
Tasa anual de movilidad (por mil)	-19.3	-18.2	-17.2	-16.4
<b>META DE 50 % POBRES AL 2010</b>				
Variación total <sup>a/</sup>	+90	+108	+85	+66
Variación demográfica	+652	+628	+607	+587
Movilidad necesaria	-562	-520	-522	-521
Tasa anual de crecimiento total (por mil)	+4.5	+5.2	+4.0	+3.1
Tasa de anual de crecimiento natural (por mil)	+32.3	+30.4	+28.8	+27.4
Tasa anual de movilidad (por mil)	-27.8	-25.2	-24.8	-24.3
<b>META DE 40 % POBRES AL 2010</b>				
Variación total <sup>a/</sup>	-57	-105	-154	-203
Variación demográfica	+641	+592	+544	+497
Movilidad necesaria	-698	-697	-698	-700
Tasa anual de crecimiento total (por mil)	-2.9	-5.4	-8.2	-11.4
Tasa de anual de crecimiento natural (por mil)	+32.3	+30.6	+29.2	+28.1
Tasa anual de movilidad (por mil)	-35.2	-36.0	-37.4	-39.5

Fuente: CELADE (1992).

<sup>a/</sup>: Debido a la aproximación metodológica empleada, la variación total en el número de pobres consignado en el cuadro no es idéntica a la que surge de restar la población inicial a la población final de cada quinquenio.

Gráfico 1

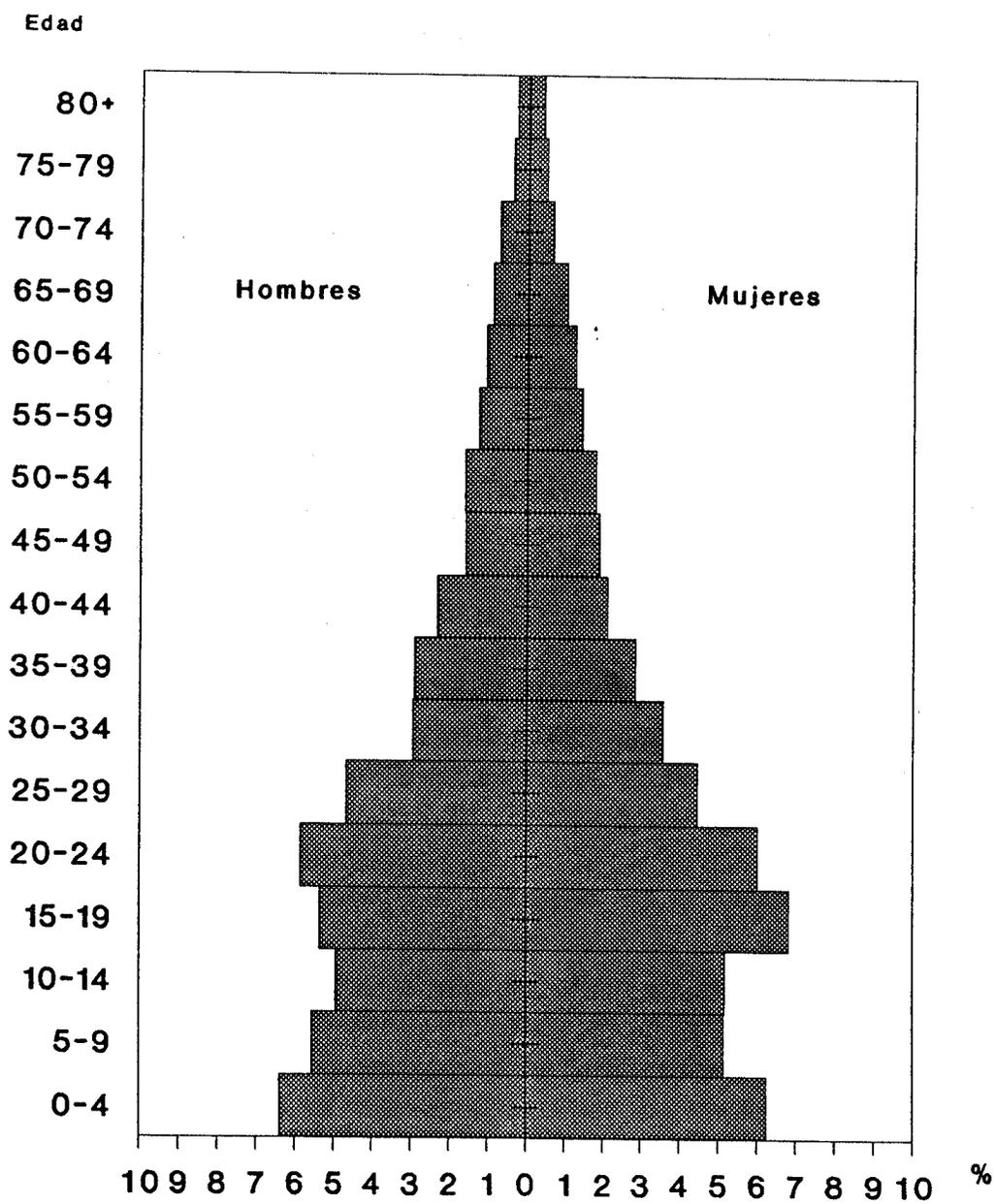
HONDURAS: PIRAMIDE DE POBLACION SEGUN GRUPOS  
QUINQUENALES DE EDAD. POBRES 1990



Fuente: Encuesta de Hogares 1990 (población ajustada).

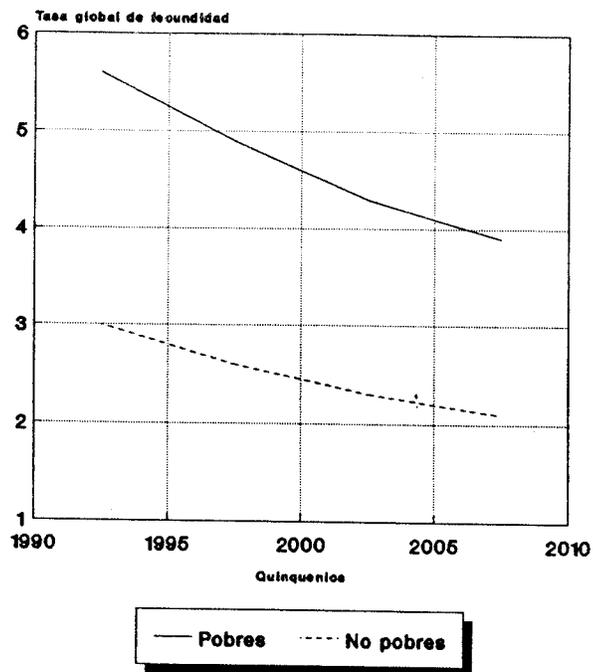
Gráfico 2

HONDURAS: PIRAMIDE DE POBLACION SEGUN GRUPOS  
QUINQUENALES DE EDAD. NO POBRES 1990



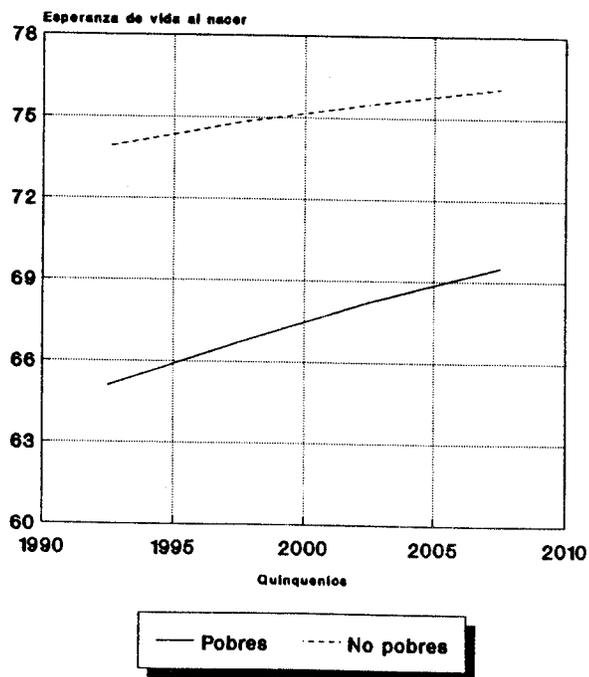
Fuente: Encuesta de Hogares 1990 (población ajustada).

**Gráfico 3**  
**HONDURAS: TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD SEGUN QUINQUENIO**  
**POBRES Y NO POBRES, 1990-2010**



Fuente: Cuadro 5.

**Gráfico 4**  
**HONDURAS: ESPERANZA DE VIDA AL NACER SEGUN QUINQUENIO**  
**POBRES Y NO POBRES, 1990-2010**



Fuente: Cuadro 5.

## Bibliografía

- Cano, I. (1985), La subestimación de la participación femenina en las actividades económicas: análisis de los resultados del módulo especial de la Encuesta Demográfica Nacional de Honduras 1983 (EDENH-II), CELADE, Santiago, Chile, Programa de Maestría 1985-1986.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1992), Honduras: diagnóstico sociodemográfico y proyecciones de la población pobre y no pobre según distintas metas. 1990-2010, CELADE, Santiago, Chile, LC/DEM/R.172, serie A-267.
- (1991), PRODEM. Manual del usuario, CELADE-CEPAL, Santiago, Chile, LC/DEM/G.112, serie A, N° 225.
- (1990), América Latina: proyecciones de población, 1950-2025, Santiago, Chile, Boletín Demográfico, año XXIII, N° 45.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1992), El perfil de la pobreza en América Latina a comienzos de los años 90, Santiago, Chile, LC/L.716(Conf.82/6).
- (1990), Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta, Santiago, Chile, LC/L.533.
- CEPAL-CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe-Centro Latinoamericano de Demografía) (1993a), Población, equidad y transformación productiva, CEPAL-CELADE, Santiago, Chile, LC/G.1758(CONF.83/3) LC/DEM/G.131.
- (1993b), Consenso latinoamericano y del Caribe sobre población y desarrollo, México, D. F., Conferencia Regional Latinoamericana y del Caribe sobre Población y Desarrollo, preparatoria de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo, 1994.
- Díez de Medina, R. (1990), Pobreza en Honduras: marco teórico y propuesta metodológica de cuantificación, SECPLAN-OIT-FNUAP, Tegucigalpa, Proyecto de Población y Empleo.
- DGEC-CELADE (Dirección General de Estadísticas y Censos-Centro Latinoamericano de Demografía) (1988), Mortalidad infantil. Los riesgos de muerte infantil en diferentes contextos sociales y geográficos. 1955-1985, CELADE, San José, volumen 5, serie A.1047/V.
- (1986), Fecundidad. Diferenciales geográficos y socioeconómicos de la fecundidad, 1960-1983. EDENH II y otras fuentes, CELADE, San José, volumen 4, serie A.1047/IV.
- Gabrie, J. (1991), Honduras: características socio demográficas y económicas de la población según grado de pobreza. 1990, CELADE-FNUAP, Programa Global de Formación en Población y Desarrollo, Santiago, Chile.
- García A. y E. Gomáriz (1989), Mujeres centroamericanas, FLACSO-CSUCA (Consejo Superior Universitario de Centroamérica), Universidad para la Paz, San José, tomo I.
- Guzmán, J. M. (1992), Fecundidad y mortalidad infantil en Honduras: breve análisis de la información proveniente de la Encuesta Nacional de Epidemiología y Salud Familiar ENESF-1991/1992, CELADE, Santiago, Chile, (inédito).
- PREALC (Programa Mundial del Empleo) (1989), Interrelaciones entre población y desarrollo. Bases para políticas de población en el istmo centroamericano, OIT-PREALC, Santiago, Chile, Docs. de trabajo, N° 339.

Zelaya, A. (1993a), "Situación laboral femenina, segmentación del mercado de trabajo y distribución del ingreso", en Secretaría de Planificación, Coordinación y Presupuesto (ed.), Compilación de estudios sobre población, pobreza y empleo, SECPLAN, tomo IV.

— (1993b), "Pobreza femenina y sector informal", en Secretaría de Planificación, Coordinación y Presupuesto (ed.), Compilación de estudios sobre población, pobreza y empleo, SECPLAN, tomo IV.

## V. DINAMICA DEMOGRAFICA DE LA POBREZA EN NICARAGUA\*

### Introducción

El problema de la pobreza no es un fenómeno novedoso en los países de la región. Sin embargo, ha cobrado relevancia en la coyuntura actual debido a las consecuencias de la crisis económica que afectó al conjunto de países de América Latina en la década del 80. Esta se manifestó en la desfavorable evolución del empleo, en la reducción de los salarios reales y en la contracción del gasto público destinado al suministro de servicios sociales, entre otros aspectos. Sus repercusiones impactaron severamente en las condiciones de vida de la población, especialmente sobre aquellos hogares donde las carencias de ingresos y la insatisfacción de necesidades básicas ya eran parte de tales condiciones.

Empíricamente se percibe que en muchos países latinoamericanos la pobreza se asocia a una alta mortalidad y elevada fecundidad, con el resultado de unas igualmente altas tasas de crecimiento demográfico. El propósito general de este trabajo es mostrar que en el caso de Nicaragua también existe una asociación entre pobreza y alto crecimiento demográfico; sin embargo, más allá del problema que pudiera suscitar el ritmo de crecimiento de la población, se parte de la base que esta situación no es más que una expresión de un problema real que es la inequidad. Por consiguiente, resolver los problemas que pudiera acarrear el elevado ritmo de crecimiento de la población requiere lograr primero la consecución de la equidad. Es en este sentido que adquiere relevancia enfrentar los diversos mecanismos que llevan a la reproducción de la pobreza, con el fin, entre otros, que los pobres puedan acceder a una adecuada atención de salud y oportunidades de educación que coadyuven a reducir sus niveles de mortalidad y, si así lo desean, tener acceso a medios para reducir su fecundidad. Al mismo tiempo, ello les permitiría estar en mejores condiciones para elevar la productividad de su trabajo, lo que contribuiría a romper con el círculo intergeneracional de la pobreza.

Como objetivos específicos de la presente investigación, se plantea conocer la magnitud y distribución de los hogares y de la población con necesidades básicas insatisfechas en el contexto nicaragüense, como una aproximación a los niveles de pobreza. Por lo tanto, en la determinación de los hogares y de la población en estado de pobreza se ha empleado el método de necesidades básicas

---

\* Versión revisada del trabajo de Medea Morales B., *Nicaragua: características socio-económicas y demográficas según estado de pobreza*, CELADE-FNUAP, Programa Global de Formación en Población y Desarrollo, Santiago, Chile, 1991.

insatisfechas, que está basado en la combinación de un conjunto de indicadores socioeconómicos, definidos por una alta dependencia económica relativa, hacinamiento y servicios básicos insuficientes (CEPAL, 1985). La escala de análisis empleada corresponde al nivel nacional y áreas urbanas y rurales.

Por otro lado, se pretende mostrar las diferencias demográficas, económicas y sociales existentes entre los hogares y población con necesidades básicas satisfechas (NBS, "no pobres") y los hogares y población con necesidades básicas insatisfechas (NBI, "pobres"), de tal manera que sirvan de insumos para la delimitación de poblaciones objetivo de políticas y permitan mejorar los criterios en la asignación de los limitados recursos con que cuenta el país.

El estudio está referido al año 1985, y se utilizó como principal fuente de información la Encuesta Socio-Demográfica Nicaragüense de 1985 (ESDENIC-85), la más reciente a nivel nacional. Esta fue llevada a cabo entre julio de 1985 y marzo de 1986 por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INEC) y para fines de análisis se trabajó con la muestra expandida. La información se procesó utilizando una base de datos creada en el Sistema REDATAM (Recuperación de Datos para Areas Pequeñas por Microcomputador), programa elaborado por el CELADE.

En la primera parte de este trabajo se presenta el marco de referencia empírico y conceptual que sirve a la investigación. Luego se aborda la magnitud de los hogares y de la población con NBS y NBI, distinguiendo previamente los aspectos metodológicos de su medición. Una tercera sección recoge y analiza las características generales de la población y de los jefes de hogar según estado de pobreza. Posteriormente, se analizan algunas diferencias en el comportamiento demográfico entre hogares con NBS y NBI y, finalmente, se presenta un conjunto de conclusiones.

## 1. Marco de referencia

Existe una diversidad de enfoques sobre el problema de la pobreza. El vacío de un marco teórico aceptado en forma general dificulta su análisis y hace inevitable caer en algún grado de subjetivismo cuando se pretende definirlo, pues tampoco hay un consenso sobre el concepto mismo de pobreza.

Sin desconocer este inconveniente y teniendo presente que cualquier definición es objetable, se intentará hacer una cuantificación de la población pobre de Nicaragua e identificar algunas características socioeconómicas y demográficas que le son propias, concientes que en la medición de la pobreza existen también limitaciones en la disponibilidad de información, que imponen la selección de un método en detrimento de otros de uso habitual para su estimación.

La bibliografía sobre el tema reconoce las dificultades que encierra la medición de la pobreza y su heterogeneidad, pero distingue un margen de relativa aceptación sobre las ventajas de algunos métodos, tales como el de necesidades básicas insatisfechas y el de las líneas de pobreza. Diferente es la situación en cuanto a la definición conceptual de la pobreza. En la última década, el agravamiento de las

condiciones de vida de gran parte de la población de los países de América Latina, ha obligado a acompañarlo con adjetivos más dramáticos (pobreza crítica o en estado de indigencia y miseria), muchos de ellos desenterrados del pasado.

De cualquier manera, el término "pobreza" busca delimitar un sector de personas u hogares desde el punto de vista del observador. En este sentido, el término pobre, usualmente no sirve para que quienes así son designados se identifiquen ante sí mismos y ante los demás. No es el caso de lo que sucede con las categorías empresario, obrero o campesino, que están asociadas a un conjunto de rasgos que llevan consigo relaciones entre las personas, así como una composición correspondiente en la autodefinición, que permite actuar frente a tales sectores de población y esperar de ellos un comportamiento determinado.

Para fines de este trabajo se ha decidido hablar de hogares y personas con insatisfacción de necesidades básicas como una aproximación a la medición de la pobreza, identificando su magnitud y algunas características socioeconómicas y demográficas que le son propias.

Es indiscutible que una definición amplia de la pobreza debería incorporar además de necesidades básicas materiales e ingresos percibidos para su satisfacción, otras necesidades básicas de naturaleza no material como, por ejemplo, la autorrealización personal, la participación en la sociedad, la calidad del medio ambiente, la libertad, los derechos humanos (Ghai y Alftan, 1977). Sin embargo, tanto en la selección de las necesidades básicas no materiales como en la fijación de criterios mínimos para su determinación, hay un alto grado de subjetividad que dificulta la medición del grado de satisfacción de ellas. En ese sentido, para los propósitos de un estudio empírico, es necesario concentrarse en las necesidades básicas materiales, lo que permitirá clasificar a la población con un criterio más objetivo en situación de pobreza (necesidades básicas insatisfechas, NBI) o de no pobreza (necesidades básicas satisfechas, NBS).

La determinación de los hogares y de la población en estado de pobreza se hizo a través de la combinación de un conjunto de indicadores socioeconómicos (alta dependencia económica, hacinamiento y servicios básicos insuficientes) que permitieron la construcción de un indicador sintético de necesidades básicas insatisfechas. Este indicador sintético refleja el porcentaje de hogares que tienen una o más necesidades básicas no resueltas (CEPAL, 1985).

En los países industrializados lo normal es que la incidencia de la pobreza sea de bajo monto, cualquiera sea el criterio para su medición, puesto que los beneficios del crecimiento económico se han distribuido en condiciones tales que han abarcado e integrado prácticamente al conjunto de la población. En este contexto, "pobreza" es un fenómeno que corresponde a un sector minoritario, cuya existencia y dinámica no determina la marcha de su sociedad, y cuya erradicación es perfectamente posible sin por ello implicar una transformación social. La situación es radicalmente diferente en países como los latinoamericanos donde en muchos casos la sociedad en su conjunto es pobre y además su pobreza es crónica y creciente. La pobreza en Nicaragua es, precisamente, un fenómeno crónico, producto del escaso

desarrollo económico. Además, la situación no corresponde a un sector minoritario sino, por el contrario, comprende a una proporción muy importante de la población. En estas circunstancias no es accidental que la categoría pobreza adquiera vigencia creciente.

En la década del 80, Nicaragua, como el resto de los países de Latinoamérica, transitó por una crisis económica aguda cuyos efectos se sumaron a factores específicos como la guerra y el bloqueo económico y financiero internacional de que fue objeto el país en virtud de la revolución sandinista. Todo esto trajo como consecuencia un incremento en las tasas de interés, que incidió en un aumento significativo de la deuda externa. Esta pasó desde 1.6 mil millones de dólares en 1979 a 7.6 mil millones en 1989. Además, se produjo un fuerte deterioro en los términos de intercambio, expresado en una drástica caída de los precios y volúmenes de las exportaciones tradicionales (de 567 millones de dólares en 1979 a 292 millones en 1989); así como un deterioro generalizado de la capacidad productiva, agravado ante la renuencia del sector privado empresarial para asumir riesgos en un contexto revolucionario (Arana, 1990).

El continuo deterioro de las actividades económicas desde inicios de la década del 80 condujo a que el producto per cápita se redujera de 740 dólares por habitante en 1979 a 487 dólares por habitante en 1989, reflejando inequívocamente la gravedad de la coyuntura histórica por la que atravesó Nicaragua y su consecuencia seguramente más sensible: el empeoramiento en las condiciones de vida de la población nicaragüense.

En el aspecto demográfico, Nicaragua se sitúa en una fase moderada de la transición. Este hecho, que surge mediante la comparación de su situación con la del resto de países latinoamericanos, se refleja en una fecundidad en descenso, si bien todavía alta, y en una mortalidad que evidencia una disminución que, sin embargo, no ha llegado a niveles bajos. Como resultado, en el quinquenio 1985-1990, el país presentaba una tasa media de crecimiento natural anual de 35 por mil, una de las más altas de América Latina, a pesar que la fuerte emigración internacional condujo a una marcada atenuación del ritmo de crecimiento total. Cabe señalar que la tasa de fecundidad en ese quinquenio era de 5.6 hijos por mujer, en tanto que la mortalidad infantil era superior a 70 defunciones de menores de un año por cada mil nacimientos, lo que tenía fuerte incidencia en el hecho que la esperanza de vida al nacer apenas sobrepasaba los 62 años como promedio para ambos sexos (CELADE, 1993). Estas características de la dinámica demográfica tienen como consecuencia la configuración de una muy juvenil estructura por edades de la población, donde mucho más del 40% de los nicaragüenses son menores de 15 años. Así mismo, existen altas tasas de crecimiento de los grupos en edades reproductivas y activas, las que son muy superiores al promedio de la población total, y una distribución desigual de su población en el territorio nacional (concentrada en la Región del Pacífico), que no permite una mejor utilización de sus recursos naturales.

El perfil demográfico esbozado sintéticamente, permite inferir una fuerte correspondencia con la situación de atraso económico antes descrita. Pero además, dentro de la población se advierten diferencias en el grado de asociación entre el comportamiento demográfico y la situación socioeconómica. En los

años 70, algunos estudios indicaron que en Nicaragua, el 48% de las mujeres en edad reproductiva vivía con ingresos familiares bajos (menos de 70 dólares mensuales de 1975); de éstas, las residentes en áreas rurales presentaban una fecundidad de casi 8 hijos por mujer y las residentes en áreas urbanas algo más de 6 hijos. Otro 33% de las mujeres obtenía ingresos familiares medios (entre 71 y 142 dólares mensuales), de las cuales, las que habitaban en el área rural, presentaban una tasa global de fecundidad de 6.5 hijos por mujer y las del área urbana casi 4 hijos por mujer. Sólo el 19% de las mujeres vivía con ingresos superiores a 142 dólares, teniendo alta fecundidad las mujeres de las áreas rurales, donde la tasa era de 5.5 hijos por mujer, frente a un valor de 2.6 hijos en el área urbana (SPP, 1989).

Las anteriores consideraciones ponen de relieve la siempre importante tarea de conocer la magnitud de la pobreza en el país, así como las características de la población según su condición de satisfacción de necesidades básicas. La particularidad de este estudio es que se incluyen, además, los aspectos demográficos que forman parte de las condiciones de pobreza en Nicaragua, permitiendo establecer su posible asociación con la reproducción de tales condiciones en el marco de la inequidad y el atraso que caracteriza al país.

## 2. Magnitud de la pobreza en Nicaragua

### 2.1. Aspectos metodológicos generales

En este trabajo, la unidad de análisis para establecer la población pobre es el hogar, teniendo en cuenta que es allí donde se toman, por lo general, la mayor parte de las decisiones con relación a la satisfacción de las necesidades básicas. En estas unidades se determina la búsqueda de empleo y de otras fuentes de ingresos, así como la forma de asignar el ingreso percibido. De igual modo, en los hogares se decide finalmente la cantidad de hijos y la producción de bienes y servicios. Además, es donde se transmiten los valores y normas culturales propios de cada grupo social, especialmente lo relacionado con la reproducción de la familia.

Con el fin de identificar adecuadamente a los pobres en tanto constituyen el grupo objetivo de las políticas económicas y sociales, es conveniente caracterizarlos demográfica, social y económicamente, distinguiendo las especificidades entre áreas urbanas y rurales. Para la caracterización demográfica se estimó la fecundidad y la mortalidad infantil dentro de los hogares pobres y no pobres, diferenciando por área urbana y rural, a través de los métodos indirectos propuestos por William Brass (Naciones Unidas, 1986) e incorporados en el Paquete de Análisis Demográfico (PANDEM) de CELADE (CELADE, 1988).

Como se mencionó anteriormente, para determinar la pobreza de los hogares y las personas se utilizó el método de las necesidades básicas insatisfechas. Este método consiste en una combinación de un conjunto de indicadores simples (alta dependencia económica, hacinamiento y servicios básicos insuficientes) que se resumen en un indicador sintético que refleja el porcentaje acumulado de hogares que tienen una o más necesidades básicas no resueltas. Frente a otros métodos, como el de las líneas de

pobreza, este indicador tiene la virtud de estar menos afectado por las oscilaciones coyunturales de los ingresos, pues los indicadores que considera son de tipo estructural, aportando mediciones directas sobre ciertas carencias específicas o limitaciones de recursos, al tiempo de señalar puntos críticos sobre los niveles de vida. Además, toma en cuenta aspectos que en algún grado se asocian con variables de carácter demográfico, tales como la dependencia económica, que está muy influenciada por el nivel de fecundidad. Sin embargo, también debe reconocerse que no permite inferir los impactos directos de la crisis económica y sociopolítica, como lo habría hecho el criterio basado en los ingresos de los hogares.

Los parámetros en la construcción del indicador de NBI se determinaron de acuerdo a las condiciones mínimas de satisfacción dentro del contexto nicaragüense y a la disponibilidad de la información de la ESDENIC-85. Ellos se definieron de la manera siguiente:

- Alta dependencia:** Más de tres personas por cada ocupado y jefe de hogar con primaria incompleta (menos de cuatro grados de primaria aprobados).
- Hacinamiento:** Más de cuatro personas por cuarto (sólo los utilizados como dormitorios).
- Servicios básicos insuficientes:** Inexistencia de inodoro o carencia de agua por tubería para el área urbana, y carencia de servicio higiénico (sin inodoro ni letrina) y carencia de agua por tubería o puesto público o carencia de pozo, para el área rural.

## 2.2. Cuantificación de la pobreza en 1985

Tal como se señaló, es muy probable que la subutilización del potencial productivo, la crisis externa e interna, las limitaciones económicas y financieras, así como la guerra y el bloqueo, hayan deteriorado aún más las condiciones de vida de la población nicaragüense desde fines de los años 70. Si bien esta situación puede no haberse reflejado en toda su magnitud en 1985, la estimación de pobreza según el criterio aquí empleado marca una aproximación que da ideas sobre la enorme gravedad del problema.

De acuerdo a los resultados obtenidos en la ESDENIC, en 1985 existían 351 mil hogares y 2.3 millones de personas con NBI. En términos relativos, esto significa que alrededor de dos tercios de los hogares y casi el 70% de la población presentaban algún grado de insatisfacción de sus necesidades básicas (cuadro 1).

La carencia más notoria y que influye con mayor peso en la conformación del indicador sintético de NBI es la que se refiere a servicios básicos insuficientes, que afecta al 61% de los hogares (cuadro 1). Esto podría explicarse por la mantención histórica de una deprimida inversión estatal y privada en la construcción de viviendas, que motivó a la toma de terrenos y el levantamiento de viviendas en inadecuadas condiciones, dadas por ejemplo, por la construcción de letrinas a cargo de los propios

usuarios. Este hecho afectó a las áreas urbanas, especialmente a Managua. Las viviendas así construidas fueron legalizadas por el Estado y como solución parcial al problema se les suministró un "puesto público" de agua potable, el que debido a su ubicación fuera de la vivienda, representa un riesgo evidente para la salud.

Los otros indicadores también reflejan niveles elevados, porque afectan a la mitad o algo menos de la población. Así es como el 50% de la población vive en condiciones de hacinamiento y el 46% presenta alta dependencia económica.

Con relación a la distribución urbano-rural, se observa que en el área rural más del 70% de la población y los hogares se encuentra con sus NBI, porcentaje que a nivel urbano es de 65%. Como era de esperarse, en el área rural la situación es más aguda, aunque en las zonas urbanas la incidencia es bastante elevada (cuadro 2). La conclusión, en todo caso, es que la población con NBI se encuentra localizada en proporciones iguales en ambas áreas, lo que se explica por el hecho que el 53% de la población total reside en áreas urbanas.

Si se analiza cada uno de los indicadores simples se observa que los servicios básicos insuficientes no presentan diferencias importantes entre áreas urbanas y rurales. Posiblemente, esto se debe a la definición utilizada, en vista que en el área rural fue menos estricta la consideración de insatisfacción. En cambio, en el área urbana se consideró en estado de insatisfacción a todo hogar o persona que residiera en viviendas carentes de agua potable dentro de la vivienda o carentes de inodoro.

En cuanto a los otros indicadores (alta dependencia económica y hacinamiento) se utilizó la misma definición para área urbana y rural, apreciándose una situación más desfavorable para las zonas rurales (cuadro 2). La mayor proporción de hogares y personas con hacinamiento en estas últimas tendría su explicación en la mayor fecundidad, que se expresa en una más elevada proporción de niños. Otro factor que posiblemente esté incidiendo en la elevación del índice es la propia característica de las viviendas, que suelen tener un sólo ambiente en el que se realizan todas las actividades. Con respecto a la alta dependencia en el área rural, muchos de los miembros del hogar no se declaran como perceptores, especialmente las mujeres, aunque es conocido que apoyan a las labores productivas, factor que debe tenerse en cuenta en una posible sobreestimación de la magnitud de la pobreza especialmente en esas áreas.

### 3. Características generales de la población y de los jefes de hogar

#### 3.1. Composición de la población por sexo y edad

La históricamente elevada fecundidad ha sido el determinante decisivo en el crecimiento y estructura por edad de la población nicaragüense, aunque la migración internacional ha tenido una influencia apreciable en algunos períodos, especialmente en la década de 1980. Por su parte, a pesar de

los efectos del conflicto bélico, la mortalidad no ha ejercido un papel gravitante en la dinámica demográfica, si bien su disminución ha favorecido el rejuvenecimiento de la población. Pero en rigor, este fenómeno se ha debido en gran medida a la mantención de elevadas tasas de fecundidad, ya que hasta los años 80, estas fueron superiores a 6 hijos por mujer. El importante papel desempeñado por la fecundidad en la composición por edades, se refleja nítidamente en la pirámide de población, la cual presenta una base muy ancha (gráfico 1).

La distribución por grupos de edad es un aspecto de gran importancia para la identificación de las demandas de la población. De ello se infiere que en los procesos de formulación y elaboración de políticas, planes y programas destinados a la satisfacción de necesidades básicas de la población, debe prestarse especial atención a su evolución. En este sentido, si bien es importante conocer la magnitud y el crecimiento absoluto y relativo del total de la población -y especialmente de la población en situación de NBI-, es también de gran relevancia conocer cómo se distribuye y cómo crece a nivel de tramos de edades, puesto que ello da cuenta de necesidades diferenciadas de acuerdo a la gravitación de los distintos tramos de edades.

De acuerdo a los datos de la ESDENIC-85, el 47% de la población se concentra en las edades menores de 15 años, en tanto que los grupos en edades activas y reproductivas (15-64) representan el 49%; la fracción restante (4%) corresponde a las personas de 65 años y más (cuadro 3). Esto es lo que define a la población de Nicaragua como eminentemente joven, hecho que se resume en una edad mediana de tan sólo 16 años (cuadro 4).

Al considerar el distingo urbano-rural de la estructura por edad, se observa que la población de las zonas rurales del país es bastante más joven que la de las ciudades. En efecto, en las primeras, los menores de 15 años representan el 52% del total, mientras que en las zonas urbanas el porcentaje es de 43%. Otra diferencia importante es la representación de los tramos de edades entre 15-64 años: en las zonas rurales el porcentaje sobre la población es de 45%, en tanto que en las zonas urbanas es de casi 53% (cuadro 3).

Por otra parte, un aspecto llamativo de la composición por sexo es el predominio femenino, ya que el índice de masculinidad es de 94 hombres por cada 100 mujeres (cuadro 4). Esta situación, que denota un comportamiento extremo dentro del predominio femenino advertido durante toda la segunda mitad de siglo en el país, pudo haberse acentuado como reflejo de un conjunto de factores, entre los cuales pareciera tener importancia la sobremortalidad masculina por efectos de la guerra, la emigración mayoritariamente masculina (según los datos de la misma ESDENIC-85; INEC, 1990) y la omisión voluntaria de hombres con el fin de evadir el servicio militar en una época de agudización de los conflictos internos. El predominio de mujeres es más acentuado en las zonas urbanas, como suele suceder en América Latina.

Ahora bien, el conocimiento de la estructura por edad de la población según estado de pobreza permite especificar las diferencias en las demandas de la población. Tal justificación adquiere plena

validez porque las iniciativas destinadas a mejorar las condiciones de vida en la infancia, la niñez y la juventud, deberían estar focalizadas hacia grupos prioritarios provenientes de hogares con NBI, como se verá a continuación.

En los hogares con NBI, la mitad de la población tiene menos de 15 años; un 46% se ubica en el tramo de 15-64 años y menos del 4% está constituido por los ancianos o personas de la tercera edad. En contraste, la población con NBS presenta un 41% de menores de 15 años, siendo los grupos de entre 15-64 años los que tienen mayor gravitación, puesto que comprenden al 55% del total; los ancianos, por su parte, tienen una fracción cercana al 5% (cuadro 3). En consecuencia, la población con NBI es bastante más joven que la población no pobre, lo que se observa nítidamente en los gráficos 2 y 3, y se resume en la edad mediana, que es de 15 años en la primera, frente a 19 años en la segunda (cuadro 4).

Las diferencias según el estado de pobreza son más notorias si se considera la zona de residencia e, incluso, dentro de cada grupo. La población rural con NBI exhibe un 54% de menores de 15 años, en tanto que en los grupos con NBS tal porcentaje es de 45%. A su vez, los pobres rurales presentan una estructura por edad más joven que los de las ciudades; estos últimos registran un porcentaje sólo ligeramente mayor de jóvenes que los grupos con NBS de las áreas rurales, como producto de una fecundidad que no es muy diferente (véase también los gráficos 4, 5, 6 y 7).

De modo que, en síntesis, los menores de 15 años en situación de NBI representan un 34% de la población de Nicaragua. Más específicamente, casi el 20% de los nicaraguenses corresponde a menores de 15 años con NBI y pertenecientes a las zonas rurales del país.

La relación de dependencia demográfica (cuociente entre la población menor de 15 años más la población de 65 y más años sobre la población entre 15-64 años) es un indicador importante que resume la estructura por edad. Este indicador a nivel nacional asciende a 104 personas en edad dependiente por cada cien personas en edad de trabajar; valor que oscila alrededor de la relación de dependencia del resto de países centroamericanos.

Los grupos más pobres deben soportar una mayor carga de dependientes, pues por cada cien personas en edad de trabajar habrá 115 personas en edad dependiente (menores de 15 años y mayores de 65 años), tratándose principalmente de niños y jóvenes. La relación de dependencia a nivel rural es de 123 por cien, elevándose a 135 por cien en los hogares con NBI. En contraste, esta última casi duplica a la relación de dependencia de los hogares urbanos con NBS. La relación es muy similar entre los no pobres rurales y los pobres urbanos (cuadro 4).

En cuanto a la distribución por sexo de la población, a través del índice de masculinidad, si bien se observa un predominio femenino en todos los estratos, en los hogares con NBI hay más hombres que mujeres que en los hogares con NBS. Si se analiza la situación por área urbana y rural, se evidencia que dicho índice es producto del marcado contraste dentro de las áreas urbanas, ya que en el área rural no se presentan diferencias. Esto se explicaría por la mayor emigración femenina hacia el área urbana y el conflicto bélico que generalmente se concentraba en las áreas rurales absorbiendo más fuerza de trabajo masculina para la defensa.

### 3.2. Composición de los jefes de hogar por sexo y edad

El conocimiento de algunas características de las personas que actúan como jefes de hogar es un aspecto de importancia, especialmente en cuanto a la situación que se presenta según el grado de pobreza y la zona de residencia.

Un primer aspecto concierne a la distribución por sexo y edad de los jefes de hogar. En el cuadro 4, se observa que tanto en los hogares con NBS como en los hogares con NBI, tres cuartos de ellos están encabezados por hombres y su edad mediana es de 43 años.

Aunque se esperaba que los hogares con NBI presentaran una mayor proporción con jefatura femenina que en los con NBS, tal como ocurre en el resto de los países latinoamericanos, en Nicaragua esto no se presenta. Incluso se aprecia una situación inversa, por cuanto los hogares con NBS están encabezados por mujeres en un porcentaje ligeramente superior al de los hogares con NBI.

La situación presenta distingos mayores al considerar el área de residencia. En el área urbana hay una mucho mayor proporción de hogares con jefatura femenina que en el área rural; así mismo, dentro del área urbana existe una proporción superior de hogares encabezados por mujeres con NBI. Esto pudiera tener su explicación en el hecho que los hogares con jefes femeninos son hogares sin cónyuge, madres solteras o separadas, por lo que generalmente existe un sólo perceptor y, por consiguiente, están en desventajosa situación económica con respecto a los hogares con jefatura masculina.

En cuanto a la distribución por edades de los jefes, si bien no se aprecian grandes diferencias, los datos reflejan que en los hogares con NBI existe una mayor proporción de jóvenes (menores de 30 años) que ejercen la jefatura de los mismos. Esto significa que casi el 70% de los jefes de hogar de esas edades lideran hogares con NBI, proporción más alta que la del resto de tramos de edades (cuadro 5). Por lo mismo, puede suponerse que la falta de oportunidades económicas es más acentuada entre las personas (jefes) de menor edad.

### 3.3. Características socioeconómicas de los jefes de hogar

#### 3.3.1. Analfabetismo

A nivel nacional no existen grandes diferencias en el nivel de analfabetismo de los jefes de hogar según el grado de pobreza. La tasa de analfabetismo de quienes están en situación de NBI es, en todo caso, algo mayor (16%) que la de aquellos con NBS (15%).

Sin embargo, hay diferencias importantes entre áreas urbanas y rurales, y según NBS y NBI. La situación más aguda surge cuando se comparan los jefes analfabetos con NBI rurales con los jefes analfabetos con NBS urbanos (27% y 3%, respectivamente); tan fuerte discrepancia -unida al hecho de

un alto analfabetismo entre los jefes de hogares rurales con NBS- hace pensar que, a pesar de los grandes esfuerzos realizados por el gobierno sandinista a través de la Campaña Nacional de Alfabetización, ha sido más difícil sostener los programas de educación de adultos en el área rural (véase el cuadro 4).

De esta forma, la precaria condición socioeconómica de la mayoría de los hogares rurales se ve fortalecida por la mayor proporción de jefes de hogar analfabetos.

### 3.3.2. Características económicas

Como se mencionó anteriormente, en la década del 80, la mayoría de los países latinoamericanos experimentó una crisis económica profunda y prolongada, sufriendo un deterioro simultáneo y persistente de los principales indicadores económicos, afectando especialmente la situación ocupacional. Aunque es improbable que los efectos de esta crisis se reflejaran en toda su magnitud al momento de la ejecución de la ESDENIC-85, lo cierto es que las condiciones previas del desenvolvimiento social, económico y político de Nicaragua eran bastante adversas. En esa perspectiva, interesa conocer algunas características económicas de los jefes de hogar.

La información de la ESDENIC-85 refleja que el 84% de los jefes de hogar se identifican como económicamente activos y del total de jefes activos el 98% se declaran como ocupados. Así mismo, se puede apreciar que las diferencias entre hogares con NBS y NBI son poco significativas a nivel nacional. Por otra parte, si bien en el país la tasa de desempleo de las personas que ejercen la jefatura de hogar era baja en esa fecha, es importante destacar el elevado nivel de subutilización de la mano de obra (subempleo), especialmente en los hogares con NBI, donde alcanzaba a casi la mitad del total de ocupados (véase el cuadro 6). Esta situación es indicativa de que la economía no ha sido capaz de absorber la mano de obra existente en actividades productivas, teniendo que insertarse una parte significativa de los individuos en labores que, seguramente, apenas garantizan la sobrevivencia y que no favorecen la superación de las deterioradas condiciones de vida.

Dado que Nicaragua se caracteriza por una economía agroexportadora, los datos aquí utilizados muestran que casi la mitad de los jefes se emplea en actividades agropecuarias, lo que se aprecia tanto en los hogares con NBS como con NBI. En todo caso, llama la atención que el 56% de los jefes de hogar con NBS son trabajadores agrícolas, forestales y de la pesca, mientras que en los hogares con NBI, éstos representan el 45%. Esta situación está dada por un comportamiento diferente entre las ramas agrícolas, por un lado, y las forestales y pesqueras, por el otro. Entre los jefes de hogares con NBS, las proporciones entre ambos conjuntos son relativamente similares; en cambio, las actividades forestales y pesqueras comprenden una ínfima fracción de los jefes de hogares con NBI (cuadro 7).

Como era de esperarse, en los hogares con NBS hay una mayor proporción de jefes de hogares articulados en actividades de alta productividad (profesionales, técnicos, directivos, funcionarios públicos, administrativos y similares). En cambio, los jefes de hogares con NBI, en su mayoría, se ubican dentro de actividades que comprenden rubros de baja productividad (tres cuartos de ellos son trabajadores agrícolas y obreros no agrícolas).

#### 4. Características demográficas

Entre los objetivos de este trabajo se persigue describir la asociación entre algunas características socioeconómicas de los sectores pobres y las de orden demográfico, de las cuales la estructura por edad ya fue analizada. Procede ahora estudiar la fecundidad y la mortalidad, así como el ritmo de crecimiento demográfico, distinguiendo estos comportamientos según estrato de pobreza y zona de residencia. Con este fin, se procesó la información contenida en la ESDENIC-85. Interesa destacar las diferencias que existen en estos aspectos dentro de la población de Nicaragua, tratando de mostrar que constituyen situaciones que forman parte de las inequidades sociales y que, por lo mismo, deben ser incluidas en los perfiles de pobreza.

##### 4.1. Fecundidad

La fecundidad es casi siempre la variable más decisiva en la dinámica demográfica de una población. En su análisis se han empleado los indicadores de la tasa global de fecundidad, la paridez media y la tasa bruta de natalidad.

##### 4.1.1. Tasa global de fecundidad y paridez media

Para estimar la fecundidad de los hogares según estado de pobreza y por área urbana y rural, se aplicó el método indirecto "P/F", propuesto por William Brass (Naciones Unidas, 1986). Su aplicación se hizo empleando el Paquete de Análisis Demográfico (PANDEM) de CELADE.

La fecundidad actual se midió a través de la tasa global de fecundidad (TGF), utilizando la información derivada de las preguntas realizadas en la ESDENIC-85 a las mujeres de 15 años y más, relativas al número de hijos nacidos vivos que han tenido durante toda su vida y a los hijos nacidos vivos en el año anterior a la encuesta. La TGF es una medida de la fecundidad actual y se refiere al número de hijos que tendría una mujer al final de su vida fértil de acuerdo con el comportamiento de la fecundidad por edades del momento.

Ya se mencionó que la fecundidad de Nicaragua se mantuvo por sobre 6 hijos por mujer durante muchos años. La encuesta arroja una TGF promedio para el país de 5.6 hijos por mujer, indicando una tendencia hacia su disminución. Para tener una idea de esta situación, se puede comparar la TGF con la paridez media (total de hijos tenidos por cada mujer hasta la edad al momento de la encuesta), que es una medida retrospectiva de la fecundidad. La paridez media de las mujeres de 45-49 años reflejaría la fecundidad de los últimos 35 años (acumulada al momento de la encuesta). Su comparación con la TGF puede considerarse como una aproximación a los cambios experimentados por la fecundidad en el tiempo.

A nivel nacional, en el cuadro 4 se observa que la fecundidad muestra una tendencia al descenso de casi dos hijos por mujer; así mismo, se puede observar que el mayor aporte al descenso lo han hecho las mujeres provenientes de hogares con NBS; igualmente, se aprecia que en el área urbana ha sido más

rápido el descenso de la fecundidad que en el área rural. En realidad, solamente las mujeres de hogares con NBI de las zonas rurales no registran mayores cambios, porque incluso los grupos urbanos con NBI han bajado su fecundidad.

De modo general, pero indudable, estas evidencias indican que existe una estrecha asociación entre las condiciones más desfavorables de vida y alta fecundidad. Ello no sólo se aprecia en la evolución de la fecundidad, sino que también en la fecundidad actual y al considerar los contextos de residencia.

En los hogares con NBI la TGF asciende a 6.7 hijos por mujer, la que casi duplica a la de los hogares con NBS. En el área rural, cuya tasa es de 7.4 hijos por mujer (frente a 4.5 en las zonas urbanas), la TGF de las mujeres provenientes de hogares con NBI (8.6 hijos) también casi duplica a la de hogares con NBS. Es llamativo, en todo caso, que los grupos urbanos con NBI registran una fecundidad muy similar a la de los que corresponden a NBS de las zonas rurales del país.

Una observación importante concierne al hecho que aunque la fecundidad urbana es menor que la rural, las brechas relativas entre la fecundidad de los grupos con NBS y NBI no son muy diferentes en cada contexto, a pesar que sí lo son las diferencias absolutas.

Todo lo anterior refleja que, a pesar de las transformaciones sociales que conllevó la revolución sandinista, que se supone debieran haber aminorado las enormes diferencias sociales dentro de la sociedad nicaragüense, hasta 1985 persistían importantes diferencias en cuanto a uno de los aspectos fundamentales de esas desigualdades, esto es, la fecundidad. En efecto, las mujeres pobres de las áreas rurales parecían no haber sido incorporadas al proceso de transición de la fecundidad, presentando niveles cercanos a lo que se considera una fecundidad natural, en que no existe el control de nacimientos.

La extrema diferencia entre la fecundidad de las mujeres con NBS residentes en zonas urbanas y las pertenecientes a hogares pobres rurales (2.6 veces), es indicativa de la coexistencia de grupos que viven en condiciones muy disímiles en el país. Se puede conjeturar que quienes logran una mayor articulación a la economía moderna, están en situación de planificar la formación de la unidad familiar, iniciando las uniones a edades más tardías y comprendiendo el beneficio del mayor espaciamiento de los nacimientos y, seguramente, poseyendo mayor conocimiento y acceso a medios anticonceptivos más eficientes.

Una de las consecuencias esperadas de las diferencias de fecundidad estriba en el tamaño medio de los hogares según estrato de pobreza. Además de estar afectado por la fecundidad del pasado, este indicador es función de otros factores aquí no estudiados como, por ejemplo, la migración. De modo general, se puede decir que los hogares pobres de las áreas rurales tienen el más alto promedio de personas, que corresponde a casi 7 miembros. Llama la atención que los grupos con NBI de las zonas urbanas tienen un tamaño medio ligeramente inferior al de aquéllos, a pesar que la fecundidad actual, como se observó, es muy diferente entre ambos conjuntos. En realidad, tanto las diferencias de fecundidad actual como la que corresponde a los últimos 35 años no se reflejan directamente en igual

magnitud en cuanto a los distintos tamaños de hogares (cuadro 4). Luego, debe haber otros aspectos que están influyendo en esta situación y, por ejemplo, desde el punto de vista demográfico, es posible que la emigración desde los hogares pobres rurales a los pobres urbanos sea efectivamente uno de ellos, hipótesis que se apoya, además, en la observación de la estructura por edad. Los grupos etarios centrales de los pobres rurales muestran una marcada falta de personas, que no se visualiza en su contraparte urbana (véanse los gráficos 5 y 7). Finalmente, es posible que la mortalidad esté afectando esta falta de correspondencia entre las diferencias de fecundidad y del tamaño de los hogares.

#### 4.1.2. Tasa bruta de natalidad

La tasa bruta de natalidad (b) es una medida que representa el número de nacimientos ocurridos en un año por cada mil habitantes. Se obtuvo en base a las tasas específicas de fecundidad por edades estimadas de acuerdo al procedimiento mencionado anteriormente (lo que permitió conocer el total de nacimientos). El propósito de estimar este indicador es el de contrastarlo a la tasa bruta de mortalidad, para de esta manera determinar el ritmo de crecimiento demográfico natural de cada estrato.

Los resultados obtenidos muestran que a nivel nacional la b es de 44 nacimientos por cada mil habitantes, lo que puede considerarse una tasa alta en el contexto latinoamericano. En cuanto a su comportamiento por estado de pobreza, los datos muestran que en los hogares con NBI es 1.4 veces más elevada que en los hogares con NBS. Desde el punto de vista de la distribución de los nacimientos por estrato de pobreza, se observa que tres cuartas partes del total provienen de mujeres pertenecientes a hogares con NBI, lo que significa una mayor representación relativa que la que corresponde a esa población (70%) en el país (véase el cuadro 4).

Por último, más de la mitad de los nacimientos ocurre en la población rural y de éstos, casi cuatro quintos se generan hogares con NBI. Los niños nacidos en esos hogares, como se verá a continuación, están expuestos a mayores riesgos de morir.

#### 4.2. Mortalidad

La mortalidad es una variable de suma importancia para estudiar la situación demográfica de una población, además de influir en la dinámica de la misma. Para su análisis se utilizaron como indicadores la tasa de mortalidad infantil y la tasa bruta de mortalidad.

##### 4.2.1. Tasa de mortalidad infantil

Las diferencias de mortalidad infantil dentro de una población, sea a través de estratos de pobreza, según área geográfica u otras variables socioeconómicas, suelen asociarse a situaciones de inequidad social y, por lo mismo, permiten una aproximación a las condiciones de vida de las personas. El fundamento de esta afirmación es que durante su primer año de vida, los niños son altamente vulnerables ante las enfermedades, especialmente aquellas que se generan en un ambiente físico y social adverso.

Para la estimación de la tasa de mortalidad infantil (TMI) o probabilidad de morir entre el nacimiento y el primer año de vida, se ha utilizado el método indirecto de Brass, aplicando la variante de Coale-Trussell (Naciones Unidas, 1986), también incorporado en el PANDEM, a partir de las preguntas realizadas a las mujeres de 15 años y más sobre el total de hijos nacidos vivos e hijos sobrevivientes al momento de la encuesta.

Las estimaciones realizadas por el método indirecto ubican la mortalidad en una fecha cercana a 1981. Como se aprecia en el cuadro 4, la TMI a nivel nacional ascendía a 82 defunciones por cada mil nacidos vivos. Es obvio que dicha tasa oculta las heterogeneidades existentes dentro del país, pues los niños menores de un año provenientes de hogares con NBI presentan un mayor riesgo de morir (88 por mil) que los niños que residen en hogares con NBS (68 por mil), señalando una primera indicación de que la mortalidad está asociada a las condiciones socioeconómicas y al acceso diferencial a la salud.

Si se compara la situación entre áreas urbanas y rurales se distinguen mayores diferencias que las anotadas, ya que la probabilidad de morir de los niños menores de un año en el área rural (100 por mil nacidos vivos) es 1.5 veces más alta que la de los niños del área urbana y aún los niños provenientes de hogares con NBS del área rural (cuya TMI es idéntica a la de los grupos pobres rurales) tienen mayor probabilidad de morir que los niños de hogares con NBI del área urbana. La diferencia más marcada surge cuando se compara la mortalidad de los niños menores de un año de los hogares de las áreas rurales con la mortalidad de los niños provenientes de hogares con NBS del área urbana: los primeros tienen 2.4 veces más probabilidad de morir que los segundos (véase el cuadro 4).

Aun cuando la mortalidad infantil en cualquier grupo que se considere es bastante elevada, debido a las precarias condiciones socioeconómicas de la mayoría de la población, el acceso a la salud es, probablemente, un factor decisivo en las diferencias que se observan en Nicaragua. Ello se debe a que generalmente en el área urbana están concentrados la mayor parte de esos servicios -así como los vinculados a la vivienda y la educación. Del mismo modo, la distancia entre el lugar de residencia y los centros de salud es menor en el área urbana, lo que facilita la atención oportuna en caso de traumatismos o enfermedades graves. Pero la desigualdad se presenta también dentro de las ciudades, como se desprende de la diferencia de la TMI entre estratos de pobreza, lo que hace pensar que las condiciones socioeconómicas también tienen influencia. Obviamente, esto significa que un análisis de la desigualdad ante la muerte en la infancia debiera considerar un análisis mucho más profundo de estos factores, así como incluir otros, entre los cuales cabe mencionar a aquellos de orden cultural, que se expresan en las prácticas de higiene personal y de cuidado de la salud respecto del niño. De cualquier manera, se puede concluir que las diferencias encontradas son preocupantes y obligan a considerar en forma prioritaria su superación como parte de las estrategias contra la pobreza.

Finalmente, la elevada mortalidad infantil de los hogares rurales en general, hace pensar que su efecto sobre el tamaño medio de cada hogar no es exclusivo de los grupos con NBI, lo cual ameritaría una mayor investigación en torno a las diferencias antes descritas del tamaño de hogares.

#### 4.2.2. Tasa bruta de mortalidad

La estimación de la tasa bruta de mortalidad ( $d$ ), que representa el número de defunciones por cada mil habitantes, se obtuvo indirectamente mediante el nivel promedio de mortalidad de los menores de 5 años correspondiente a las tablas modelo oeste de Coale y Demeny (1983), empleando una estructura de mortalidad por edades con la cual se obtuvieron las defunciones totales, que permitieron finalmente el cálculo de la  $d$ .

A nivel nacional se obtuvo una  $d$  equivalente a 12 defunciones por cada mil habitantes, tasa que es bastante alta en el contexto latinoamericano. Los resultados obtenidos muestran que en los hogares con NBI es 1.2 veces más elevada que en los hogares con NBS. Una observación más detenida de la  $d$  según estrato de pobreza y zona geográfica permite destacar que los grupos urbanos con NBS registran una tasa menor a 8 por mil, mientras que todos los restantes grupos exhiben tasas iguales o superiores a 11 por mil. Tal como sucede con la mortalidad infantil, en las zonas rurales la  $d$  no se diferencia según se considere la situación por estratos de pobreza, lo cual se traduce en el hecho que la población rural de Nicaragua presenta una  $d$  2 veces mayor que la de los grupos urbanos con NBS (véase el cuadro 4).

Desde el punto de vista de la distribución de las defunciones entre los distintos estratos estudiados, se observa que algo menos de tres cuartas partes del total se registra en los hogares con NBI, principalmente en los hogares pobres rurales. Debido a la alta fecundidad y mortalidad infantil, es muy posible que se trate de una gran cantidad de defunciones de menores de un año. Lo significativo es que este hecho se traduce en una mayor representación relativa de las defunciones por sobre los nacimientos en los hogares rurales con NBS.

#### 4.3. El crecimiento demográfico natural de la población

Los indicadores anteriores tienen como consecuencia un crecimiento diferencial de la población. La importancia de conocer el ritmo mediante el cual están creciendo los distintos grupos identificados radica en el hecho que permite una aproximación preliminar a las distintas exigencias que impone la expansión de la población sobre la satisfacción de sus necesidades básicas, especialmente si se dan en el marco de condiciones de vida francamente deficientes.

La tasa de crecimiento natural ( $r$ ), que aparece en el cuadro 4, es el resultado de la diferencia entre las tasas brutas de natalidad y mortalidad. La  $r$  expresa el incremento que ocurre anualmente por cada mil habitantes. La población de Nicaragua presentaba en 1985 una  $r$  promedio anual de 32 por mil, así como las zonas rurales exhibían una tasa sólo algo superior a la de las zonas urbanas. La población con NBI crecía más rápido que la con NBS (1.5 veces), registrando el mayor incremento la población pobre rural (casi 40 por mil).

En cualquier caso, este indicador es expresivo de una discrepancia importante, ya que los grupos con NBS -urbanos y rurales- crecen a tasas menores, aunque en el segundo caso, ello se debe

principalmente a la elevada mortalidad. En general, ante una elevada fecundidad, una disminución de la mortalidad podría contribuir a incrementar la expansión relativa de la población, especialmente entre los grupos con NBI.

De lo anterior se puede desprender que, además de los problemas insoslayables que plantean las desigualdades ante la muerte y las diferencias de fecundidad, en el entendido que son comportamientos que están fuertemente asociados con el cuadro general de pobreza, ellos se traducen finalmente en un crecimiento demográfico elevado entre los grupos pobres urbanos y rurales. Si estos grupos son mayoría en el país y presentan unas deterioradas condiciones de vida, la situación es, evidentemente compleja.

### Conclusiones

De acuerdo a la ESDENIC-85, alrededor de dos tercios de los hogares y el 70% de la población nicaragüense se encuentra en estado de insatisfacción de alguna de sus necesidades básicas. Las carencias más extendidas son la insuficiencia de servicios básicos (agua y eliminación de excretas) y el hacinamiento en los hogares, los que por sí solos, afectan a la mitad o más de la población de Nicaragua (1985). Así mismo, en los hogares del área rural se presentan los más altos niveles de insatisfacción.

Los hogares con NBI presentan una estructura de población más joven que los hogares con NBS, debido a que en los primeros prevalece una mayor tasa de fecundidad. A pesar de que existen altos niveles de mortalidad infantil en general, solamente los grupos con NBI de las áreas urbanas se encuentran en una situación relativamente favorecida, puesto que incluso en aquellos hogares rurales con NBS, la mortalidad infantil es ostensiblemente elevada.

En los hogares del área rural con NBI la reproducción de la población acontece con los costos sociales más altos, pues algo menos de la mitad de los nacimientos y de las defunciones que ocurren en el país en su conjunto es aportada por las personas de dichos hogares, en circunstancias que quienes pertenecen a esos hogares representan poco más de un tercio de la población de Nicaragua. La gravedad del caso es que gran parte de las defunciones de niños menores de un año también ocurre en esos hogares.

Los hogares más desfavorecidos, principalmente los rurales, presentan rasgos socioeconómicos típicos. Generalmente, el jefe de hogar se inserta en actividades de baja productividad e ingresos, presentan altos niveles de analfabetismo y lideran hogares de mayor tamaño. Ello contribuye a conformar estilos de vida que, seguramente, no permiten romper con el círculo intergeneracional de pobreza. La situación es más dramática por cuanto en dichos hogares se presentan los más altos índices de crecimiento demográfico (casi 40 por mil promedio anual). Tan alta tasa de crecimiento significa un gran número de nacimientos y de niños que demandan atención oportuna y eficiente de salud y que, más tarde, presionarán sobre la educación, el empleo productivo y la vivienda, en un contexto de fuertes carencias materiales.

La superación de la pobreza en Nicaragua debería contemplar no sólo los aspectos que atañen a las insuficiencias materiales y a las desfavorables condiciones socioeconómicas antes anotadas, sino también tener en cuenta que las inequidades sociales se reflejan también en los distintos comportamientos demográficos, los que, al mismo tiempo, se traducen en un elevado incremento de la población. Desde esta perspectiva, si se desea realmente transformar los altos niveles de fecundidad y mortalidad dentro de los hogares, es necesario considerar que estas transformaciones dependen del desarrollo económico y social del país en su conjunto, siempre y cuando se generen oportunidades para las personas que les permitan insertarse en actividades de alta productividad que, a su vez, reporten ingresos para mejorar las condiciones de vida. Evidentemente, esto pasa por la modificación de las condiciones sociales y culturales que hoy existen, todo lo cual contribuiría a romper con el círculo intergeneracional de la pobreza.

Cuadro 1

NICARAGUA: DISTRIBUCION DE HOGARES Y PERSONAS SEGUN NECESIDADES BASICAS SATISFECHAS (NBS) Y NECESIDADES BASICAS INSATISFECHAS (NBI) Y SEGUN INDICADORES SIMPLES DE NBI. 1985

Indicadores	Absolutos		Porcentajes	
	Hogares	Personas	Hogares	Personas
Total	533,446	3,292,392	100.0	100.0
NBS	182,217	1,033,171	34.2	31.4
NBI	351,229	2,259,221	65.8	68.6
Indicadores simples de NBI				
Alta dependencia econ.	a/ 227,124	1,512,885	42.6	46.0
Hacinamiento	b/ 206,291	1,644,950	38.7	50.0
Serv. básicos insuf.	c/ 322,925	2,029,523	60.5	61.6

Fuente: Encuesta Socio-demográfica Nicaragüense, 1985 (ESDENIC-85).  
a/: Más de tres personas por cada ocupado y jefe de hogares con educación primaria incompleta.  
b/: Más de cuatro personas por dormitorio.  
c/: Carece de agua o servicio sanitario.

Cuadro 2

NICARAGUA: DISTRIBUCION DE HOGARES Y PERSONAS POR AREA URBANA Y RURAL SEGUN NECESIDADES BASICAS SATISFECHAS (NBS) Y NECESIDADES BASICAS INSATISFECHAS (NBI) Y SEGUN INDICADORES SIMPLES DE NBI. 1985

Indicadores	Hogares		Personas	
	Urbano	Rural	Urbano	Rural
Total	100.0	100.0	100.0	100.0
NBS	38.2	29.4	35.4	26.8
NBI	61.8	70.6	64.6	73.2
Indicadores simples de NBI				
Alta dependencia econ.	a/ 34.8	51.8	37.7	55.2
Hacinamiento	b/ 30.3	48.6	40.4	60.7
Serv. básicos insuf.	c/ 59.2	62.1	60.9	62.4

Fuente: Encuesta Socio-demográfica Nicaragüense, 1985 (ESDENIC-85).  
a/: Más de tres personas por cada ocupado y jefe de hogares con educación primaria incompleta.  
b/: Más de cuatro personas por dormitorio.  
c/: Carece de agua potable o inodoro en el área urbana y carece de agua potable o pozo o inodoro o letrina en el área rural.

Cuadro 3

NICARAGUA: DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION  
 POR NECESIDADES BASICAS SATISFECHAS (NBS) Y NECESIDADES  
 BASICAS INSATISFECHAS (NBI), SEGUN SEXO Y GRANDES GRUPOS  
 DE EDAD. 1985

Sexo y grandes grupos de edad	Total	NBS	NBI
<b>Total país</b>			
Grupos de edad	100.0	100.0	100.0
0-14	47.2	41.0	50.1
15-64	48.9	54.5	46.4
65 y más	3.8	4.5	3.5
<b>Area urbana</b>			
Grupos de edad	100.0	100.0	100.0
0-14	43.3	38.1	46.1
15-64	52.9	57.6	50.3
65 y más	3.9	4.3	3.6
<b>Area rural</b>			
Grupos de edad	100.0	100.0	100.0
0-14	51.7	45.3	54.0
15-64	44.5	49.8	42.6
65 y más	3.8	4.9	3.4

Fuente: Encuesta Socio-demográfica Nicaragüense, 1985  
 (ESDENIC-85).

Cuadro 4

NICARAGUA: ALGUNOS INDICADORES DEMOGRAFICOS Y SOCIALES DE LA POBLACION Y LOS JEFES DE HOGARES CON NECESIDADES BASICAS SATISFECHAS (NBS) Y NECESIDADES BASICAS INSATISFECHAS (NBI), POR AREA URBANA Y RURAL. 1985

Indicadores	Total país			Urbano			Rural.		
	Total	NBS	NBI	Total	NBS	NBI	Total	NBS	NBI
% de población	100.0	31.4	68.6	53.0	18.7	34.2	46.9	12.6	34.3
Tasa bruta de natalidad: b (por mil)	44.0	35.1	48.1	39.6	33.4	43.0	49.0	37.5	53.3
Tasa bruta de mortalidad: d (por mil)	12.4	10.9	13.1	9.8	7.5	11.0	15.2	15.3	15.1
Tasa de crecimiento natural (por mil)	31.7	24.2	35.1	29.8	25.9	32.0	33.8	21.8	38.2
Total de nacimientos (en porcentajes)	100.0	25.1	74.9	47.6	14.2	33.3	52.4	10.9	41.5
Total de defunciones (en porcentajes)	100.0	27.7	72.3	41.8	11.4	30.4	58.2	16.3	41.9
Tasa global de fecundidad TGF (hijos por mujer)	5.6	3.7	6.7	4.5	3.3	5.3	7.4	4.8	8.6
Paridez media (promedio de hijos por mujer de 45-49 años)	7.4	6.3	7.9	6.6	5.5	7.1	8.4	7.4	8.9
Tasa de mortalidad infantil (por mil nacidos vivos)	82.3	67.5	87.8	64.6	41.3	74.9	99.5	100.4	99.0
Relación de dependencia demográfica (por cien)	104.0	82.7	115.0	89.0	74.0	99.0	123.0	98.0	135.0
Indice de masculinidad (por cien)	93.7	90.2	95.3	90.0	85.2	92.7	98.1	98.2	98.1
% de mujeres de 15-49 años	44.8	49.1	42.8	48.3	52.1	46.2	40.7	44.4	39.3
Edad mediana de la población (años)	16.4	19.2	15.0	...	...	...	...	...	...
Edad mediana de los jefes de hogar (años)	43.0	43.3	42.9	...	...	...	...	...	...
% de jefes mujeres	24.3	25.5	23.6	30.3	29.0	31.1	17.2	20.3	15.9
Tamaño medio de hogares	6.2	5.7	6.4	6.0	5.6	6.3	6.3	5.8	6.6
% de analfabetismo de los jefes de hogares	15.3	14.8	15.9	8.3	3.1	11.6	23.5	22.2	26.9

Fuente: Encuesta Socio-demográfica Nicaragüense, 1985 (ESDENIC-85).

Cuadro 5

NICARAGUA: DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LOS JEFES DE HOGARES CON NECESIDADES BASICAS SATISFECHAS (NBS) Y NECESIDADES BASICAS INSATISFECHAS (NBI), SEGUN SEXO Y GRANDES GRUPOS DE EDAD. 1985

Sexo y grandes grupos de edad	Total	NBS	NBI
<b>Distribución vertical</b>			
Ambos sexos	100.0	100.0	100.0
Hombres	75.7	74.5	76.4
Mujeres	24.3	25.5	23.6
<b>Grupos de edad</b>			
Menores de 20	0.9	0.8	0.9
20 - 29	17.0	15.5	17.8
30 - 49	47.2	47.6	47.0
50 - 64	22.0	22.8	21.5
65 y más	12.9	13.3	12.7
<b>Distribución horizontal</b>			
Ambos sexos	100.0	34.2	65.8
Hombres	100.0	33.6	66.4
Mujeres	100.0	35.9	64.1
<b>Grupos de edad</b>			
Menores de 20	100.0	30.0	70.0
20 - 29	100.0	31.1	68.9
30 - 49	100.0	34.4	65.6
50 - 64	100.0	35.5	64.5
65 y más	100.0	35.4	64.6

Fuente: Encuesta Socio-demográfica Nicaragüense, 1985 (ESDENIC-85).

Cuadro 6

NICARAGUA: CARACTERISTICAS ECONOMICAS DE LOS JEFES  
DE HOGARES CON NECESIDADES BASICAS SATISFECHAS (NBS)  
Y NECESIDADES BASICAS INSATISFECHAS (NBI). 1985

Característica económica	Total	NBS	NBI
-----			
Condición de actividad			
Total	100.0	100.0	100.0
Económicamente activos <u>a/</u>	84.2	83.9	84.3
Económicamente inactivos <u>b/</u>	15.8	16.1	15.7
=====			
Condición de ocupación de los activos			
Total	100.0	100.0	100.0
Ocupados <u>c/</u>	98.2	97.8	98.4
Desocup. Abiertos <u>d/</u>	1.6	1.8	1.4
Desocup. Ocultos <u>e/</u>	0.3	0.4	0.2
=====			
Condición de empleo de los ocupados			
Total	100.0	100.0	100.0
Ocupados plenos <u>f/</u>	57.4	64.8	53.1
Sub-emp. visibles <u>g/</u>	17.3	14.7	18.8
Sub-emp. invisibles <u>h/</u>	25.3	20.4	28.1

Fuente: Encuesta Socio-demográfica Nicaragüense, 1985 (ESDENIC-85).

a/: Está constituido por los ocupados mas los desocupados abiertos y desocupados ocultos.

b/: Son los que no trabajan ni buscan empleo activamente.

c/: Tienen trabajo del cual obtienen remuneración o ganancia o trabajan sin pago en dinero en establecimiento familiar.

d/: Son los que buscan trabajo por primera vez o están cesantes.

e/: Se declararon inactivos y no buscan empleo activamente.

f/: Laboran una jornada normal de trabajo.

g/: Trabajan involuntariamente un tiempo inferior a la jornada normal de trabajo.

h/: Están ocupados en actividades cuyo ingreso y/o productividad son escasos.

Cuadro 7

NICARAGUA: DISTRIBUCION PORCENTUAL DE  
LOS JEFES DE HOGARES CON NECESIDADES BASICAS  
SATISFECHAS (NBS) Y NECESIDADES BASICAS INSATISFECHAS  
(NBI), SEGUN CATEGORIA OCUPACIONAL. 1985

Categoría ocupacional	Total	NBS	NBI
Total	100.0	100.0	100.0
Profesionales y técnicos	4.8	10.1	2.0
Directivos y funcionarios públs.	0.5	1.3	0.0
Administrativos y similares	4.3	7.8	2.4
Comerciantes y vendedores	11.7	13.5	10.8
Trabajadores de servicios	11.3	10.9	11.5
Trabajadores agrícolas	37.3	24.3	44.1
Trabajos. forestales y pesca	11.4	31.5	0.9
Obrero no agrícola	18.2	0.5	27.5
Otros activos	0.6	0.3	0.7

Fuente: Encuesta Socio-demográfica Nicaragüense, 1985  
(ESDENIC-85).

Gráfico 1  
NICARAGUA: PIRAMIDE DE POBLACION SEGUN GRUPOS  
QUINQUENALES DE EDAD, 1985

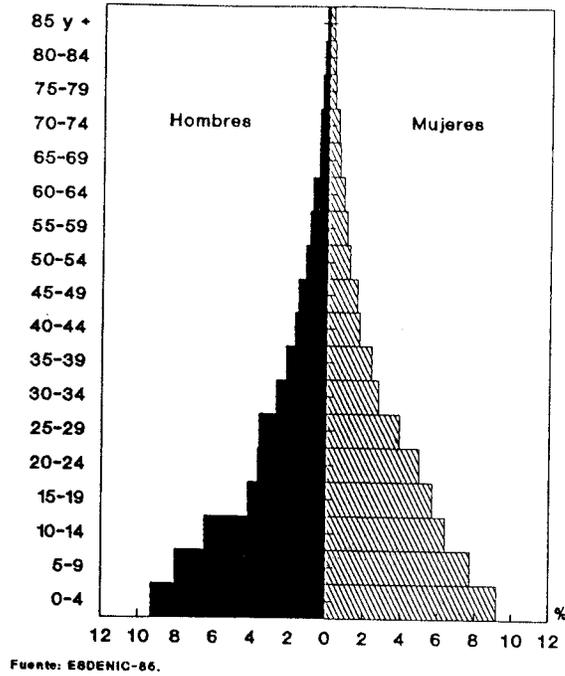


Gráfico 2  
NICARAGUA: PIRAMIDE DE POBLACION SEGUN GRUPOS  
QUINQUENALES DE EDAD, NO POBRES 1985

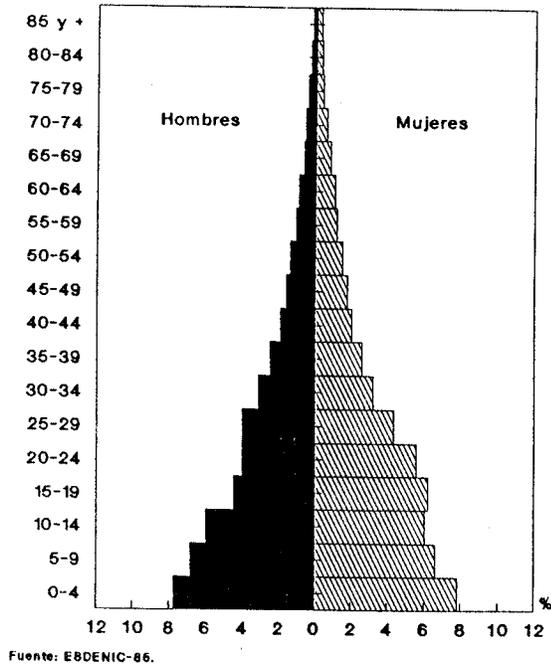


Gráfico 3  
NICARAGUA: PIRAMIDE DE POBLACION SEGUN GRUPOS  
QUINQUENALES DE EDAD, POBRES 1985

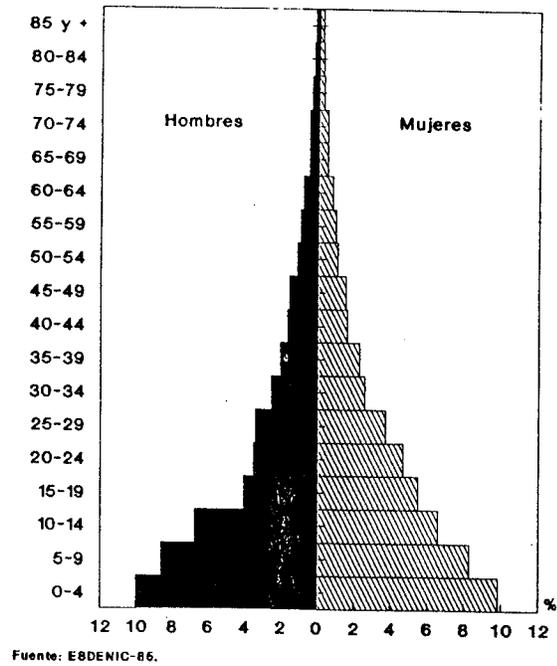
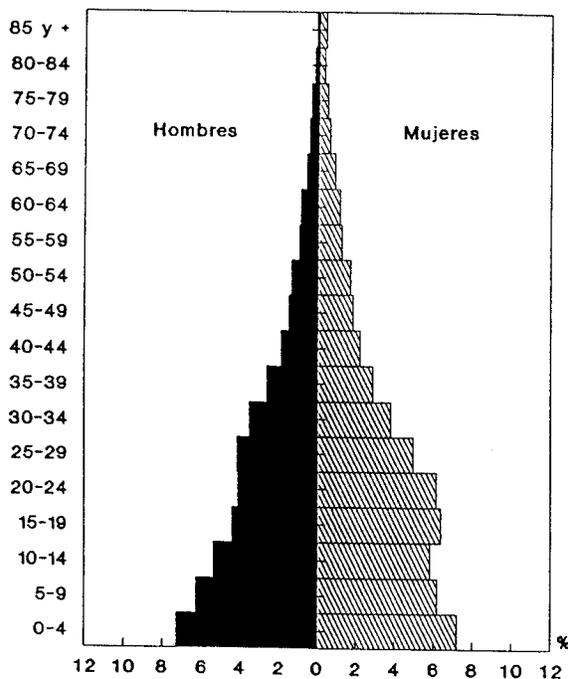


Gráfico 4

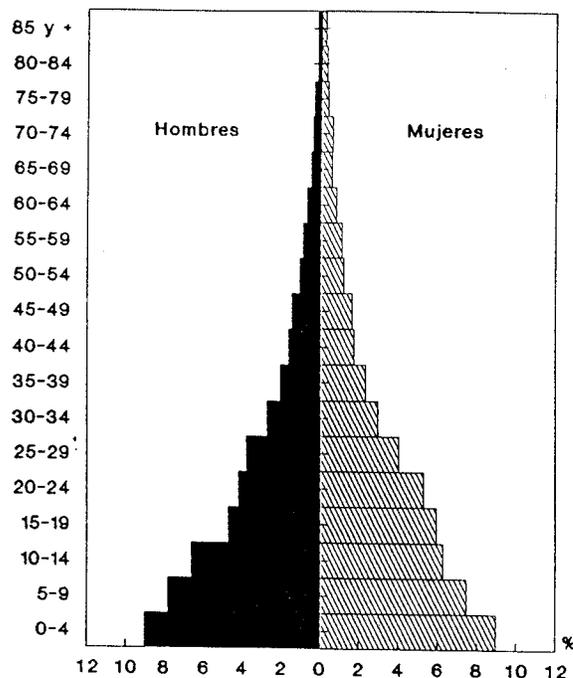
NICARAGUA: PIRAMIDE DE POBLACION URBANA SEGUN GRUPOS QUINQUENALES DE EDAD. NO POBRES 1985



Fuente: ESDENIC-86.

Gráfico 5

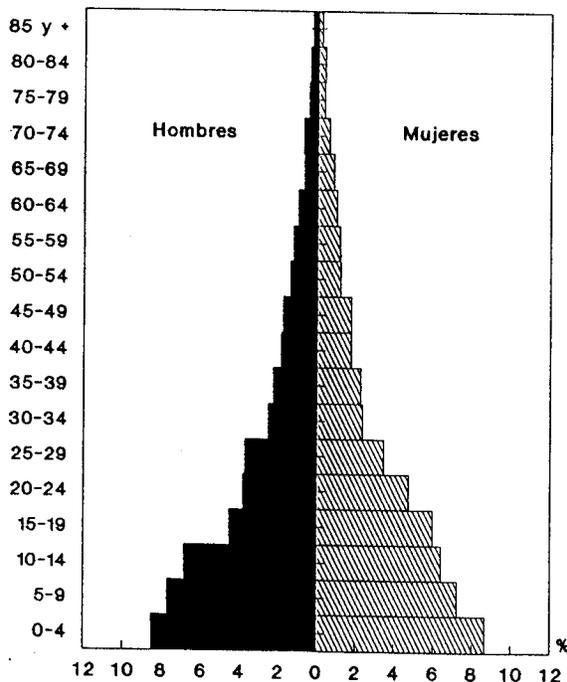
NICARAGUA: PIRAMIDE DE POBLACION URBANA SEGUN GRUPOS QUINQUENALES DE EDAD. POBRES 1985



Fuente: ESDENIC-86.

Gráfico 6

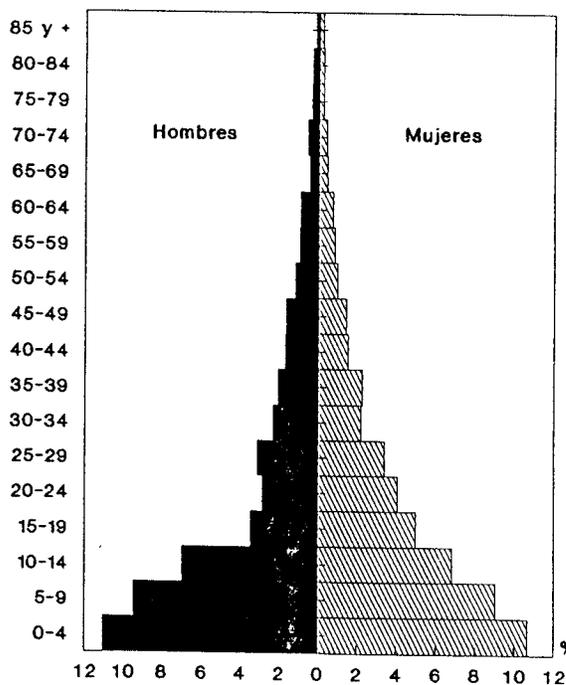
NICARAGUA: PIRAMIDE DE POBLACION RURAL SEGUN GRUPOS QUINQUENALES DE EDAD. NO POBRES 1985



Fuente: ESDENIC-86.

Gráfico 7

NICARAGUA: PIRAMIDE DE POBLACION RURAL SEGUN GRUPOS QUINQUENALES DE EDAD. POBRES 1985



Fuente: ESDENIC-86.

## Bibliografía

- Altimir, O. (1981), "La pobreza en América Latina. Un examen de conceptos y datos", en Revista de la CEPAL, N° 13. pp. 67-95.
- (1979), "La dimensión de la pobreza en América Latina", en Cuadernos de la CEPAL, N° 27.
- Arana, M. (1990), Nicaragua. Estabilización, ajuste y estrategia económica, 1988-1989, CRIES, Cuadernos de Pensamiento Propio, serie Ensayos 18.
- Argüello, O (1980), Pobreza y desarrollo. Características socio-demográficas de las familias pobres en Venezuela, CELADE, Santiago, Chile, serie A, N° 167.
- Brass, W. (1974), Métodos para estimar la fecundidad y la mortalidad en poblaciones con datos limitados, CELADE, Santiago, Chile, serie E, N° 14.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1993), América Latina: proyecciones de población, 1950-2025, Santiago, Chile, Boletín Demográfico, año XXVI, N° 51.
- (1988), PANDEM. Manual del usuario, CELADE-CEPAL, Santiago, Chile, LC/DEM/G.69, serie A, N° 186.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1990a), Estudio económico de América Latina y el Caribe 1989. Nicaragua, Santiago, Chile, LC/L.560/Add. 5.
- (1990b), Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta, Santiago, Chile, LC/L.533.
- (1985), La pobreza en América Latina: dimensiones y políticas, Santiago, Chile.
- Coale, J. y P. Demeny (1983), Regional model life tables and stable population, Academic Press, New York.
- Ghai, D. y T. Alftan (1977), "Methodology on basic needs", en Working party on basic needs document 1976, OIT, Income Distribution and Employment Program.
- INEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) (1990), Encuesta Socio-Demográfica Nicaragüense (ESDENIC-85), Managua, Nicaragua, (inédito).
- INEC-CELADE (Instituto Nicaragüense de Estadísticas y Censos-Centro Latinoamericano de Demografía) (1983), Nicaragua. Estimaciones y proyecciones de población. 1950-2025, Santiago, Chile, Fascículo F/Nic.1.
- Morales, M. (1991), Nicaragua: características socio-económicas y demográficas según estado de pobreza, CELADE-FNUAP, Programa Global de Formación en Población y Desarrollo, Santiago, Chile.
- Naciones Unidas (1986), Manual X. Técnicas indirectas de estimación demográfica, Depto. de Asuntos Económicos y Sociales Internacionales, Nueva York, Estudios de Población, N° 81.
- PREALC (Programa Mundial del Empleo) (1989), Interrelaciones entre población y desarrollo. Bases para políticas de población en el istmo centroamericano, OIT-PREALC, Santiago, Chile, Docs. de trabajo, N° 339.
- SPP (Secretaría de Planificación y Presupuesto) (1989), Examen de principales aportes conceptuales y metodológicos, Política Integral de Población, Programa Nacional de Desarrollo y Superación de la Pobreza y Encuestas de Hogares, Managua, Nicaragua, N° 7A.